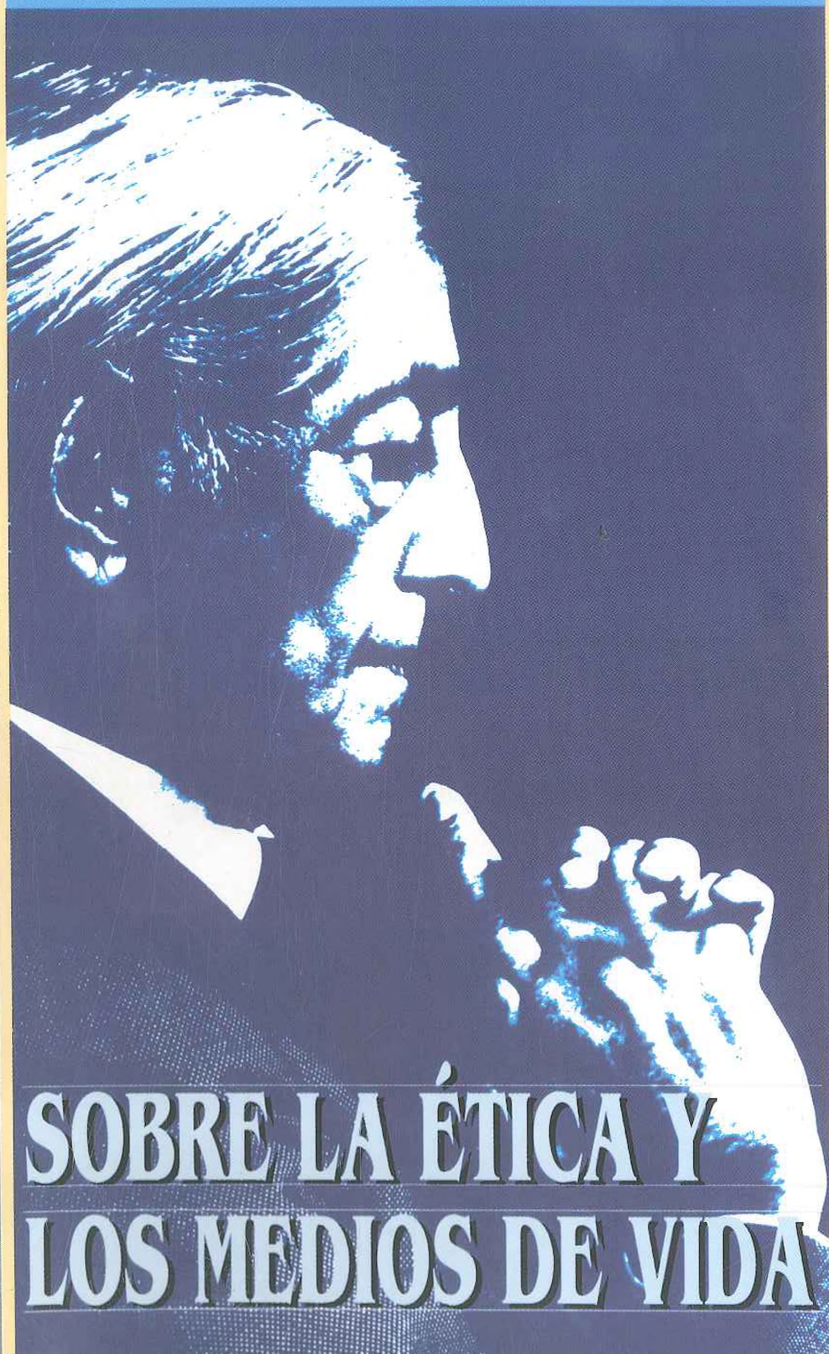
KRISHNAMURTI



SOBRE LA ÉTICA Y LOS MEDIOS DE VIDA

KRISHNAMURTI

SOBRE LA ÉTICA Y LOS MEDIOS DE VIDA

OBRAS DE KRISHNAMURTI

¿No es necesario que cada uno sepa por sí mismo cuáles son los rectos medios de vida? Si somos avaros, envidiosos, si buscamos el poder, entonces nuestros medios de vida corresponderán a nuestros requerimientos internos y, por consiguiente, producirán un mundo de competencia, crueldad y opresión que finalmente termina en la guerra.

Ojai, 9 de julio de 1944

Índice

Págs.

Prólogo

JIDDU KRISHNAMURTI nació en la India en 1895 y, a la edad de trece años, lo tomó bajo su protección la Sociedad Teosófica; los directores de la misma consideraron que él era el vehículo para el «instructor del mundo» cuyo advenimiento habían estado proclamando. Krishnamurti habría de emerger pronto como un maestro poderoso, inflexible e inclasificable; sus pláticas y escritos no tenían conexión con ninguna religión específica y no pertenecían a Oriente ni a Occidente, sino que eran para todo el mundo. Repudiando firmemente la imagen mesiánica, en 1929 disolvió de manera tajante la vasta y acaudalada organización que se había constituido en torno de él y declaró que la verdad era «una tierra sin senderos» a la cual resultaba imposible aproximarse mediante ninguna religión, filosofía o secta convencional.

Por el resto de su vida rechazó insistentemente la condición de guru que otros trataron de imponerle. Continuó atrayendo grandes auditorios en todo el mundo, pero negando toda autoridad, no queriendo discípulos y hablando siempre como un individuo habla a otro. En el núcleo de su enseñanza estaba la comprensión de que los cambios fundamentales de la sociedad podían tener lugar sólo con la transformación de la conciencia individual. Se acentuaba constantemente la necesidad del conocimiento propio, así como la inteligente captación de las influen-

cias restrictivas y separativas originadas en los condicionamientos religiosos y nacionalistas. Krishnamurti señalaba siempre la urgente necesidad de una apertura para ese «vasto espacio en el cerebro que contiene en sí una energía inimaginable». Ésta parece haber sido la fuente de su propia creatividad y la clave para el impacto catalizador que ejerció sobre tan amplia variedad de personas.

Krishnamurti continuó hablando por todo el mundo hasta su muerte, a los noventa años. Sus pláticas y diálogos, sus diarios y sus cartas han sido reunidos en más de sesenta volúmenes. Esta serie de libros dedicados a temas específicos se ha recopilado de ese vasto cuerpo de enseñanzas. Cada libro se concentra sobre una cuestión que tiene particular importancia y urgencia en nuestras vidas cotidianas.

Ojai, 9 de julio de 1944

UNA VIDA SENCILLA no consiste meramente en la tenencia de pocas cosas, sino en un recto medio de vida y en la libertad con respecto a aturdimientos, vicios y ansias de poseer. Estando libres del espíritu adquisitivo, crearemos los medios de ganarnos rectamente la vida, pero hay ciertos medios obviamente incorrectos. La codicia, la tradición y el deseo de poder producirán los medios de vida incorrectos. Aun en estos tiempos, cuando todos están enganchados a una clase particular de trabajo, es posible encontrar la ocupación apropiada. Cada cual debe tomar conciencia de los problemas que engendra una ocupación incorrecta con sus desastres y desdichas, su tediosa rutina y sus métodos destructivos. ¿No es necesario que cada uno sepa por sí mismo cuáles son los rectos medios de vida? Si somos avaros, envidiosos, si buscamos el poder, entonces nuestros medios de vida corresponderán a nuestros requerimientos internos y, por consiguiente, producirán un mundo de competencia, crueldad y opresión que finalmente termina en la guerra.

Ojai, 3 de junio de 1945

INTERLOCUTOR: El problema de ganarnos decentemente el sustento es predominante en la mayoría de nosotros. Puesto que las corrientes económicas del mundo dependen irremediablemente unas de otras, encuentro que, cualquier cosa que haga, o bien explota a otros o contribuye a las causas de la guerra. ¿Cómo puede alguien que desea honestamente lograr un recto medio de vida, apartarse de las ruedas de la explotación y la guerra?

Krishnamurti: Para alguien que anhela verdaderamente encontrar un recto medio de vida, la vida económica, tal como está organizada hoy en día, resulta ciertamente difícil. Como dice el interlocutor, las corrientes económicas se relacionan entre sí; por lo tanto, éste es un problema muy complejo y, como todos los complejos problemas humanos, debe ser abordado con sencillez. Como la sociedad se está volviendo cada vez más compleja y organizada, la regimentación del pensamiento y de la acción se impone por el bien de la eficiencia. La eficiencia se torna despiadada cuando predominan los valores sensorios, cuando se deja de lado el valor de lo eterno.

Obviamente, hay medios de vida incorrectos. Alguien que ayuda a fabricar armas y otros métodos de matar a

sus semejantes, se ocupa en promover la violencia, la cual jamás traerá paz al mundo. El político que, ya sea en beneficio de su nación, de sí mismo o de una ideología, se ocupa en dirigir y explotar a otros emplea, por cierto, medios de vida incorrectos que conducen a la guerra, la desdicha y el dolor del hombre. El sacerdote que se aferra a un prejuicio especializado, a un dogma, a una creencia, a una forma particular de culto y oración, también usa un medio de vida incorrecto, porque sólo difunde ignorancia o intolerancia que ponen al hombre contra el hombre. Cualquier profesión que contribuya a generar y mantener divisiones y conflictos entre los seres humanos es, evidentemente, un medio de vida incorrecto. Tales ocupaciones contribuyen a la explotación y la rivalidad.

Nuestros medios de vida son impuestos por la tradición o por la ambición y la codicia, ¿no es así? Por lo general, no empezamos eligiendo deliberadamente el recto medio de vida. Sólo estamos muy agradecidos de conseguir lo que se pueda y seguimos ciegamente el sistema económico que nos rodea. Pero el interlocutor quiere saber cómo mantenerse apartado de la explotación y la guerra. Para ello no debe permitir que se ejerza influencia sobre él, ni ha de seguir una ocupación tradicional, ni ser envidioso y ambicioso. Muchos de nosotros elegimos una profesión a causa de la tradición o porque pertenecemos a una familia de abogados, o militares, o políticos, o comerciantes; o nuestra ocupación es dictada por nuestra avidez de poder y posición; o la ambición nos impulsa a competir y a ser despiadados en nuestro deseo de triunfar. Por lo tanto, el que no quiera explotar o contribuir a las causas de la guerra, debe dejar de seguir la tradición, de ser codicioso, ambicioso, egoísta. Si se abstiene de estas cosas, encontrará naturalmente la ocupación correcta.

Si bien es importante y beneficiosa, la ocupación correcta no es un fin en sí misma. Uno puede tener un recto medio de vida, pero si en lo interno es pobre e insuficiente, será una fuente de desdicha para sí mismo y para

los demás; será irreflexivo, violento y arrogante. Sin la libertad interna de la realidad, uno no tendrá alegría ni paz. Únicamente en la búsqueda y el descubrimiento de esa realidad interna, podremos no sólo contentarnos con poco, sino percibir algo que está más allá de toda medida. Esto es lo que ha de buscarse primero y, como resultado, surgirán a la existencia las otras cosas.

Esta libertad interna de la realidad creativa no es un don; ha de ser descubierta y experimentada. No es una adquisición que podamos acumular dentro de nosotros para nuestra propia glorificación. Es un estado del ser, como el silencio, en el cual no hay un devenir sino plenitud. Puede que esta creatividad no necesariamente busque expresarse; no es un talento que requiera una manifestación externa. Uno no necesita ser un gran artista ni tener un auditorio; si busca estas cosas, perderá esa realidad interna que no es una facultad ni es el resultado del talento; es un tesoro imperecedero que ha de ser descubierto cuando el pensamiento se libere de la lujuria, la mala voluntad y la ignorancia, cuando se libere del espíritu mundano y el anhelo personal de ser. Es un estado que ha de experimentarse mediante el recto pensar y la meditación. Sin esta libertad interna de la realidad, la existencia es dolor. Tal como un hombre sediento busca el agua, así debemos buscar nosotros. Sólo la realidad puede apagar la sed de la impermanencia.

Ojai, 27 de mayo de 1945

HEMOS DESARROLLADO excesivamente el intelecto a costa de nuestros sentimientos más claros y profundos, y una civilización basada en el cultivo del intelecto debe producir por fuerza crueldad y promover la adoración del éxito. El énfasis puesto en el intelecto y la emoción conduce al desequilibrio, y el intelecto está siempre buscando protegerse a sí mismo. La mera determinación sólo fortalece el intelecto, lo embota y endurece; el intelecto es siempre agresivo, tanto en la realización como en la no realización. Los comportamientos del intelecto deben ser comprendidos por medio de la constante percepción alerta, y su reeducación debe sobrepasar los alcances de su propio razonamiento.

Interlocutor: Encuentro que hay un conflicto entre mi ocupación y mi relación con los demás. Marchan en direcciones diferentes. ¿Qué puedo hacer para que se encuentren?

Krishnamurti: Casi todas nuestras ocupaciones están impuestas por la tradición, la ambición o la codicia. En nuestra ocupación somos despiadados, competitivos, falsos, astutos y sumamente autoprotectores. Si aflojáramos alguna vez, podríamos hundirnos, de modo que debemos marchar con la alta eficiencia de la voraz

máquina de los negocios. Es una lucha constante por mantener una posición, por volvernos más agudos e ingeniosos. La ambición jamás puede encontrar una satisfacción duradera; está siempre buscando campos más amplios para afirmar su arrogancia.

Pero la relación involucra un proceso por completo diferente. En ella tiene que haber afecto, consideración, adaptación, abnegación, entrega; nada que conquistar, sólo vivir dichosamente. La relación debe contener una ternura humilde, debe estar exenta de dominación, de espíritu posesivo; la futilidad y el temor engendran celos y angustia en la relación. La relación es un proceso de descubrimiento propio en el que hay una comprensión más amplia y profunda. La relación es un ajuste constante en el descubrimiento propio; requiere paciencia, infinita flexibilidad y un corazón sencillo.

Pero ¿cómo pueden reunirse la agresividad y el amor, la ocupación y la relación? Lo uno es cruel, competitivo, ambicioso; lo otro es abnegado, considerado, benévolo. No pueden reunirse. Por una parte, las personas trafican con la sangre y el dinero, y por la otra tratan de ser amables, afectuosas, reflexivas. Como un alivio para su irreflexión y sus insulsas ocupaciones, buscan consuelo y desahogo en la relación. Pero la relación no reditúa consuelo porque es un proceso característico de descubrimiento propio y comprensión. El hombre cargado de tareas trata de buscar, mediante su vida de relación, consuelo y placer como una compensación para sus tediosas ocupaciones diarias basadas en la ambición, la codicia y la crueldad, las que paso a paso conducen hacia las barbaridades de la civilización moderna.

La ocupación correcta no es dictada por la tradición, la ambición o la codicia. Si cada uno se interesa seriamente en establecer una verdadera relación, no sólo con otro ser humano sino con todos, entonces encontrará la ocupación correcta. Ésta llega con la regeneración, con el cambio que ocurre en el corazón, no con la mera determinación de hallarla.

La integración es posible sólo si hay claridad de comprensión en todos los diferentes niveles de nuestra conciencia. No puede haber integración de la ambición y el amor, de la impostura y la claridad, de la compasión y la guerra. Mientras se mantengan aparte la ocupación y la relación, habrá conflicto interminable y desdicha. Toda reforma dentro del patrón de la dualidad es un retroceso; sólo más allá de este patrón existe la paz creativa.

Bangalore, 8 de agosto de 1948

INTERLOCUTOR: Usted habla muchísimo sobre la necesidad de un incesante estado de alerta. Yo encuentro que mi trabajo me embota tan irresistiblemente, que hablar de un estado de alerta después de una jornada de trabajo, es poner meramente sal sobre la herida.

Krishnamurti: Señor, ésta es una cuestión importante. Por favor, examinémosla juntos cuidadosamente y veamos qué contiene. Ahora bien, casi todos nosotros estamos embotados por lo que consideramos nuestro trabajo, el empleo, la rutina. Aquellos a quienes les gusta su trabajo, y aquellos que están obligados a trabajar a causa de la necesidad y ven que su trabajo los embota... ambos están embotados. Tanto los que gustan de su trabajo como los que lo resisten, se embotan, ¿no es así? ¿Qué es lo que hace un hombre que gusta de su trabajo? Piensa en él de la mañana a la noche, está constantemente ocupado con él. Está tan identificado con su trabajo que no puede mirarlo —él mismo es la acción, el trabajo—. ¿Y qué le sucede a una persona así? Vive en una jaula, vive aislada con su trabajo. En ese aislamiento puede ser muy ingeniosa, muy inventiva, muy sutil, pero sigue estando aislada. Y se embota porque ofrece resistencia a todo trabajo, a todas las otras propuestas. Su trabajo es, por lo tanto, una forma de escapar de la vida, escapar de su mujer, de

sus deberes sociales, de las innumerables exigencias, etc. Y está el hombre que pertenece a la otra categoría, el hombre que, como la mayoría de ustedes, está obligado a hacer algo que le disgusta y a lo cual se resiste. Es el obrero de la fábrica, el empleado de banco, el abogado, o cualquiera que fuere la ocupación.

Y bien, ¿qué es lo que nos embota? ¿Es el trabajo en sí? ¿Es nuestra resistencia al trabajo? ¿O es nuestro empeño por evitar otros impactos que actúan sobre nosotros? ¿Está siguiendo el planteo? Espero estar exponiéndolo con claridad. Es decir, el hombre a quien le gusta su trabajo está tan encerrado en él, tan enredado, que el trabajo se vuelve un vicio. Por lo tanto, su amor al trabajo es una forma de escapar de la vida. Y para el hombre que ofrece resistencia a su trabajo, que desearía estar haciendo alguna otra cosa, está el incesante conflicto que implica la resistencia a lo que está haciendo. De modo que nos preguntamos: ¿Es el trabajo lo que embota la mente? ¿O el embotamiento lo produce, por una parte, la resistencia al trabajo, y, por otra, el uso del trabajo para evitar los impactos de la vida? O sea, ¿es la acción, el trabajo, lo que embota la mente, o la mente se embota a causa de la evitación del conflicto, de la resistencia? Por cierto, no es el trabajo sino la resistencia lo que embota la mente. Si usted no ofrece resistencia y acepta el trabajo, ¿qué ocurre? El trabajo no lo embota, porque sólo una parte de su mente está funcionando en la tarea que usted tiene que realizar. El resto de su ser, lo inconsciente, lo oculto, está ocupado con aquellos pensamientos que le interesan de verdad. Por lo tanto, no hay conflicto.

Esto puede sonar más bien complejo, pero si lo sigue cuidadosamente verá que la mente se embota no a causa del trabajo, sino por la resistencia al trabajo o por la resistencia a la vida. Digamos, por ejemplo, que usted tiene que hacer una tarea que puede llevarle cinco o seis horas. Si dice: «¡Qué fastidio, qué espanto, quisiera poder estar haciendo alguna otra cosa!», es obvio que su mente ofrece

resistencia a esa tarea. Una parte está deseando que usted haga alguna otra cosa. Ahora bien, si usted no resiste, sino que hace lo que es realmente necesario hacer, entonces dice: «Tengo que ganarme la vida y la ganaré rectamente.» Pero el medio recto de ganarse la vida no significa el ejército, la policía, ni ser un abogado que medra con las disputas legales, con las perturbaciones, los subterfugios astutos, etc. Éste es de por sí un problema difícil.

Si usted está ocupado en algo que tiene que hacer para ganarse el sustento, y lo resiste, es obvio que la mente se embota, porque esa resistencia es como una máquina que funciona con el freno puesto. ¿Que le sucede a la pobre máquina? Su funcionamiento se entorpece, ¿verdad? Si usted ha manejado un automóvil, sabe qué sucede si mantiene puesto el freno: no sólo estropeará el freno, sino que dañará el motor. Eso es exactamente lo que hace cuando ofrece resistencia al trabajo. Mientras que si acepta lo que tiene que hacer y lo hace lo más plena e inteligentemente que pueda, ¿qué ocurre, entonces? A causa de que ya no resiste, las otras capas de su conciencia están activas sin importar lo que haga; usted sólo dedica a su trabajo la mente consciente, y la parte inconsciente, oculta de su mente, se ocupa de otras cosas que contienen mucha más vitalidad y profundidad. Aunque usted se enfrenta al trabajo, el inconsciente se hace cargo de ellas y funciona.

Ahora bien, si observa su vida, ¿qué es lo que ocurre en ella diariamente? Digamos que está interesado en encontrar a Dios, en tener paz. Ése es su verdadero interés y en él se ocupa tanto su mente consciente como la inconsciente: en encontrar la felicidad, la realidad, en vivir rectamente, bellamente, con claridad. Pero tiene que ganarse la subsistencia. Debido a que no hay tal cosa como vivir en aislamiento, «lo que es» está en la relación; por lo tanto, como se interesa en la paz y, dado que su trabajo en la vida cotidiana interfiere con ese interés, usted ofrece resistencia al trabajo. Dice: «Desearía tener

más tiempo para pensar, para meditar, para practicar el violín», o lo que fuere. Cuando hace eso, cuando meramente resiste al trabajo que tiene que realizar, esa resistencia misma es un desperdicio de esfuerzo que embota la mente. Pero, si se da cuenta de que todos hacemos diversas cosas que deben ser hechas —escribir cartas, hablar, limpiar el estiércol de la vaca, o lo que fuere— y, por lo tanto, no ofrece resistencia, sino que dice: «Tengo que hacer ese trabajo», entonces lo hará de buena voluntad y sin fastidio. Si no hay resistencia, tan pronto ese trabajo se acaba, encontrará usted que la mente está en paz; a causa de que el inconsciente, las capas más profundas de la mente se interesan en la paz, descubrirá que la paz comienza a llegar. De este modo, no hay división alguna entre la acción, que puede ser mera rutina, que quizá carece de interés, y su persecución de la realidad; ambas son compatibles cuando la mente ya no resiste, cuando ya no se embota a causa de la resistencia. Es la resistencia la que crea la división entre la paz y la acción. La resistencia se basa en una idea, y la resistencia no puede originar acción. Sólo la acción libera, no la resistencia al trabajo.

Es importante, pues, comprender que la mente se embota a causa de la resistencia, la condena, la censura y la evitación. La mente no se embota cuando no hay resistencia; cuando no censura ni condena, está viva, activa. La resistencia es meramente aislamiento, y la mente de un hombre que, consciente o inconscientemente se está aislando, se embota debido a esta resistencia.

Ojai, 14 de agosto de 1955

INTERLOCUTOR: Usted dice que una mente ocupada no puede recibir aquello que es la verdad o Dios. Pero ¿cómo puedo ganarme la vida a menos que esté ocupado en mi trabajo? ¿Acaso usted mismo no está ocupado en estas pláticas como su medio particular de ganarse la vida?

Krishnamurti: ¡No permita Dios que yo esté ocupado en mis pláticas! No lo estoy. Y ése no es mi medio de ganarme la vida. Si estuviera ocupado, no habría intervalo alguno entre pensamientos, no existiría ese silencio que es esencial para ver algo nuevo. Entonces el hablar se convertiría en un completo fastidio. No quiero aburrirme con mis propias pláticas y, por eso, no hablo desde la memoria. Se trata de algo por completo diferente. No importa, lo investigaremos en alguna otra ocasión.

El interlocutor pregunta cómo va a ganarse la vida si no está ocupado en su trabajo. ¿Se ocupa usted en su trabajo? Por favor, escuche esto. Si está ocupado en su trabajo, entonces no ama su trabajo. ¿Comprende la diferencia? Si amo lo que hago, no estoy «ocupado» en ello, mi trabajo no está separado de mí mismo. Pero en este país —y desafortunadamente se está volviendo un hábito en todo el mundo— estamos entrenados para adquirir des-

treza en un trabajo que no amamos. Quizás haya unos pocos científicos, unos pocos expertos técnicos, unos pocos ingenieros que realmente aman lo que hacen, que lo aman en el sentido total de la palabra, cosa que enseguida voy a explicar. Pero casi ninguno do nosotros ama lo que hace, y por eso estamos ocupados en ganarnos nuestro sustento. Pienso que hay una diferencia entre ambas cosas.

Si uno realmente lo examina, ¿cómo puedo amar lo que hago si todo el tiempo estoy siendo impulsado por la ambición, tratando de lograr, por medio de mi trabajo, un objetivo, tratando de llegar a ser alguien, de alcanzar el éxito? Un artista que se interesa en su nombre, en su grandeza, en satisfacer su ambición, que se compara con otros, ha dejado de ser un artista, es meramente un técnico como todos los demás. Lo cual implica, en realidad, que para amar algo tiene que terminar toda ambición, todo deseo de ser reconocido por la sociedad, sociedad que, en cualquier forma, está podrida. *(Risas).* Señores, por favor, no se rían. Y nosotros no estamos adiestrados para eso, no se nos educa para eso; tenemos que encajar en alguna rutina que la sociedad o la familia nos han transmitido. Debido a que mis antepasados han sido médicos, abogados o ingenieros, yo debo ser médico, abogado o ingeniero. Y ahora tiene que haber más y más ingenieros, porque eso es lo que requiere la sociedad. Así es como hemos perdido el amor por la cosa misma, si es que alguna vez lo tuvimos, lo cual pongo en duda. Cuando uno ama algo no se ocupa de ello. La mente no se empeña en lograr alguna cosa, en tratar de ser mejor que otro; cesan por completo toda comparación, toda competencia, todo deseo de triunfar, de realizarse. Sólo la mente ambiciosa se encuentra ocupada.

De igual manera, una mente ocupada en Dios, en la verdad, jamás puede descubrir qué es Dios, la verdad, porque ya conoce aquello en que se ocupa. Si uno ya conoce lo inconmensurable, lo que conoce es el producto

del pasado; por lo tanto, no es lo inconmensurable. La realidad no puede rendirse; en consecuencia, la mente no se ocupa en ella. Sólo existe un estado de quietud, un vacío en el cual no hay movimiento alguno; sólo entonces puede manifestarse lo desconocido.

El trabajo

De Comentarios sobre el vivir
Primera serie
Capítulo 88

RESERVADO Y PROPENSO al cinismo, era una especie de ministro en el gobierno. Había sido traído o, más probablemente, arrastrado, por un amigo, y parecía más bien sorprendido de encontrarse allí. El amigo deseaba conversar sobre algo y, evidentemente, pensó que el otro podía también acompañarlo y conocer su problema. El ministro era curioso y tenía cierto aire de superioridad. Era un hombre corpulento, de mirada aguda y facilidad de palabra. Había llegado a una meta en la vida y estaba confortablemente establecido. Viajar es una cosa y llegar es otra. El viajar es un constante llegar, y la llegada sin un viaje ulterior es muerte. ¡Cuán fácilmente nos sentimos gratificados y con qué rapidez el descontento encuentra su satisfacción! Todos ansiamos alguna clase de refugio, un puerto donde estar a salvo de todo conflicto, y por lo general lo encontramos. El listo, al igual que el tonto, encuentran su refugio y se mantienen prevenidos dentro de él.

«Durante muchos años he estado tratando de comprender mi problema, pero no he podido llegar al fondo. En mi trabajo siempre he generado antagonismo; entre todas las personas a las que he procurado ayudar, de alguna manera se ha introducido furtivamente la enemistad. Al ayudar a algunos siembro oposición entre otros. Por un lado doy y por otro parezco ofender. Esto ha estado

ocurriendo por más años de los que puedo recordar, y ahora ha surgido una situación en la que tengo que actuar más bien decisivamente. En realidad no quiero lastimar a nadie, y no sé qué hacer.»

¿Qué es más importante, no lastimar, no crear enemistad, o hacer algún trabajo?

«En el curso de mi trabajo, de hecho lastimo a otros. Soy una de esas personas que se entregan por completo a lo que hacen; si emprendo algo, necesito verlo hasta el final. Siempre ha sido así. Creo que soy bastante eficiente y odio ver la ineficiencia. Después de todo, si emprendemos alguna clase de trabajo social, debemos realizarlo de principio a fin, y aquellos que son ineficientes o descuidados, es natural que se sientan ofendidos y se muestren hostiles. El trabajo de ayudar a otros es importante, y ayudando a los necesitados lastimo a quienes se interponen en el camino. Pero en realidad no quiero herir a la gente, y he comenzado a darme cuenta de que debo hacer algo al respecto.»

¿Qué es lo importante para usted, trabajar o no herir a la gente?

«Cuando uno ve tanta desdicha y se sumerge en el trabajo de la reforma, en el curso de ese trabajo lastima a ciertas personas, aun cuando sea muy renuente a hacerlo.»

Al salvar a un grupo de personas se destruye a otras. Un país sobrevive a expensas de otro. Las personas así llamadas espirituales, en su ardor por la reforma, salvan a unos y destruyen a otros; traen bendiciones y también maldiciones. Al parecer, siempre somos bondadosos con unos y brutales con otros. ¿Por qué? ¿Qué es lo importante para usted, trabajar, o no lastimar a la gente?

«Al fin y al cabo, uno tiene que lastimar a ciertas personas que son descuidadas, ineficientes, egoístas; es inevitable. ¿No lastima usted a la gente con sus pláticas? Conozco a un hombre rico que se sintió muy herido por lo que usted dice acerca de la riqueza.»

Yo no quiero herir a nadie. Si hay personas heridas en el proceso de cierto trabajo, entonces para mí ese trabajo debe dejarse de lado. Yo no tengo ningún trabajo ni esquemas de ninguna clase concernientes a algún tipo de reforma o revolución. Para mí, lo primero no es el trabajo, sino el no lastimar a otros. Si el hombre rico se siente lastimado por lo que se dice, no es lastimado por mí, sino por la verdad de lo que *es,* verdad que a él le disgusta; no quiere que lo pongan en evidencia. No es mi intención poner en evidencia a otro. Si un hombre queda momentáneamente al descubierto por la verdad de lo que *es* y se enoja por lo que ve, culpa de ello a otros; pero eso es sólo una manera de escapar del hecho. Es absurdo enojarse con un hecho. La evitación de un hecho por medio de la ira es una de las reacciones más comunes e irreflexivas.

Pero no ha contestado mi pregunta. ¿Qué es lo importante para usted, el trabajo o no herir a la gente?

«El trabajo debe realizarse, ¿no lo cree usted?», intercaló el ministro.

¿Por qué debe realizarse? Si durante la acción de beneficiar a unos cuantos usted hiere o destruye a otros, ¿qué valor tiene esa acción? Usted puede salvar a su país particular, pero explota o mutila a otro. ¿Por qué se interesa tanto en su propio país, en su partido, en su ideología? ¿Por qué está tan identificado con su trabajo? ¿Por qué le importa tanto?

«Tenemos que trabajar, estar en actividad; de otro modo, lo mismo daría que estuviésemos muertos. Cuando la casa se quema, no podemos por el momento ocuparnos de cuestiones fundamentales.»

Para las personas meramente activas, nunca hay cuestiones fundamentales; lo único que les interesa es la actividad, la cual produce beneficios superficiales y perjuicios profundos. Pero, si se me permite preguntarlo, ¿por qué es tan importante para usted una determinada clase de trabajo? ¿Por qué está tan apegado a eso?

«Oh, no lo sé, pero me proporciona muchísima felicidad.»

Por lo tanto, en realidad no se interesa en el trabajo mismo, sino en lo que obtiene de él. Quizá no le produzca dinero, pero de él deriva su felicidad. Tal como otro gana poder, posición y prestigio salvando a su partido o a su país, usted recibe placer por su trabajo; tal como otro encuentra gran satisfacción, a la que él califica de bendición, sirviendo a su salvador, a su guru, a su maestro, así se satisface usted con lo que llama labor altruista. De hecho, lo importante para usted no es el país, el trabajo o el salvador, sino lo que obtiene de ello. Todo lo que le importa es su propia felicidad, y su trabajo particular le proporciona lo que desea. En realidad, no se interesa en las personas a las que se supone que está ayudando; éstas son sólo un medio para su propia felicidad. Y, obviamente, las ineficientes, los que se interponen en su camino, resultan lastimados; porque lo que le importa es el trabajo, siendo el trabajo su felicidad. Éste es el hecho brutal, pero lo disimulamos astutamente con palabras altisonantes como servicio, paz, Dios, etcétera.

De modo que, si se me permite señalarlo, a usted no le importa en realidad lastimar a las personas que obstaculizan la eficiencia del trabajo que le proporciona felicidad. Encuentra felicidad en cierto trabajo, y ese trabajo, cualquiera que sea, es usted. Lo que le interesa es obtener felicidad, y el trabajo le ofrece los medios; por lo tanto, el trabajo se vuelve muy importante y entonces, por supuesto, usted es muy eficiente, despiadado, dominante por consideración a aquello que le proporciona felicidad. Así que no le preocupa herir a la gente, engendrar enemistad.

«Jamás lo había visto antes de esa manera, y es perfectamente cierto. Pero ¿qué puedo hacer al respecto?»

¿Acaso no es importante averiguar también por qué le ha llevado tantos años ver un hecho simple como éste?

«Supongo, como usted dice, que en realidad no me importó si lastimaba o no a la gente, con tal de salirme

con la mía. Por lo general, me salgo con la mía porque siempre he sido muy eficiente y directo, cosa que usted, con perfecta razón, llamaría crueldad. Pero ¿qué es lo que ahora debo hacer?»

Le ha llevado todos estos años ver este hecho tan simple, porque hasta hoy no ha estado dispuesto a verlo, ya que al verlo ataca el fundamento mismo de su ser. Ha buscado la felicidad y la ha encontrado, pero ella siempre ha traído conflicto y antagonismo; y ahora, quizá por primera vez, se enfrenta a hechos que tienen que ver con usted mismo. ¿Qué va a hacer? ¿No existe una manera diferente de abordar el trabajo? ¿Acaso no es posible ser feliz y trabajar, en vez de buscar la felicidad en el trabajo? Cuando utilizamos el trabajo o a la gente como instrumentos para el logro de un objetivo, entonces es obvio que no tenemos relación alguna ni comunión, ya sea con el trabajo o con la gente; y entonces somos incapaces de amar. El amor no es un medio para un fin; tiene su propia eternidad. Cuando yo lo uso a usted y usted me usa a mí, lo cual generalmente se llama «relación», somos importantes el uno para el otro sólo como medios para alguna otra cosa; por lo tanto, no somos en absoluto importantes el uno para el otro. De esta utilización mutua tienen que surgir, inevitablemente, el conflicto y el antagonismo. Así pues, ¿qué va usted a hacer? Descubramos ambos qué debe hacerse, antes que buscar la respuesta de otro. Si usted puede investigarlo, lo que descubra al respecto será su propia experiencia de ello; entonces será verdadero y no sólo una confirmación o conclusión, una mera respuesta verbal.

«¿Cuál es, entonces, mi problema?»

¿No podríamos plantearlo de este modo? ¿Cuál es espontáneamente, su primera reacción a la pregunta? ¿Es el trabajo lo que viene primero? En caso contrario, si no es el trabajo, ¿qué es lo primero?

«Estoy empezando a ver lo que usted trata de comunicar. Mi primera respuesta es una conmoción; me siento

realmente espantado de ver lo que he estado haciendo durante tantos años en mi trabajo. Ésta es la primera vez que me he enfrentado al hecho de "lo que es" como usted lo llama, y le aseguro que no resulta muy agradable. Si puedo ir más allá de esto, tal vez alcance a ver qué es lo importante y entonces el trabajo seguirá naturalmente. Pero si en primer lugar viene el trabajo o alguna otra cosa, entonces esto seguirá siendo poco claro para mí.»

¿Por qué no es claro? ¿Acaso la claridad es una cuestión de tiempo o de buena voluntad para ver? El deseo de no ver, ¿desaparecerá por sí mismo en el curso del tiempo? Su falta de claridad, ¿no se debe al simple hecho de que usted no quiere ver claro porque ello trastornaría todo el patrón de su vida cotidiana? Si se diera cuenta de que, deliberadamente, está posponiendo las cosas, ¿no habría claridad inmediata? Este eludir los hechos es lo que genera confusión.

«Ahora todo está volviéndose muy claro para mí y no importa lo que haré. Es probable que haga lo que he estado haciendo, pero con un espíritu por completo diferente. Ya veremos.»

El individuo y la sociedad

De La libertad primera y última
Capítulo 3

UNA MENTE QUE desea comprender un problema debe no sólo comprenderlo por completo, íntegramente, sino que debe ser capaz de seguirlo con rapidez, porque el problema nunca es estático. El problema es siempre nuevo, ya sea el problema del hambre, un problema psicológico o cualquier problema. Toda crisis es siempre nueva; por lo tanto, para comprenderla la mente debe ser siempre clara, fresca, veloz en su búsqueda. Creo que casi todos comprendemos la urgencia de una renovación interna, puesto que ella es lo único que puede dar origen a una transformación radical de lo externo, de la sociedad. Éste es el problema que preocupa a todas las personas seriamente intencionadas. Nuestro problema es cómo producir una transformación fundamental, radical, en la sociedad; y esta transformación de lo externo no puede tener lugar sin una revolución interna. Dado que la sociedad es siempre estática, cualquier acción, cualquier reforma que se realice sin esta revolución interior, se vuelve igualmente estática; por lo tanto, sin esta constante revolución interior no hay esperanza, porque sin ella, la acción externa se vuelve reiterativa, habitual. La acción que surge de la relación entre unos y otros, entre usted y yo, es la sociedad; y esa sociedad se vuelve estática, sin cualidades vivificantes mientras no exista esta constante revolución interior, una transformación psicoló-

gica creadora. A causa de que no existe tal transformación, la sociedad está siempre cristalizándose, volviéndose estática y, por lo tanto, tiene que desintegrarse constantemente.

¿Qué relación existe entre nosotros y la desdicha y confusión que nos rodean? Evidentemente, esta confusión, esta desdicha, no se originaron de por sí. Ustedes y yo las hemos creado, no una sociedad capitalista o comunista o fascista, sino nosotros en nuestra relación mutua. Lo que somos en lo interno ha sido proyectado a lo externo, al mundo; lo que somos, lo que pensamos y sentimos, lo que hacemos en nuestra existencia cotidiana, se proyecta al exterior, y eso constituye el mundo. Si dentro de nosotros somos desdichados, confusos, caóticos, eso, proyectado, se convierte en el mundo, en la sociedad, porque la relación entre ustedes y yo, entre mí mismo y otro, es la sociedad; la sociedad es el producto de nuestra relación, y si la sociedad es confusa, egocéntrica, estrecha, limitada, nacionalista, proyectamos eso y generamos caos en el mundo.

El mundo es lo que somos nosotros. Nuestro problema, pues, es el problema del mundo. Éste, por cierto, es un hecho simple y básico, ¿no es así? En nuestra relación con uno o con muchos, por alguna razón parecemos descuidar todo el tiempo este hecho. Deseamos producir un cambio mediante un sistema o mediante una revolución en las ideas o valores que se basan en un sistema, olvidando que somos ustedes y yo los que hemos creado la sociedad, los que producimos orden o confusión según sea nuestra manera de vivir. En consecuencia, debemos empezar cerca; o sea, que debemos interesarnos en nuestra existencia cotidiana, en nuestros pensamientos, sentimientos y acciones de cada día, lo cual se revela en el modo como nos ganamos la vida y en nuestra relación con las ideas y las creencias. Ésta es nuestra existencia cotidiana, ¿verdad? Nos interesa ganarnos el sustento, conseguir empleos, ganar dinero; nos interesa la relación

con nuestra familia o nuestros vecinos, y estamos interesados en ideas y creencias.

Ahora bien, si examinamos nuestra ocupación, veremos que ésta se basa fundamentalmente en la envidia, no es sólo un medio de ganarnos la vida. La sociedad está estructurada de tal manera que es un proceso de constante conflicto, de un constante llegar a ser esto o aquello. Se basa en la codicia, en la envidia, envidia a nuestro superior; el oficinista quiere llegar a gerente, lo cual demuestra que su interés no está sólo en ganarse el sustento, en tener un medio de subsistencia, sino en adquirir posición y prestigio. Esta actitud, naturalmente, produce estragos en la sociedad, en la relación; pero si ustedes y yo nos interesáramos solamente en ganarnos el sustento, descubriríamos el recto medio para ello, un medio de vida no basado en la envidia. La envidia es uno de los factores más destructivos en la relación, porque la envidia indica deseo de poder, de posición, y finalmente conduce a la política; ambas, la envidia y la política, se hallan estrechamente relacionadas. Cuando el empleado de oficina busca llegar a ser gerente, se convierte en un factor para la creación de la política de fuerza, la cual da origen a la guerra; por lo tanto, es directamente responsable de la guerra.

* * *

¿POR QUÉ LA SOCIEDAD se derrumba, se desploma, como sin duda ocurre? Una de las razones fundamentales es que el individuo —cada uno de ustedes— ha dejado de ser creativo. Explicaré lo que quiero decir. Ustedes y yo nos hemos vuelto imitativos, copiamos tanto externa como internamente. Externamente, cuando aprendemos una técnica, cuando nos comunicamos entre nosotros en el nivel verbal, tiene que haber alguna imitación, alguna copia, eso es natural. Yo copio las palabras. Para llegar a ser ingeniero, primero debo aprender la téc-

nica, y luego empleo la técnica para construir un puente. Tiene que haber cierto grado de imitación, de copia, en la técnica externa, pero cuando hay imitación interna, psicológica, dejamos por cierto de ser creativos. Nuestra educación, nuestra estructura social, nuestra así llamada vida religiosa, se basan todas en la imitación; es decir, encajo dentro de una particular fórmula social o religiosa. He dejado de ser un verdadero individuo; psicológicamente me he convertido en una mera máquina repetitiva con ciertas respuestas condicionadas, ya sea del hindú, del cristiano, del budista, del alemán o del inglés. Nuestras respuestas están condicionadas conforme al patrón de la sociedad, oriental u occidental, religiosa o materialista. Por lo tanto, una de las causas fundamentales de la desintegración de la sociedad es la imitación, y uno de los factores desintegrantes es el líder, cuya esencia misma es la imitación.

A fin de comprender la naturaleza de la sociedad en desintegración, ¿no es importante investigar si ustedes y yo, o sea, el individuo, podemos ser creativos? Vemos que, cuando hay imitación, tiene que haber desintegración, cuando hay autoridad tiene que haber copia de un modelo o patrón de conducta. Y dado que toda nuestra estructura mental, psicológica, se basa en la autoridad, tenemos que liberarnos de la autoridad a fin de ser creativo. ¿No han notado que en los momentos de creatividad, en esos momentos más bien felices de interés vital, no hay sentido alguno de repetición, de imitación? Tales momentos son siempre nuevos, frescos, creativos, dichosos. Vemos, pues, que una de las causas fundamentales de desintegración de la sociedad es la imitación, el culto de la autoridad.

Bombay, 24 de febrero de 1957

INTERLOCUTOR: Soy estudiante. Antes de escucharle era muy entusiasta en mis estudios y estaba labrándome una buena carrera. ¡Pero ahora todo me parece tan inútil! He perdido completamente el interés en mis estudios y en una progresión. Lo que usted dice se ve muy atractivo, pero es imposible de lograr. Todo esto me ha dejado muy confundido. ¿Qué debo hacer?

Krishnamurti: ¿Yo te he confundido? ¿Yo te he hecho ver que lo que haces es inútil? Si he sido la causa de tu confusión, entonces no estás confundido, porque cuando me vaya, volverás a tu anterior confusión o a tu claridad. Pero si este interlocutor es serio, entonces lo que en realidad ha ocurrido es que, al escuchar lo que se ha dicho aquí, ha tomado clara conciencia de sus propias actividades; ahora ve que lo que está haciendo, estudiar a fin de labrarse una carrera para el futuro, es más bien vano, sin mucha significación. Por lo tanto, pregunta: «¿Qué debo hacer?» Está confundido no porque yo lo haya confundido, sino porque al escuchar se ha dado cuenta de la situación del mundo y de su propia condición y relación con el mundo. Ha tomado conciencia de la futilidad que implica todo este asunto de labrarse una carrera futura. Se ha vuelto consciente de ello, no es que yo lo haya vuelto consciente.

Pienso que esto es lo primero que tienes que comprender: que al escuchar, al estar atento, al observar tus propias actividades, has hecho por ti mismo este descubrimiento: por lo tanto, es tuyo, no mío. Si fuera mío, me lo llevaba conmigo al irme. Pero esto es algo que otro no puede llevarse, porque ha sido comprendido por ti. Te has observado a ti mismo en la acción, has observado tu propia vida y ahora ves que labrarse una carrera para el futuro es algo inútil. Así pues, estando confundido, preguntas: «¿Qué debo hacer?»

¿Qué debes hacer, en realidad? Debes continuar con tus estudios, ¿no es así? Eso es obvio, porque necesitas tener alguna clase de profesión, un recto medio de vida. ¿Comprendes? Por favor, escucha bien esto. Tienes que ganarte el sustento con un recto medio de vida. Y la abogacía no es, obviamente, un recto medio de vida, porque mantiene a la sociedad tal como es, una sociedad basada en el espíritu adquisitivo, en la codicia, en la envidia, en la autoridad y la explotación; por lo tanto es, en sí misma, desorden. Así que la abogacía no es la profesión apropiada para un hombre del todo serio en cuestiones religiosas; tampoco puede convertirse en policía o militar. La militar es, obviamente, una profesión destinada a matar, y no hay diferencia entre defensa y ofensa. Un soldado está dispuesto matar, y la función de un general es prepararse para la guerra.

Así pues, si estas tres profesiones no son correctas, ¿qué es lo que vas a hacer? Tienes que resolverlo, ¿no es así? Tienes que descubrir por ti mismo qué es lo que realmente deseas hacer, y no depender de tu padre o de tu abuelo o de algún profesor o de cualquier otra persona que te diga lo que debes hacer. ¿Y qué significa descubrir lo que uno realmente desea hacer? Significa descubrir qué actividad ama uno, ¿no es cierto? Cuando amas lo que haces, no eres ambicioso, no eres codicioso, no buscas la fama, porque ese amor mismo por lo que haces es de sí por completo suficiente. En ese amor no hay

frustración, porque uno ya no busca en él su realización personal.

Pero ya lo ves, todo esto requiere muchísima reflexión, investigación, meditación; desafortunadamente, la presión del mundo es muy fuerte. El mundo son tus padres, tus abuelos, la sociedad que te rodea; todos ellos quieren que seas un hombre exitoso, que encajes en el patrón establecido, así que te educan para que te amoldes. Pero toda la estructura de la sociedad se basa en la codicia, en la envidia, en el autoritarismo despiadado, en la actividad agresiva de cada uno de nosotros. Y si tú ves por ti mismo, de hecho y no teóricamente, que una sociedad semejante debe, por fuerza, corromperse desde adentro, entonces encontrarás tu propio curso de acción trabajando en lo que amas. Ello puede generar un conflicto con la presente sociedad... ¿y por qué no? Una persona religiosa, un hombre que está buscando la verdad, se rebela contra la sociedad que se basa esencialmente en la respetabilidad, en el espíritu adquisitivo y en la ambiciosa búsqueda de poder. Él no está en conflicto con la sociedad, sino que la sociedad está en conflicto con él. La sociedad jamás puede aceptarlo. La sociedad sólo puede hacer de él un santo y adorarlo; y con eso lo destruye.

De modo que el estudiante que ha estado escuchando, ahora se halla confundido. Pero si no escapa de esa confusión corriendo a un cine o yendo al templo o leyendo un libro o acudiendo a un guru, si se da cuenta de cómo ha surgido esta confusión, si se enfrenta a ella y, en el proceso de la investigación, no se amolda al patrón de la sociedad, entonces será un hombre verdaderamente religioso. Y tales personas religiosas son necesarias porque son necesarias porque son ellas las que darán origen a un mundo nuevo.

¿Cuál es la verdadera función de un maestro?

De Comentarios sobre el vivir
Segunda serie
Capítulo 31

LAS HIGUERAS DE BENGALA y los tamarindos dominaban el pequeño valle, que lucía verde y pleno de vida después de las lluvias. Al aire libre el sol era fuerte y penetrante, pero en la sombra se sentía un fresco agradable. Las sombras eran profundas y los viejos árboles recortaban sus formas bien proporcionadas contra el cielo azul. Había un número asombroso de pájaros en ese valle, pájaros de muchas clases diferentes; llegaban a estos árboles, y tan pronto llegaban desaparecían en ellos. Probablemente no volvería a llover durante varios meses, pero ahora el campo se veía verde y apacible, los pozos se encontraban colmados y la tierra estaba llena de buenas promesas. Las corruptoras ciudades se hallaban lejos, más allá de los cerros, pero las aldeas cercanas estaban sucias y la gente pasaba hambre. El gobierno sólo prometía, y los aldeanos parecían importar muy poco. Estaban totalmente rodeados de belleza y alegría, pero no tenían ojos para eso ni para sus propias riquezas internas. En medio de tanta belleza, la gente era torpe y vacua.

Él era un maestro con poca paga y una gran familia, pero estaba interesado en la educación. Dijo que pasaba dificultades para vivir de sus ingresos pero que de algún modo se las arreglaba, y la pobreza no era para él un factor de perturbación. Aunque el alimento no era abundante, tenían lo suficiente para comer, y como sus hijos se

educaban gratuitamente en la escuela donde enseñaba, podían ir tirando. Él era un experto en su asignatura y también enseñaba otras materias, lo cual, según dijo, podía hacer cualquier maestro que fuera siquiera algo inteligente. De nuevo destacó su profundo interés por la educación.

«¿Cuál es la función de un maestro?», preguntó.

¿Es meramente un dador de información, un transmisor de conocimientos?

«Por lo menos tiene que ser eso. En cualquier sociedad, los muchachos y las chicas tienen que ser preparados para que puedan ganarse la vida, dependiendo ello de sus capacidades y demás. Forma parte de la función de un maestro impartir conocimientos al estudiante, de modo que pueda conseguir un empleo cuando llegue el momento, y también para que pueda, quizás, ayudar a crear una mejor estructura social. El estudiante tiene que ser preparado para afrontar la vida.»

Así es, señor, pero ¿no estamos tratando de averiguar cuál es la función de un maestro? ¿Consiste meramente en preparar al estudiante para una carrera exitosa? ¿No tiene el maestro una significación mayor y má amplia?

«Por supuesto que la tiene. En primer término, puede ser un ejemplo. Por su forma de vivir, su conducta, su actitud y sus puntos de vista, puede influir sobre el estudiante y servirle de inspiración.»

¿Es la función de un maestro ser un ejemplo para el estudiante? ¿No hay ya ejemplos suficientes, héroes, líderes, sin que tengamos que agregar otro a la larga lista? ¿Es un ejemplo el método de educación? ¿No es el propósito de la educación ayudar al estudiante a que sea libre, creativo? ¿Acaso hay libertad en la imitación, en la conformidad, ya sea externa o interna? Cuando el estudiante es alentado a seguir un ejemplo, ¿no se alimenta con ello el temor en una forma profunda y sutil? Si el maestro se convierte en un ejemplo, ¿acaso ese ejemplo mismo no moldea y deforma la vida del estudiante, y no

está usted, entonces, favoreciendo el perpetuo conflicto entre lo que él es y lo que él debería ser? ¿No consiste la función de un maestro en ayudar al estudiante a que comprenda lo que él, el estudiante, *es?*

«Pero el maestro debe guiar al estudiante hacia una vida mejor y más noble.»

Para guiar a otros uno tiene que saber, pero ¿qué es lo que sabe usted? Sabe lo que ha aprendido a través de la pantalla de sus prejuicios, la cual es su condicionamiento como hindú, cristiano o comunista; y esta clase de guía sólo conduce a mayores desdichas y derramamientos de sangre, como se demuestra por lo que ocurre en todo el mundo. ¿No es la función de un maestro ayudar al estudiante a que se libere inteligentemente de todas estas influencias que lo condicionan, de modo que sea capaz de enfrentarse a la vida de manera profunda y plena, sin temor, sin descontento agresivo? El descontento forma parte de la inteligencia, pero no así la fácil pacificación del descontento. El descontento adquisitivo se aplaca pronto, porque sigue el trillado patrón de la acción adquisitiva. ¿No es la función de un maestro disipar la gratificadora ilusión de guías, ejemplos y líderes?

«Entonces, por lo menos el maestro puede inspirar al estudiante hacia cosas más grandes.»

Repito, ¿no está usted abordando el problema erróneamente, señor? Si, como maestro, infunde en el estudiante pensamientos y sentimientos, ¿no lo hace depender psicológicamente de usted? Cuando actúa como su inspiración, cuando él lo tiene en estima como podría hacerlo con un líder o un ideal, es indudable que depende de usted. La dependencia, ¿no engendra temor? Y el temor, ¿no mutila la inteligencia?

«Pero si el maestro no ha de ser inspirador ni ejemplo ni guía, entonces, ¿cuál es, en nombre del cielo, su verdadera función?»

En el momento en que no es usted ninguna de esas cosas, ¿qué es? ¿Cuál es su relación con el estudiante?

¿Tenía usted anteriormente relación alguna con él? Su relación con el estudiante estaba basada en un idea de lo que era bueno para él, de que él debía ser esto o aquello. Usted era el maestro y él era el alumno; usted actuaba sobre él, influía en él según su propio condicionamiento particular. Y así, consciente o inconscientemente, lo moldeaba conforme a su propia imagen. Pero si deja de actuar sobre él, entonces él se vuelve importante en sí mismo, lo cual implica que usted tiene que comprenderlo y no exigirle que él lo comprenda a usted o a sus ideales, que de cualquier manera son falsos. Entonces tiene usted que tratar con lo que *es*, no con lo que *debería ser.*

Por cierto, cuando el maestro considera a cada estudiante como un individuo único que, por lo tanto, no ha de ser comparado con ningún otro, no se interesa entonces en sistemas o métodos. Su único interés está en «ayudar» al estudiante a comprender las influencias que lo condicionan, tanto las externas como las internas, de modo que pueda afrontar inteligentemente y sin temor el complejo proceso del vivir, y no agregue más problemas a la confusión ya existente.

«¿No está usted requiriendo del maestro una tarea que está más allá de sus posibilidades?»

Si uno es incapaz de hacer esto, entonces ¿qué es un maestro? Su pregunta es pertinente sólo si el enseñar es para usted una simple carrera, un empleo como cualquier otro, porque yo siento que, para el verdadero educador, nada es imposible.

Varanasi, 12 de enero de 1962

INTERLOCUTOR: Después de un día de duro trabajo, mi mente queda agotada. ¿Qué puede uno hacer?

Krishnamurti: La pregunta es: Después de un día de trabajo con tantas ocupaciones, uno encuentra que el poco tiempo que le queda está ocupado; la mente se halla agotada. ¿Qué puede uno hacer?

Vea, toda nuestra estructura social es completamente errónea; nuestra educación es absurda; lo que llamamos educación consiste meramente en repetir, memorizar, estudiar intensamente. ¿Cómo puede una mente que ha estado esforzándose todo el día como científico, especialista, esto o aquello, que ha estado tan ocupada durante trece horas en una cosa u otra, cómo puede tener un poco de tiempo libre que sea fructífero? No puede. ¿Cómo puede uno, después de pasarse cuarenta o cincuenta años como científico o burócrata o médico o lo que fuere —no es que tales ocupaciones no sean necesarias—, cómo puede disponer de diez años en que su mente no esté condicionada, incapacitada? De modo que, en realidad, la pregunta es: ¿Puedo ir a la oficina, ser un ingeniero, un experto en fertilizantes, un buen educador y, aun así, mantener la mente asombrosamente aguda, sensible, vital durante todo el día y en cada instante? Ése es realmente el problema, no cómo tener quietud al terminar el día.

Uno está comprometido con la ingeniería, con alguna especialización, no puede evitarlo, la sociedad se lo exige y uno tiene que ir a trabajar. ¿Es posible, mientras se está trabajando, no quedar jamás atrapado en las ruedas de eso tan monstruoso llamado sociedad? No puedo responder a eso por usted. Yo digo que es posible, no teóricamente sino de hecho. Es posible sólo cuando no hay un centro; por eso hablo al respecto. Piense en un médico especialista en nariz y garganta que ha practicado durante cincuenta años. ¿Cuál es su cielo? Su cielo es la nariz y la garganta, obviamente. Pero ¿es posible ser un buen médico, de primera clase, y, sin embargo, vivir, funcionar, observar, estar atento a toda la cosa, a todo el proceso del pensar? Por cierto, eso es posible, pero requiere una energía extraordinaria. Y esa energía se desperdicia en el conflicto, en el esfuerzo. Esa energía se desperdicia cuando uno es vanidoso, ambicioso, envidioso.

Pensamos en la energía desde el punto de vista de hacer algo, o desde el punto de vista de la idea así llamada religiosa, la idea de que debemos tener una energía tremenda a fin de encontrar a Dios, para lo cual debemos mantenernos célibes, debemos hacer esto o aquello... ya conoce usted todos los trucos que juegan consigo mismas las personas religiosas, y así terminan medio muertas de hambre, vacías, embotadas. Dios no quiere personas embotadas, personas insensibles. Uno sólo puede llegar a Dios con completa vitalidad, con cada parte del ser viva, vibrante; pero ya lo ven, la dificultad está en vivir sin caer en la rutina, en hábitos de pensamiento, de ideas, de acción. Si usted dedica a ello su mente, descubrirá que puede vivir en este feo mundo —uso la palabra *feo* en el sentido del diccionario, sin que tenga detrás ningún contenido emocional— y trabajar, actuar y, al mismo tiempo, mantener el cerebro alerta, como un río que todo el tiempo se purifica a sí mismo.

¿Qué es lo que lo embota?

De Comentario sobre el vivir
Segunda serie
Capítulo 17

ÉL tenía un empleo insignificante con un salario muy pobre; vino con su esposa para hablar sobre el problema de ambos. Eran muy jóvenes y, aunque llevaban varios años de casados, no tenían hijos; pero ése no era el problema. Su paga apenas bastaba para sostener una existencia en estos tiempos difíciles, pero como no tenían hijos era suficiente para sobrevivir. Nadie podía saber qué reservaba el futuro, aunque difícilmente podría ser peor que el presente. Él era poco propenso a hablar, pero su esposa señaló que debía hacerlo. Al parecer, lo había traído casi a la fuerza, porque él había venido de muy mala gana; pero allí estaba y ella se mostraba contenta. Él no podía expresarse con facilidad, según dijo, porque nunca había hablado de sí mismo a nadie excepto a su mujer. Tenía unos cuantos amigos, pero ni aun a éstos abría jamás su corazón, porque no le habrían comprendido. A medida que hablaba, poco a poco iba volviéndose más afable, y su esposa escuchaba con ansiedad. Él explicó que su trabajo no era el problema; resultaba bastante interesante y, de cualquier manera, le daba para comer. Eran personas sencillas, sin pretensiones, y ambos se habían educado en una de las universidades.

Por fin ella comenzó a explicar cuál era su problema. Dijo que desde hacía un par de años, su marido parecía haber perdido todo interés en la vida. Cumplía con sus

tareas en la oficina y eso era casi todo; se iba a trabajar por la mañana y regresaba al atardecer, y sus empleadores no se quejaban de él.

«Mi trabajo es una cuestión de rutina y no me exige demasiada atención. Me interesa lo que hago, aunque por alguna razón todo ello implica un esfuerzo. Mi dificultad no está en la oficina ni en las personas con las que trabajo, sino dentro de mí mismo. Como dijo mi mujer, he perdido interés en la vida e ignoro en absoluto qué es lo que pasa conmigo.»

«Él siempre fue entusiasta, sensible y muy afectuoso, pero desde hace un año o más se le nota embotado e indiferente a todo. Solía ser siempre cariñoso conmigo, pero ahora la vida se ha vuelto muy triste para ambos. No parece importarle si estoy allí o no, y ha llegado a ser una desgracia vivir en la misma casa. No es rudo ni nada de eso, sino que simplemente se ha vuelto apático y por completo indiferente.»

¿Es a causa de que no tienen hijos?

«No es eso», dijo él. «Nuestra relación física es más o menos buena. Ningún matrimonio es perfecto, tenemos nuestros altibajos, pero no creo que este embotamiento sea el resultado de algún desajuste sexual. Si bien mi esposa y yo no hemos tenido relaciones sexuales desde hace cierto tiempo debido a este apagamiento mío, no creo que el origen de ello sea la falta de hijos.»

¿Por qué dice eso?

«Antes de que me cayera encima este embotamiento, mi esposa y yo nos hicimos cargo de que no podríamos tener hijos. Es algo que nunca me preocupó, aunque ella se lamenta a menudo por eso. Desea hijos, pero al parecer uno de nosotros es incapaz de procrear. He sugerido algunas cosas que podrían permitir que ella tuviera un hijo, pero no quiere intentar ninguna. Quiere tener un hijo mío o no tener ninguno, y está muy perturbada al respecto. Después de todo, sin el fruto, un árbol es meramente decorativo. Nos hemos desvelado hablando de todo esto,

pero así está la cosa. Comprendo que uno no puede tenerlo todo en la vida, y no es la falta de hijos lo que ha causado este embotamiento; al menos estoy bastante seguro de que no es eso.»

¿Se debe a la tristeza de su esposa, al sentimiento de frustración que ella experimenta?

«Vea, señor, mi marido y yo hemos examinado este asunto bastante a fondo. Estoy más que triste por no tener hijos, y ruego a Dios poder tener uno algún día. Mi marido quiere que yo sea feliz, desde luego, pero su embotamiento no se debe a mi tristeza. Si tuviéramos un hijo ahora, yo sería supremamente feliz, pero para él sería meramente una distracción, y supongo que es así con la mayoría de los hombres. Este apagamiento se ha ido apoderando inadvertidamente de él, como alguna enfermedad interna, durante los últimos dos años. Acostumbraba hablarme acerca de todo, me hablaba sobre los pájaros, sobre su trabajo en la oficina, sobre sus ambiciones, sobre su amor y consideración por mí; solía abrirme su corazón. Pero ahora su corazón está cerrado y su mente se encuentra muy lejos, en alguna parte. He hablado con él, pero de nada sirve.»

¿Se han separado por un tiempo para ver cómo funcionaba eso?

«Sí. Yo me fui con mi familia por cerca de seis meses, y nos escribíamos; pero esta separación no cambió las cosas. Si hizo algo, fue empeorarlas. Él cocinaba su propia comida, salía muy poco, se mantenía lejos de sus amigos y se retrajo cada vez más dentro de sí mismo. De cualquier manera, nunca ha sido demasiado sociable. Aun después de esta separación, no se mostró ni una pizca más animado que antes.»

¿Piensa usted que este embotamiento es una protección, una pose, una manera de escapar de algún anhelo íntimo insatisfecho?

«Me temo que no entiendo bien lo que quiere decir.»

Puede que usted anhele intensamente algo que necesita realización, y como ese anhelo no encuentra salida, tal

vez escapa usted, mediante el embotamiento, del dolor que ello le ocasiona.

«Jamás he pensado en algo semejante, nunca antes se me había ocurrido. ¿Cómo puedo descubrirlo?»

¿Por qué nunca antes se le ha ocurrido? ¿Alguna vez se ha preguntado cuál es la razón de su embotamiento? ¿No quiere saberlo?

«Es extraño, pero nunca me he preguntado cuál es la causa de esta estúpida apatía. Jamás me he formulado esa pregunta.»

Ahora que se la formula, ¿cuál es su respuesta?

«No creo tener ninguna. Pero estoy realmente muy conmovido al descubrir cuán torpe me he vuelto. Nunca fui así. Me espanta mi propio estado.»

Después de todo, es bueno saber en qué estado se encuentra uno realmente. Al menos es un comienzo. Nunca antes se había preguntado cuál era la razón de su embotamiento, de su letargo; simplemente lo aceptaba y seguía igual, ¿no es así? ¿Desea descubrir qué es lo que ha hecho esto de usted, o se ha resignado a su estado actual?

«Me temo que él simplemente lo aceptó sin luchar nunca contra ello.»

Usted desea superar este estado, ¿verdad? ¿Quiere hablar de eso sin la presencia de su esposa?

«Oh, no. No hay nada que no pueda decir frente a ella. Sé que no es una falta ni un exceso de relación sexual la causa de este estado, ni tampoco hay otra mujer. No podría estar con otra mujer. Y no es la falta de hijos.»

¿Pinta usted, o escribe?

«Siempre he deseado escribir, pero jamás he pintado. Durante mis paseos solía tener algunas ideas, pero ahora hasta eso ha desaparecido.»

¿Por qué no trata de expresar algo en el papel? No importa lo tonto que sea; no tiene que mostrárselo a nadie. ¿Por qué no intenta escribir algo? Pero volvamos a lo de antes. ¿Desea usted descubrir qué ha causado este embotamiento o quiere permanecer como está?

«Me gustaría irme sólo a alguna parte, renunciar a todo y hallar alguna felicidad.»

¿Es eso lo que quiere hacer? Entonces, ¿por qué no lo hace? ¿Vacila usted a causa de su esposa?

«Así como soy no le sirvo de nada a mi esposa; soy sólo un fracaso.»

¿Piensa que encontrará la felicidad apartándose de la vida, aislándose? ¿No se ha aislado lo suficiente ahora? Renunciar con el fin de encontrar, no es en absoluto una renunciación; es sólo un astuto regateo, un intercambio, una jugada calculada para ganar algo. Pero ¿puede usted encontrar la felicidad mediante el aislamiento, la disociación? ¿Acaso la vida no es asociación, contacto, comunión? Usted puede apartarse de una asociación para encontrar la felicidad en otra, pero no puede separarse completamente de todo contacto. Aun en completo aislamiento está en contacto con sus pensamientos, consigo mismo. La forma completa de aislamiento es el suicidio.

«Desde luego que no deseo cometer suicidio. Quiero vivir, pero no deseo continuar como soy.»

¿Está seguro de que no desea continuar siendo como es? Vea, está bastante claro que existe algo que lo embota, y usted quiere escapar de ello hacia un ulterior aislamiento. Escapar de lo que *es*, es aislarse. Usted desea aislarse, quizá temporalmente, abrigando esperanzas de felicidad. Pero ya se ha aislado y bastante a fondo; un nuevo aislamiento, al que llama renunciación, es sólo una manera más de retirarse de la vida. Y, ¿puede usted encontrar la felicidad por medio de un autoaislamiento cada vez más profundo? Está en la naturaleza del yo aislarse; su cualidad misma es la exclusividad. Ser exclusivo es renunciar con el fin de ganar. Cuanto más se aparta usted de la asociación, mayor es el conflicto, la resistencia. Nada puede existir en aislamiento. Por dolorosa que pueda ser una relación, tiene que ser paciente y totalmente comprendida. El conflicto contribuye al embotamiento. El esfuerzo por llegar a ser esto o aquello, sólo engendra

problemas, conscientes o inconscientes. Usted no puede haberse embotado sin que haya una causa, porque, como dice, en un tiempo fue alerta y entusiasta. No siempre ha tenido este embotamiento. ¿Qué es lo que produjo el cambio?

«Usted parece saberlo; ¿no tendría la bondad de decírselo?»

Podría hacerlo, pero ¿de qué serviría? Él lo aceptaría o lo rechazaría según su humor y su placer; pero, ¿no es importante que él mismo lo descubra? ¿No es esencial que deje al descubierto todo el proceso y vea su verdad? La verdad es algo que no puede comunicarse a otro con palabras. Él debe ser capaz de recibirla, y nadie puede prepararlo para ello. Esto no es indiferencia de mi parte, sino que él debe dar con la verdad abiertamente, de manera libre e inesperada.

¿Qué es lo que lo embota? ¿No debería usted saberlo por sí mismo? El conflicto y la resistencia contribuyen al embotamiento. Pensamos que por medio de la lucha comprenderemos, que la competencia nos hará brillantes. La lucha contribuye, por cierto, a la agudeza, pero lo agudo pronto se embota; lo que se usa constantemente pronto se desgasta. Aceptamos el conflicto como algo inevitable, y edificamos nuestra estructura de pensamiento y acción sobre esta inevitabilidad.

Pero ¿es inevitable el conflicto? ¿No existe una forma diferente de vivir? Existe si podemos comprender el proceso y la significación del conflicto.

Repito, ¿por qué se ha embotado usted mismo?

«¿Me he embotado yo mismo?»

¿Puede cosa alguna embotarlo, a menos que usted esté dispuesto a que lo embote? Esta disposición puede ser consciente o hallarse oculta. ¿Por qué se ha permitido a sí mismo este embotamiento? ¿Existe en usted un conflicto profundamente arraigado?

«Si existe, soy totalmente inconsciente de él.»

Pero ¿no quiere saber? ¿No quiere comprenderlo?

«Estoy empezando a ver qué quiere usted decir», intervino ella, «pero tal vez yo no sea capaz de decirle a mi marido la causa de su embotamiento, ya que yo misma no estoy muy segura al respecto.»

Usted puede ver o no la manera de cómo este embotamiento se ha abatido sobre él, pero ¿le estaría ayudando de verdad si se lo señalara verbalmente? ¿No es esencial que él lo descubra por sí mismo? Por favor, vea la importancia de esto, y entonces no se impacientará ni estará ansiosa. Uno puede ayudar a otro, pero es el otro quien deberá emprender el viaje del descubrimiento. La vida no es fácil, es muy compleja, pero debemos abordarla sencillamente. Nosotros somos el problema; el problema no es lo que llamamos vida. Podemos comprender el problema que somos nosotros mismos, sólo sabemos cómo abordarlo. Lo que es sumamente importante es el modo de aproximarnos al problema, no el problema en sí.

«Pero ¿qué hemos de hacer?»

Ustedes tienen que haber escuchado todo lo que se dijo. Si lo han hecho, verán que sólo la verdad trae libertad. Por favor, no se preocupen, sólo dejen que la semilla arraigue.

Regresaron al cabo de unas cuantas semanas. Había esperanza en sus ojos y una sonrisa en sus labios.

De El propósito de la educación

Capítulo 17

NO SÉ si en sus paseos han reparado ustedes en una larga y estrecha alberca que hay junto al río. Deben haberla excavado algunos pescadores, y no está conectada con el río. Éste fluye firmemente, ancho y profundo, pero la alberca se halla saturada de desperdicios porque no se conecta con la vida del río y no contiene peces. Es una alberca estancada, y el río profundo, lleno de vigor y vitalidad, pasa velozmente de largo.

¿No creen ustedes que así son los seres humanos? Cavan para sí mismos una pequeña alberca lejos de la rápida corriente de la vida, y en esa pequeña alberca se estancan, mueren; y a este estancamiento, a este deterioro lo llamamos nuestra existencia. O sea, que todos anhelamos un estado de permanencia, queremos que ciertos deseos duren para siempre, ansiamos placeres que no terminen nunca. Cavamos un agujero y en él nos atrincheramos con nuestras familias, con nuestras ambiciones, nuestras culturas, nuestros temores, nuestros dioses, nuestras diversas formas de adoración, y allí morimos dejando que pase la vida, esa vida que no es permanente, que cambia continuamente, que es tan rápida, que tiene profundidades enormes, una vitalidad y una belleza tan extraordinarias.

¿No han advertido que si se sientan quietamente a la orilla del río pueden escuchar su canto, el suave chapaleteo de las olas, el sonido de la corriente que pasa? Siem-

pre hay una sensación de movimiento, un movimiento extraordinario hacia lo más ancho y profundo. Pero en la pequeña alberca no hay movimiento alguno, sus aguas se hallan estancadas. Y, si observan bien, verán que esto es lo que desea la mayoría de nosotros: pequeñas albercas estancadas lejos de la vida. Decimos que nuestra «existencia de alberca» está bien, y hemos inventado una filosofía para justificarla; hemos desarrollado teorías sociales, políticas, económicas y religiosas en apoyo de esa filosofía, y no queremos que se nos perturbe, porque lo que perseguimos es un sentido de permanencia.

¿Saben ustedes lo que significa buscar la permanencia? Significa anhelar que lo placentero continúe indefinidamente y que lo que no es placentero se acabe lo más pronto posible. Queremos que el apellido que llevamos sea conocido y se prolongue a través de la familia, de la propiedad. Deseamos un sentido de permanencia en nuestras relaciones, en nuestras actividades, lo cual implica que buscamos una vida continua y duradera dentro de la alberca estancada. No queremos que haya ahí ningún tipo de cambios verdaderos; por lo tanto, hemos construido una sociedad que nos garantiza la permanencia de la propiedad, del nombre, de la fama.

Pero ya lo ven, la vida no es así en absoluto; la vida no es permanente. Como las hojas que caen de un árbol, todas las cosas son transitorias, nada perdura; siempre hay cambio y muerte. ¿Han reparado en un árbol que se levanta desnudo contra el cielo, lo hermoso que es? Se perfilan todas sus ramas, y en su desnudez hay un poema, un canto. Todas las hojas han desaparecido y el árbol aguarda la llegada de la primavera. Cuando la primavera llega, cubre nuevamente el árbol con la música de muchísimas hojas, y éstas caen en la estación correspondiente y el viento se las lleva; así es como actúa la vida.

* * *

DE HECHO, la vida es como el río; se encuentra en movimiento incesante, siempre buscando, explorando, empujando, desbordando sus orillas, penetrando con sus aguas en cada hendidura. Pero ya ven, la mente no permitirá que eso le ocurra a ella. La mente ve que es arriesgado, peligroso, vivir en un estado de impermanencia, de inseguridad; y entonces construye una muralla alrededor de sí misma: la muralla de la tradición, de la religión organizada, de las teorías políticas y sociales. La familia, el nombre, la propiedad, las pequeñas virtudes que hemos cultivado, todo eso está dentro de las murallas, fuera de la vida. La vida, en su impermanencia, se nueve incesantemente y trata de penetrar, de derribar estas murallas tras de las cuales hay confusión y desdicha. Los dioses que están dentro de las murallas son todos dioses falsos, y sus escritos y filosofías no tienen sentido alguno, porque la vida está más allá de todo eso.

* * *

UNA MENTE QUE busca permanencia pronto se estanca; como esa alberca paralela al río, pronto se llena de corrupción y deterioro. Sólo la mente que no tiene murallas, ni apoyos, ni barreras, ni lugar de reposo, que se mueve completamente con la vida, perpetuamente avanzando, explorando, estallando, sólo una mente así puede ser feliz, eternamente nueva, porque es, en esencia, creativa.

¿Entienden de qué estoy hablando? Deberían entenderlo, porque todo esto forma parte de la verdadera educación y, cuando se comprende, toda nuestra vida se transforma; nuestra relación con el mundo, con nuestro vecino, con nuestra esposa o nuestro marido, tiene un significado por completo diferente. Entonces no tratamos de realizarnos en lo personal a través de nada, porque vemos que la búsqueda de realización sólo invita al dolor y a la desdicha. Por eso es que deben interrogar a sus maestros acerca de todo esto y discutirlo entre ustedes. Si lo com-

prenden, habrán comenzado a comprender la extraordinaria verdad de lo que es la vida, y en esa comprensión hay gran belleza y amor, está el florecimiento de la bondad. Pero los esfuerzos de la mente que busca un estanque de seguridad, de permanencia, sólo pueden conducir a la oscuridad y la corrupción. Una vez establecida en el estanque, una mente así tiene miedo de aventurarse afuera para investigar, para explorar; pero la verdad, Dios, la realidad o como gusten llamarlo, se encuentra más allá del estanque.

* * *

Interlocutor: ¿Cuál es la tarea del hombre?

Krishnamurti: ¿Cuál cree usted que es? ¿Estudiar, aprobar exámenes, conseguir un empleo y hacer eso por el resto de su vida? ¿Ir al templo, afiliarse a grupos, emprender diversas reformas? La tarea del hombre, ¿es matar animales para alimentarse? ¿Es construir un puente para que un tren lo atraviese, excavar pozos en una tierra seca, encontrar petróleo, escalar montañas, conquistar la tierra y el aire, escribir poemas, pintar, amar, odiar? ¿Es ésta toda la tarea del hombre? ¿Edificar civilizaciones que van a venirse abajo en unos cuantos siglos, causar guerras, crear a Dios a su propia imagen, matar a la gente en nombre de la religión o del Estado, hablar de paz y de hermandad mientras usurpa el poder y es despiadado con sus semejantes...? Esto es lo que el hombre está haciendo en todas partes, ¿no es así? ¿Y es ésta la verdadera tarea del hombre?

Usted ve que todas las ocupaciones conducen a la destrucción y la desdicha, al caos y la desesperación. Grandes lujos existen codo a codo con una extrema pobreza; la enfermedad y la inanición junto a los refrigeradores y a los aviones. Todo esto es la tarea del hombre; y cuando usted ve eso, ¿no se pregunta si eso es todo, si

no hay ninguna otra cosa que constituya la verdadera tarea del hombre? Si podemos descubrir cuál es la verdadera tarea del hombre, entonces los aviones, las máquinas de lavar, los puentes, las casas, tendrán un significado por completo diferente; pero sin descubrir cuál es esa tarea, el mero complacerse en reformas, en rehacer lo que el hombre ya ha hecho, no llevará a ninguna parte.

¿Cuál es, entonces, la verdadera tarea del hombre? Por cierto, la verdadera tarea del hombre es el descubrimiento de la verdad, de Dios; es amar y no quedar atrapado en actividades que lo encierran dentro de sí mismo. En el propio descubrimiento de lo verdadero hay amor, y ese amor en la relación humana creará una civilización diferente, un mundo nuevo.

Bombay, 28 de marzo de 1948

INTERLOCUTOR: ¿Cuáles son las bases de un recto medio de vida? ¿Cómo puedo averiguar si mi medio de vida es el apropiado, y cómo he de encontrar un medio de vida correcto en una sociedad básicamente incorrecta?

Krishnamurti: En una sociedad básicamente incorrecta, no puede haber medios de vida correctos. ¿Qué es lo que actualmente sucede en todo el mundo? Cualquiera que sea nuestro medio de vida, nos lleva a la guerra, a la desdicha a la destrucción, lo cual es un hecho obvio. Cualquier cosa que hacemos conduce inevitablemente al conflicto, al deterioro, a la crueldad y al dolor. Por lo tanto, la presente sociedad es básicamente incorrecta; se funda, ¿no es así?, en la envidia, el odio y el deseo de poder, y una sociedad semejante debe por fuerza crear medios de vida incorrectos, tales como el del militar, el policía y el abogado. Por su propia naturaleza, son un factor de desintegración en la sociedad, y cuantos más abogados, policías y militares hay, más evidente resulta el deterioro de la sociedad. Eso es lo que está sucediendo en todo el mundo: hay más militares más policías, más abogados y, naturalmente, el hombre de negocios va bien con ellos. Todo eso ha de cambiarse a fin de echar los cimientos de esta sociedad correcta; y nosotros pensamos que una tarea semejante es imposible. *No lo es,* pero somos

ustedes y yo quienes tenemos que hacerla. Porque actualmente, cualquier medio de vida que intentamos, o bien crea desdicha para otro, o conduce a la destrucción final de la humanidad, lo cual se muestra en nuestra existencia cotidiana. ¿Cómo puede cambiarse eso? Puede cambiarse sólo cuando ustedes y yo no buscamos poder, no somos envidiosos, no estamos llenos de odio y antagonismo. Cuando ustedes, en su relación mutua, producen esa transformación, entonces están contribuyendo a crear una sociedad nueva, una sociedad compuesta por personas que no se hallan sujetas por la tradición, que no piden nada para sí mismas, que no persiguen el poder; a causa de que son internamente ricas, han encontrado la realidad. Sólo el hombre que busca la realidad puede crear una sociedad nueva; sólo el hombre que ama puede dar origen a una transformación en el mundo.

Sé que ésta no es una respuesta satisfactoria para la persona que desea averiguar cuál es el recto medio de vida en la presente estructura social. Usted tiene que hacer lo mejor que pueda en la presente estructura de la sociedad: puede ser un fotógrafo, un comerciante, un abogado, un policía o lo que fuere. Pero sea consciente de lo que está haciendo, sea inteligente, despierto, sepa bien lo que hace, lo que perpetúa con su acción, reconozca toda la estructura de la sociedad, con su corrupción, su odio, su envidia; y si usted mismo no cede a estas cosas, entonces tal vez pueda contribuir a crear una nueva sociedad. Pero en el momento en que pregunta cuál es el medio de vida correcto, todas estas cuestiones están inevitablemente ahí, ¿verdad? Usted no está satisfecho con su medio de vida; desea ser envidiado, desea tener poder, mayores lujos y comodidades, posición y autoridad; por lo tanto, está creando o manteniendo por fuerza una sociedad que traerá destrucción al hombre, a usted mismo.

Si ve claramente ese proceso de destrucción en su propio medio de vida, si ve que es el resultado de su pro-

pia persecución del medio de vida, entonces, obviamente, encontrará el medio correcto de ganar dinero. Pero primero tiene que ver el cuadro de la sociedad tal como es, una sociedad desintegradora, corrupta; y cuando vea eso muy claramente, entonces vendrá su medio de ganarse la vida. Pero primero tiene que ver el cuadro, ver el mundo tal como es, con sus divisiones nacionales, sus crueldades, sus ambiciones, odios y controles. Entonces, a medida que lo vea con mayor claridad, encontrará que surge un recto medio de ganarse la vida; usted no tiene que buscarlo. Pero la dificultad con la mayoría de nosotros es que tenemos demasiadas responsabilidades: padres, madres, esperan que ganemos dinero y los mantengamos. Y como es difícil conseguir un empleo en nuestra sociedad tal como es actualmente, cualquier ocupación es bienvenida; y así caemos dentro de los mecanismos de la sociedad. Pero aquellos que no están tan obligados, que no tienen necesidad de un trabajo inmediato y, por lo tanto, pueden considerar la totalidad del cuadro, son los responsables. Pero ya lo ve, los que no están comprometidos en lograr un empleo inmediato, se hallan atrapados en alguna otra cosa: se interesan en su expansión personal, en sus comodidades, en sus lujos, en sus diversiones. Tienen tiempo, pero lo dilapidan. Y los que disponen de tiempo son los responsables de cambiar la sociedad; los que no padecen la presión inmediata de ganarse el sustento son los que verdaderamente deberían interesarse en todo este problema de la existencia y no quedar enredados en la mera acción política, en actividades superficiales. Aquellos que disponen de tiempo y del así llamado ocio, deberían buscar la verdad, porque son ellos los que pueden dar origen a una revolución en el mundo, no el hombre cuyo estómago está vacío. Pero, desafortunadamente, los que disponen de tiempo libre no se ocupan de lo eterno. Se ocupan en llenar su tiempo. Así que ellos también son una causa de desdicha y confusión en el mundo. Por lo tanto, aquellos de ustedes que están escuchando, que disponen

de un poco de tiempo, deben dedicar pensamiento y consideración a este problema y, por medio de la propia transformación, darán origen a una revolución en el mundo.

Bangalore, 15 de agosto de 1948

INTERLOCUTOR: ¿Puedo permanecer siendo un funcionario del gobierno si quiero seguir sus enseñanzas? La misma pregunta se suscitaría con tantas otras profesiones. ¿Cuál es la solución correcta para el problema de los medios de vida?

Krishnamurti: Señores, ¿qué entendemos por medios de vida? Es ganar dinero para satisfacer nuestras necesidades elementales de alimento, ropa y vivienda, ¿no es así? La dificultad con los medios de vida aparece sólo cuando utilizamos las necesidades fundamentales de alimento, ropa y vivienda como recursos de agresión psicológica. O sea, que el problema de los medios de vida surge sólo cuando utilizamos las necesidades como recursos de exaltación propia. Nuestra sociedad se basa esencialmente no en proveer las necesidades fundamentales, sino en el engrandecimiento psicológico, utilizando las necesidades fundamentales con el fin de expandir la propia personalidad. Ustedes tienen que considerar esto un poco más a fondo. Obviamente, el alimento, la ropa y la vivienda podrían ser producidos en abundancia; hay suficiente conocimiento científico como para satisfacer la demanda; pero la demanda para la guerra es mayor no sólo por parte de los atizadores de guerras, sino por parte de cada uno de nosotros, porque cada uno de nosotros es

violento. Hay suficiente conocimiento científico como para abastecer todas las necesidades del hombre; ello ha sido resuelto y podría producirse como para que ningún hombre estuviera necesitado. ¿Por qué no ocurre así? Porque nadie se satisface con alimento, ropa y vivienda. Todos desean algo más y, expresado en diferentes palabras, el «más» es poder. Pero sería grosero satisfacerse tan sólo con las necesidades. Estaremos satisfechos con las necesidades en el verdadero sentido, que consiste en hallarse libre del sentido de poder, sólo cuando hayamos descubierto el tesoro interno imperecedero al que ustedes llaman Dios, la verdad o el nombre que prefieran darle. Si pueden descubrir estas riquezas imperecederas dentro de sí mismos, entonces estarán satisfechos con pocas cosas, y esas pocas cosas pueden ser provistas.

Desafortunadamente, nos entusiasman los valores sensorios. Los valores que perciben los sentidos se han vuelto más importantes que los valores de lo verdadero. Al fin y al cabo toda nuestra estructura social, nuestra presente civilización, se basa esencialmente en valores sensorios. Éstos no son sólo los valores de los sentidos; sino los valores del pensamiento, porque el pensamiento también es resultado de los sentidos; y cuando cultivamos el mecanismo del pensar, que es el intelecto, entonces predomina en nosotros el pensamiento, que también es un valor sensorio. Por lo tanto, mientras estemos buscando valores propios de los sentidos, ya sean del tacto, del gusto del olfato, de la percepción sensorial o del pensamiento, lo externo se vuelve más significativo que lo interno; y la mera negación do lo externo no es el camino hacia lo interno. Uno podrá negar lo externo y retirarse del mundo yéndose a la jungla o a una cueva y allí pensar en Dios; pero esa negación misma de lo externo, ese pensar en Dios, sigue siendo cosa de los sentidos, porque el pensamiento es sensorio y, cualquier valor basado en los sentidos, por fuerza tiene que crear confusión, que es lo que está sucediendo actualmente en el mundo. Lo senso-

rio domina todo, y en tanto la estructura social se edifique sobre eso, se vuelve extraordinariamente difícil la cuestión de los medios de vida.

¿Cuál es, entonces, el recto medio de vida? Esta pregunta podrá ser contestada sólo cuando haya una revolución completa en la presente estructura social, no una revolución de acuerdo con la fórmula de la derecha o de la izquierda, sino una completa revolución de valores que no se basen en los sentidos. Ahora bien, si aquellos que disponen de tiempo libre —como las personas de edad avanzada que cobran sus pensiones y que han gastado sus años jóvenes buscando a Dios o dedicados a otras diversas formas de destrucción—, realmente consagraran su tiempo, su energía, a descubrir la verdadera solución, actuarían como un medio, como un instrumento para producir una revolución en el mundo. Pero esas personas no están interesadas. Ellas desean seguridad. Han trabajado tantos años para conseguir sus pensiones, que les gustaría vivir cómodamente por el resto de sus vidas. Disponen de tiempo libre, pero son indiferentes. Sólo les interesa alguna abstracción que ellas llaman «Dios», la cual no tiene relación alguna con lo real; su abstracción no es Dios, es una forma de escape. Y en el medio están los que llenan sus vidas con una actividad incesante; ellos no tienen tiempo para encontrar respuestas a los múltiples problemas de la vida. De manera que la esperanza radica sólo en los que se interesan profundamente en estas cosas, en dar origen a una transformación radical en el mundo, gracias a la comprensión de sí mismos.

Por cierto, podemos ver qué es una profesión incorrecta. Ser militar, policía, abogado es, obviamente, una profesión incorrecta, porque ellos medran con el conflicto, con el disenso; y el gran negociante, el capitalista, medra con la explotación. El gran negociante puede ser un individuo o puede ser el Estado; si el Estado se hace cargo de los grandes negocios, no deja de explotarnos a ustedes y a mí. Y como la sociedad está basada en el ejér-

cito, en la policía, en la ley, en el gran hombre de negocios, es decir, en el principio de disensión, explotación y violencia, ¿cómo podemos sobrevivir ustedes y yo, que queremos ser decentes y tener una profesión correcta? Hay una creciente desocupación, mayores ejércitos, fuerzas policiales más importantes con sus servicios secretos, y los grandes negocios se están volviendo cada vez más y más grandes, formando corporaciones que finalmente son asumidas por el Estado, por el Estado convertido en una gran corporación en ciertos países. Dada esta situación de una sociedad cuyas bases son la explotación, el disenso, ¿cómo va a encontrar usted un recto medio de vida? Es casi imposible, ¿verdad? O bien tendrá que irse lejos y formar una comunidad con unas pocas personas —una comunidad cooperativa que se mantenga a sí misma—, o tendrá que sucumbir simplemente a la enorme maquinaria. Pero ya lo ve, la mayoría de nosotros no se interesa realmente en encontrar el recto medio de vida. Casi todos se interesan en conseguir un empleo y en aferrarse a él con la esperanza de progresar y obtener una paga cada vez mayor. Debido a que cada uno de nosotros desea seguridad, protección, una posición permanente, no hay una revolución radical. No son los complacientes, los satisfechos, sino sólo los arriesgados que anhelan experimentar con sus vidas, con su existencia, quienes descubren las cosas verdaderas, una nueva manera de vivir.

Por lo tanto, antes de que pueda haber un recto medio de vida, deben ser vistos los medios obviamente falsos de ganarse la subsistencia: el ejército, la abogacía, la policía, las grandes corporaciones comerciales que absorben a la gente y la explotan, ya sea en el nombre del Estado, del capital o de la religión. Cuando uno ve lo falso y lo erradica, hay una transformación, una revolución, y sólo esta revolución puede crear una nueva sociedad. Buscar, como individuo, un recto medio de vida, es excelente, pero eso no resuelve el inmenso problema. Este problema inmenso se resuelve sólo cuando ustedes y yo no busca-

mos la seguridad. No hay tal cosa como la seguridad. Cuando uno busca seguridad, ¿qué sucede? ¿Qué está sucediendo actualmente en el mundo? Todos desean la seguridad por medio de su nacionalismo. Al fin y al cabo, uno es nacionalista porque quiere seguridad, y piensa que así va a tenerla. Se ha demostrado una y otra vez que no es posible alcanzar la seguridad por medio del nacionalismo, porque el nacionalismo es un proceso de aislamiento que invita a la guerra, a la desdicha y la destrucción. Por consiguiente, los rectos medios de vida en una vasta escala, deben comenzar con aquellas personas que comprenden lo que es falso. Cuando uno combate lo falso, está creando el recto medio de vida. Cuando uno combate toda la estructura de la disensión y la explotación —ya sean de la izquierda de la derecha, o de la autoridad de la religión y los sacerdotes—, entonces ésa es la profesión correcta en la actualidad, porque eso creará una sociedad nueva, una nueva cultura. Pero para combatir, uno tiene que ver muy clara y definidamente qué es lo falso, debe estar atento a ello, debe observar todo lo que hace, piensa y siente. Entonces, gracias a eso, no sólo descubrirá qué es lo falso, sino que de ello surgirá una nueva vitalidad, una nueva energía, y esa energía dictará qué clase de trabajo debe o no debe uno hacer.

Poona, 17 de octubre de 1948

INTERLOCUTOR: Mientras hablaba acerca de los rectos medios de vida, usted dijo que las profesiones de militar, abogado o funcionario del gobierno no eran, evidentemente, rectos medios de vida. ¿No está usted abogando porque nos apartemos de la sociedad, y no implica eso escapar de los conflictos sociales y soportar la injusticia y la explotación que nos rodean?

Krishnamurti: Para transformar algo o para comprenderlo, primero debemos examinar lo que *es;* sólo entonces es posible una renovación, una regeneración, una transformación. Transformar meramente lo que es sin haberlo comprendido, es una pérdida de tiempo, un retroceso. La reforma sin comprensión es retroceso, porque no nos enfrentamos a lo que es. Pero si comenzamos por comprender exactamente lo que *es*, entonces sabremos cómo actuar. Uno no puede actuar sin observar primero, sin discutir y comprender lo que *es*. Tenemos que examinar la sociedad tal como es, con sus debilidades, sus flaquezas, y para examinarla debemos ver directamente nuestra conexión, nuestra relación con ella, sin interponer una explicación intelectual o teórica.

Tal como la sociedad existe hoy en día, no hay opción entre medios de vida correctos o medios de vida incorrectos. Uno toma el que puede, cualquiera que sea, si es lo

suficientemente afortunado como para conseguir alguno. De modo que para el hombre presionado por un trabajo inmediato, no hay problema; toma lo que puede conseguir, porque necesita comer. Pero para aquellos que no están tan presionados por lo inmediato, debería ser un problema, y eso es lo que estamos discutiendo. ¿Cuál es el recto medio de vida en una sociedad basada en la adquisición y en las diferencias de clase, en el nacionalismo, la codicia, la violencia y demás? Teniendo en cuenta estas cosas, ¿puede haber un recto medio de vida? Evidentemente, no. Y es obvio que hay profesiones incorrectas, medios de vida incorrectos, tales como la carrera militar, la abogacía, la policía y el gobierno.

El ejército existe no para la paz, sino para la guerra. La función de los ejércitos es crear guerras, la función del general es planear para la guerra. Si no lo hace, ustedes lo echarán, ¿no es así? Se desembarazarán de él. La función del estado mayor es planificar y prepararse para guerras futuras, y un estado mayor que no hace planes para guerras futuras es, obviamente, ineficiente. Así que la militar no es una profesión para la paz; por lo tanto, no es un recto medio de vida. Conozco las implicaciones tan bien como ustedes. Los ejércitos existirán mientras existan gobiernos soberanos con su nacionalismo y sus fronteras; y dado que ustedes apoyan a gobiernos soberanos, tienen que apoyar el nacionalismo y la guerra. Por consiguiente, mientras uno sea nacionalista, no tiene opción en cuanto a rectos medios de vida.

Lo mismo ocurre con la policía. La función de la policía es proteger y mantener las cosas como están. También se vuelve un instrumento de indagación, de inquisición, no sólo en manos de gobiernos totalitarios, sino en manos de cualquier gobierno. La función de la policía es husmear en torno, investigar las vidas privadas de las personas. Cuanto más revolucionario se vuelve uno, externa o internamente, tanto más peligroso es para el gobierno. Por eso los gobiernos, y en especial los

gobiernos totalitarios, liquidan a quienes crean una revolución, ya sea externa o interna. Es obvio, por lo tanto, que la profesión de policía no es un recto medio de vida.

De igual manera con el abogado. Medra con las disputas. Para que él pueda ganarse la vida, es indispensable que entre usted y yo haya pleitos y riñas. *(Risas).* Ustedes lo toman a risa. Probablemente muchos son abogados y su risa indica una mera respuesta nerviosa a un hecho; y, eludiendo el hecho, seguirán siendo abogados. Tal vez digan que son una víctima de la sociedad, pero si lo son es porque aceptan a la sociedad tal como es. Así que la abogacía no es un recto medio de vida. Puede haber rectos medios de vida sólo cuando ustedes no aceptan el presente estado de cosas; y en el momento en que no lo aceptan, no aceptan la abogacía como profesión.

Asimismo, no pueden esperar encontrar rectos medios de vida en las grandes corporaciones de los hombres de negocios que amasan fortunas, ni en la rutina burocrática del gobierno con sus funcionarios y su papeleo. Los gobiernos sólo se interesan en mantener las cosas como están, y si uno se convierte en ingeniero para el gobierno, directa o indirectamente está contribuyendo a la guerra.

En tanto uno acepte a la sociedad tal como es, cualquier profesión, ya sea el ejército, la policía, la abogacía o el gobierno, no es un recto medio de vida, obviamente. Viendo eso, ¿qué ha de hacer un hombre serio? ¿Ha de huir y enterrarse en alguna aldea? Aun allí, de algún modo tiene que vivir. Puede mendigar, pero la comida misma que le dan proviene indirectamente del abogado, del policía, del militar, del gobierno. Y él no puede vivir en aislamiento, porque eso también es imposible; vivir en aislamiento es estar enterrado, tanto psicológica como fisiológicamente. Entonces, ¿que va uno a hacer? Todo lo que puede hacer, si es honesto, si es inteligente respecto de todo este proceso, es rechazar el presente estado de cosas y dar a la sociedad todo lo que uno es capaz de dar. O sea, señor, usted acepta el alimento, la ropa y la vivien-

da de la sociedad, y algo debe darle a la sociedad a cambio de ello. Mientras utilice al ejército, a la policía, a la ley y al gobierno como su medio de vida, usted mantiene las cosas como están, apoya el disenso, la inquisición, la guerra. Pero si rechaza las cosas de la sociedad y acepta sólo las necesidades fundamentales, debe dar algo a cambio. Es más importante averiguar qué está usted dando a la sociedad, que averiguar cuál es el recto medio de vida.

¿Qué da usted a la sociedad? ¿Qué es la sociedad? La sociedad es la relación con uno o con muchos. Es su relación con otro. ¿Qué está dando usted a otro? ¿Está dando algo a otro, en el verdadero sentido de la palabra, o meramente recibe el pago por alguna cosa? Mientras no descubra qué es lo que está dando, cualquier cosa que reciba de la sociedad será por fuerza un medio de vida incorrecto. Ésta no es una respuesta ingeniosa; por lo tanto, usted tiene que considerar, examinar todo el problema de su relación con la sociedad. Puede preguntarme a su vez: «¿Qué está dando *usted* a la sociedad a fin de que le dé ropa, vivienda y alimento?» Doy a la sociedad aquello de que estamos hablando hoy, lo cual no es simplemente la ayuda verbal que cualquier tonto pueda dar. Doy a la sociedad lo que para mí es verdadero, y estoy mucho más interesado en eso que en lo que la sociedad me da. Señor, cuando uno no usa a la sociedad o a su prójimo como un medio de autoexpansión, está completamente satisfecho con las cosas que la sociedad le da en la forma de alimento, ropa y vivienda. Por lo tanto, uno no es codicioso y, no siendo codicioso, su relación con la sociedad es por completo diferente. Desde el momento en que usted no usa a la sociedad como un medio de expansión propia, rechaza las cosas de la sociedad; por lo tanto, en su relación con la sociedad hay una revolución: usted no depende de otro para sus necesidades psicológicas. Sólo entonces puede tener un recto medio de vida.

Quizá diga que todo esto es una respuesta muy complicada, pero no es así. La vida no tiene respuestas sim-

ples. El hombre que busca una respuesta simple a la vida posee, es obvio, una mente lerda, torpe. La vida carece de una conclusión, de un patrón definido; la vida es vivir, cambiar, transformarse. No existe una respuesta positiva, precisa a la vida, pero podemos comprender todo su sentido y su significación. Para comprender, primero tenemos que ver que estamos usando la vida como un medio de expansión propia, de autorrealización; y debido a que usamos la vida como un medio de autorrealización, creamos una sociedad corrupta que debe comenzar a deteriorarse desde el instante mismo en que nace. Por eso, una sociedad organizada contiene, inherente, la semilla del deterioro.

Es muy importante que cada uno de nosotros descubra cuál es su relación con la sociedad, si ella se basa en la codicia —que significa autoexpansión, autorrealización, y en la cual están involucrados el poder, la posición, la autoridad—, o si uno meramente acepta de la sociedad cosas tan esenciales como el alimento, la ropa, la vivienda. Si la relación de uno es de necesidad y no de codicia, entonces, dondequiera que uno se encuentre, descubrirá el recto medio de vida aun cuando la sociedad sea corrupta. Por lo tanto, como la sociedad actual se desintegra muy rápidamente, uno tiene que descubrirlo; y aquellos cuya relación es de necesidad solamente, crearán una nueva cultura, serán el núcleo de una sociedad en la cual las necesidades de la vida se hallan equitativamente distribuidas y no son utilizadas como medios de autoexpansión. En tanto la sociedad siga siendo para ustedes un medio de expansión propia, tiene que haber ansia de poder, y es el poder el que crea una sociedad de clases dividida en los de arriba y los de abajo, los ricos y los pobres, el hombre que posee y el hombre que no posee, el culto y el inculto, cada cual luchando contra el otro, y todo ello basado en la codicia y no en la necesidad. Es la codicia la que da poder, posición y prestigio, y mientras eso exista, nuestra relación con la sociedad tiene que con-

sistir por fuerza en medios de vida incorrectos. Puede haber rectos medios de vida cuando acudimos a la sociedad sólo en procura de nuestras necesidades, y entonces nuestra relación con la sociedad es muy sencilla. La sencillez no consiste en vestir un taparrabo y renunciar al mundo. El mero limitarse a unas pocas cosas no es sencillez. La sencillez de la mente es esencial, y esa sencillez no puede existir si la mente es utilizada para la autoexpansión, la autorrealización, ya sea que esta autorrealización se base en la búsqueda de Dios, en el conocimiento, el dinero, la propiedad o la posición. La mente que busca a Dios no es una mente sencilla, porque su Dios es su propia proyección. El hombre sencillo es el que ve exactamente lo que *es* y lo comprende; no requiere nada más. Una mente así está contenta porque comprende lo que es, lo cual no quiere decir que acepta a la sociedad como es, con su explotación, su lucha de clases, sus guerras y demás. Pero una mente que ve y comprende lo que *es* y, por lo tanto, actúa, una mente así tiene pocas necesidades, es muy sencilla, quieta. Y sólo cuando la mente está quieta, puede recibir lo eterno.

Bombay, 26 de febrero de 1950

INTERLOCUTOR: Cuanto más lo escucha uno, más siente que usted predica el retiro de la vida. Yo soy un empleado del ministerio. Tengo cuatro hijos, gano solamente 125 rupias mensuales. ¿Tendría usted la bondad de explicar cómo puedo pelear la oscura lucha por la existencia de la manera nueva que usted propone? ¿Piensa realmente que su mensaje puede significar algo importante para el hambriento y para el que tiene que hacer malabarismos con su pobre salario? ¿Ha vivido usted entre tales personas?

Krishnamurti: En primer lugar, despachemos la pregunta acerca de si he vivido entre tales personas. Ello implica, ¿no es así?, que a fin de comprender la vida uno tiene que parar por todas las fases de la vida, por todas las experiencias, debe vivir entre los pobres y los ricos, debe padecer hambre y atravesar todas las condiciones de la existencia. Ahora bien, para exponer el problema muy concisamente: ¿Debe usted pasar por la ebriedad a fin de conocer la sobriedad? ¿Acaso una experiencia comprendida de manera plena y completa no revela todo el proceso de la vida? ¿Debe uno pasar por todas las fases de la vida para comprenderla? Por favor, vea que esto no es un modo de eludir la pregunta, al contrario. Creemos que para conocer la sabiduría debemos pasar por cada fase de

la vida y de la experiencia, desde el hombre rico al hombre pobre, desde el mendigo al rey. ¿Es así? La sabiduría, ¿es la acumulación de muchas experiencias? ¿O la sabiduría ha de encontrarse en la completa comprensión de una experiencia? Debido a que jamás comprendemos de manera completa y total una experiencia, vamos de experiencia en experiencia buscando alguna clase de salvación, de refugio, de felicidad. Hemos convertido nuestra vida en un proceso de continua acumulación de experiencias; por lo tanto, es una lucha interminable, una batalla incesante por lograr, adquirir cosas. Ésa es, por cierto, una manera tediosa y absolutamente estúpida de abordar la vida, ¿no es así?

¿No es posible captar el significado pleno de una experiencia y así comprender toda la amplitud y profundidad de la vida? Yo digo que *es* posible y que es el único modo de comprender la vida. Cualquiera que sea la experiencia, cualquiera que sea el reto y la respuesta a la vida, si uno puede comprenderlos plenamente, entonces la persecución de cada experiencia no tiene sentido, se vuelve meramente una pérdida de tiempo. A causa de que somos incapaces de hacer eso, hemos inventado la ilusoria idea de que acumulando experiencias finalmente llegaremos... ¡sólo Dios sabe adónde!

El interlocutor quiere saber si estoy predicando el retiro de la vida. ¿Qué entendemos por vida? Estoy resolviendo este problema en voz alta, así que sigámoslo juntos. ¿Qué entendemos por vida? El vivir sólo es posible en relación, ¿verdad? Si no hay relación, no hay vida. Ser es estar relacionado; la vida es un proceso de relación, de estar en comunión con otro, con dos o con diez, con la sociedad. La vida no es un proceso de aislamiento, de retiro. Pero para la mayoría de nosotros la vida es un proceso de aislamiento, ¿no es así? Nos esforzamos por aislarnos en la acción, en la relación. Todas nuestras actividades nos encierran dentro de nosotros mismos, nos limitan y aíslan, y en ese proceso mismo hay fricción,

dolor, angustia. El vivir es relación, y nada puede existir en el aislamiento; por lo tanto, no podemos retirarnos de la vida. Al contrario, tenemos que comprender la relación: la relación con nuestra esposa, con nuestros hijos, con la sociedad, con la naturaleza, con la belleza de este día, con la luz del Sol sobre las aguas, con el vuelo de un pájaro, con las cosas que poseemos y con los ideales que nos controlan... Para comprender todo eso, no nos aislamos de ello. La verdad no se encuentra en el retiro y el aislamiento; por el contrario, en el aislamiento, ya sea consciente o inconsciente, sólo hay oscuridad y muerte.

De modo que no estoy proponiendo que nos retiremos de la vida. Al contrario, diga que podemos comprender la vida sólo en la relación. A causa de que no comprendemos la vida, todo el tiempo estamos esforzándonos por apartarnos, por aislarnos; habiendo creado así una sociedad basada en la violencia, en la corrupción, Dios se convierte para nosotros en el aislamiento final.

El interlocutor quiere saber luego cómo, ganando tan poco, puede vivir aquello de que hablamos. Y bien, ganarse la vida no es sólo el problema de quien gana poco, sino que es el problema de ustedes y el mío, ¿no es así? Uno puede tener un poco más de dinero, estar acomodado, tener un empleo mejor, una mejor posición, una mayor cuenta bancaria; pero el problema de la subsistencia es también el problema de ustedes y el mío, porque la sociedad es lo que todos nosotros hemos creado como tal. Hasta que nosotros tres —usted, yo y otro— comprendamos realmente la relación, no podremos producir una revolución en la sociedad. El hombre que no tiene comida en su estómago, no está en condiciones de encontrar la realidad, es obvio; primero tiene que ser alimentado. Pero aquel cuyo estómago está lleno tiene, por cierto, la responsabilidad inmediata de ver que haya una revolución fundamental en la sociedad, que las cosas no continúen como están. Pensar en todos estos problemas, sondearlos, es mucho más responsabilidad de aquellos que disponen

de tiempo, de ocio, que del hombre que gana muy poco y debe luchar tanto para poder vivir de sus ingresos, que carece de tiempo y se halla agotado por esta corrupta y explotadora sociedad. Somos ustedes y yo, los que tenemos un poco más de tiempo y ocio, quienes debemos investigar a fondo estos problemas, lo cual no implica que hayamos de convertirnos en habladores profesionales que ofrecen un sistema como sustituto de otro. Ustedes y yo, que disponemos de tiempo, que tenemos ocio para pensar, somos quienes hemos de buscar el camino hacia una nueva sociedad, una cultura nueva.

Ahora bien, ¿qué le sucede al pobre hombre que gana 125 rupias? Tiene que cargar con su familia, tiene que aceptar las supersticiones de su abuela, de sus tías, sus sobrinos, etcétera; tiene que casarse de acuerdo con cierta norma, practicar rituales, ceremonias, y estar en armonía con todo ese supersticioso desatino. Está atrapado en ello y, si se rebela, ustedes, las personas respetables, lo estrangulan.

Por lo tanto, la cuestión del recto medio de vida es problema de ustedes y mío, ¿no es así? Pero a la mayoría de nosotros no le interesa en absoluto el recto medio de vida. Estamos contentos y agradecidos con tener simplemente un empleo, y así sostenemos una sociedad, una cultura que torna imposibles los rectos medios de vida. Señores, no traten esto teóricamente. Si se descubren en una vocación equivocada y hacen realmente algo al respecto, ¿no ven qué revolución originará ello en sus vidas y en las vidas de quienes los rodean? Pero si sólo escuchan de paso y siguen como antes porque tienen un buen empleo y para ustedes no hay problema, continuarán obviamente causando desdicha en el mundo. Para el hombre con muy poco dinero existe un problema, pero él, como el resto de nosotros, sólo se interesa en tener más de esto o de aquello. Y cuando obtiene más, el problema continúa porque desea más todavía.

¿Qué es un recto medio de vida? Evidentemente, hay ciertas ocupaciones que son perjudiciales para la socie-

dad. El ejército es perjudicial para la sociedad, porque planea y alienta el asesinato en nombre del país. Debido a que son ustedes nacionalistas, se aferran a los gobiernos soberanos y tienen que disponer de fuerzas armadas para proteger su propiedad; y la propiedad es mucho más importante para ustedes que la vida, que la vida de sus hijos. Por eso tienen servicio militar, por eso se estimula en sus escuelas el adiestramiento militar. En nombre de su país destruyen a sus hijos. Su país son ustedes mismos identificados, es la propia proyección de ustedes; y cuando rinden culto a su país, sacrifican a sus hijos al culto de sí mismos. Por eso las fuerzas armadas, que son el instrumento de un gobierno soberano separado, constituyen un medio de vida incorrecto.

Pero se hace fácil ingresar en la carrera militar, y ésta se vuelve un medio seguro de ganar algo de dinero. Sólo vean este hecho extraordinario en la civilización moderna. Es indudable que la profesión militar constituye un medio incorrecto de ganarse la vida, porque se basa en la destrucción planeada y calculada. Hasta que ustedes y yo veamos la verdad de esto, no vamos a producir ninguna clase diferente de sociedad.

De igual manera, pueden ver que un empleo en la fuerza policial es un medio de vida incorrecto. No se sonrían dejándolo pasar. La policía se convierte en un medio de investigar las vidas privadas. No hablamos de la policía como una forma de ayudar, de guiar a las personas, sino como un instrumento del Estado, como la policía secreta y todo eso. Entonces el individuo se convierte en un mero instrumento de la sociedad, carece de intimidad, de libertad, de derechos propios; es investigado, controlado, moldeado por el gobierno, el cual es la sociedad. Obviamente, ése es un medio de vida incorrecto.

Luego está la profesión de abogado. ¿No es un medio de vida incorrecto? Veo que algunos de ustedes se están sonriendo. Probablemente son abogados y saben mejor que yo en qué se basa este sistema. Fundamentalmente,

no superficialmente, se basa en mantener las cosas como están, en los desacuerdos, en las disputas, en la confusión, en las riñas, en estimular la desorganización y el desorden en nombre del orden.

También está la profesión incorrecta del hombre que anhela hacerse rico, el importante hombre de negocios, el hombre que junta, acumula, atesora dinero mediante la explotación y la crueldad —aunque pueda hacerlo en nombre de la filantropía o en nombre de la educación.

Es obvio, entonces, que todos éstos son medios de vida incorrectos, y un cambio completo en la estructura social, una revolución verdadera, es posible sólo cuando comienza con nosotros mismos. La revolución no puede basarse en un ideal o un sistema; pero cuando uno ve todo esto como un hecho, se ha liberado de ello y, por lo tanto, tiene libertad para actuar. Pero, señores, ustedes no quieren actuar. Temen ser perturbados, y dicen: «Ya hay suficiente confusión, por favor, no quiero más.» Si ustedes no generan mas confusión, otros lo hacen por ustedes y utilizan esa confusión como un medio de ganar poder político. Es, por cierto, responsabilidad de cada uno de ustedes como individuo, ver la confusión que impera dentro y fuera y hacer algo al respecto; no aceptarla meramente aguardando un milagro, una maravillosa utopía en la cual puedan entrar sin esfuerzo alguno.

Señores, este problema es tanto el problema de ustedes como el del hombre pobre. El hombre pobre depende de ustedes y ustedes dependen de él; él es empleado de ustedes, que conducen un gran automóvil, ganan un jugoso salario y acumulan dinero a sus expensas. Es, pues, tanto problema de ustedes como de él, y hasta que ustedes y él no cambien radicalmente en su relación, no habrá una revolución verdadera; aunque pueda haber violencia y derramamiento de sangre, seguirán ustedes manteniendo esencialmente las cosas tal como están. Por lo tanto, nuestro problema consiste en transformar la relación, y esa transformación no está en el nivel intelectual o ver-

bal, sino que puede ocurrir sólo cuando comprendemos el hecho de lo que somos. No podemos comprenderlo si teorizamos, verbalizamos, negamos o justificamos, y por eso es importante comprender todo el proceso de la mente. Una revolución que sólo sea el resultado de la mente no es revolución en absoluto, pero la revolución que no es cosa de la mente, de la palabra, del sistema, es la única revolución, la única solución del problema. Desafortunadamente, hemos cultivado nuestros cerebros, nuestros así llamados intelectos, en tal medida que hemos perdido todas las capacidades excepto la meramente intelectual o verbal. Sólo cuando veamos la vida como un todo, cuando la veamos en su integridad, en su totalidad, será posible una revolución que dará lo justo tanto al hombre pobre como al hombre rico.

La belleza y el artista

De Urge un cambio psicológico

INTERLOCUTOR: Me pregunto qué es un artista. Allá en las márgenes del Ganges, en una pequeña habitación oscura, un hombre está sentado tejiendo un bellísimo sari en seda y oro, y en París, otro hombre está en su estudio pintando un cuadro con el que espera lograr la fama. En algún lugar hay un escritor hilvanando ingeniosamente relatos que plantean el viejo, viejo problema del hombre y la mujer; luego está el científico en su laboratorio y el técnico reuniendo un millón de piezas a fin de que un cohete pueda llegar a la Luna. Y en la India, un músico vive una vida de gran austeridad para poder transmitir fielmente la refinada belleza de su música. Y está la madre de familia preparando una comida, y el poeta paseando a solas por el bosque. ¿No son todos artistas a su propio modo? Yo siento que la belleza está en manos de todos pero no lo saben. El hombre que confecciona bellas ropas o zapatos excelentes, la mujer que arregló esas flores sobre la mesa, todos ellos parecen trabajar con la belleza. Me pregunto a menudo por qué el pintor, el escultor, el compositor, el escritor —los así llamados artistas creativos— tienen una importancia tan extraordinaria en este mundo, y no así el zapatero o el cocinero. ¿Acaso no son creativos también? Cuando uno piensa en todas las variedades de expresión que la gente considera bellas, se pregunta qué lugar tiene en la vida

un verdadero artista y quién es el verdadero artista. Se dice que la belleza es la esencia misma de toda vida. Ese edificio que se ve allá y que se considera hermoso, ¿es la expresión de esa esencia? Apreciaría grandemente que usted investigara toda esta cuestión de la belleza y el artista.

Krishnamurti: Indudablemente, el artista es alguien que posee destreza en lo que hace, ¿verdad? Esta acción del artista se encuentra en la vida y no fuera de ella. Por lo tanto, lo que en verdad hace a un artista es vivir diestramente; esta destreza puede operar por unas cuantas horas al día cuando toca un instrumento, escribe poemas o pinta cuadros, o puede operar un poco más si es diestro en muchos de tales fragmentos, como ocurría con aquellos hombres del Renacimiento que trabajaban con varios medios diferentes de expresión. Pero las pocas horas de música o de escritura pueden contradecir el resto de su vivir, el cual es desorden y confusión. Un hombre así, ¿es, entonces, en modo alguno un artista? El hombre que toca con talento artístico el violín y tiene los ojos puestos en su fama no se interesa en el violín, sólo lo explota con el fin de ser famoso; el «yo» es mucho más importante para él que la música. Lo mismo ocurre con el escritor o el pintor que tiene los ojos puestos en la fama. El músico identifica su «yo» con lo que considera que es una bella música, y el hombre religioso identifica su «yo» con lo que considera que es lo Sublime. Todos ellos son diestros en sus pequeños campos particulares, pero descuidan el resto del inmenso campo de la vida. Tenemos, pues, que descubrir qué es la destreza en la acción, en el vivir, no sólo en el pintar o el escribir o en la tecnología; descubrir cómo puede uno vivir la totalidad de la vida con destreza y belleza. La destreza y la belleza, ¿son la misma cosa? ¿Puede un ser humano —artista o no— vivir la totalidad de su vida con destreza y belleza? El vivir es acción, y cuando esa acción engendra dolor, deja

de ser diestra. ¿Puede, entonces, un hombre vivir sin dolor, sin fricción, sin celos ni codicia, sin conflicto de ninguna clase? La cuestión no es saber quién es un artista o quién no lo es, sino si un ser humano, usted u otro, puede vivir sin tortura ni distorsión alguna. Desde luego, es profano menospreciar o escarnecer la gran música, la gran escultura, la gran poesía o la danza; eso es carecer de destreza en la propia vida. Pero el talento artístico y la belleza —que es destreza en la acción— deben operar durante todo el día, no sólo durante unas cuantas horas al día. Éste es el verdadero reto, no sólo tocar bellamente el piano. Uno debe tocarlo bellamente, si es que lo toca, pero eso no es suficiente. Es como cultivar un pequeño rincón de un campo enorme. Nos concierne el campo total y ese campo es la vida. Lo que hacemos siempre es descuidar la totalidad del campo y concentrarnos en fragmentos, ya sean nuestros o de otras personas. El arte implica estar completamente despierto y, por lo tanto, ser diestro en la acción que concierne al campo total de la vida. Y esto es belleza.

I.: ¿Qué pasa con el obrero de la fábrica o el empleado de oficina? ¿Es un artista? ¿Acaso su trabajo no excluye la destreza en la acción y, por ende, lo embota al punto de que carece también de destreza en todo lo demás? ¿No se halla condicionado por su trabajo?

K.: Por supuesto que sí. Pero si despierta, o bien dejará su trabajo o lo transformará de tal manera que lo convertirá en un arte. Lo importante no es el trabajo, sino estar despierto al trabajo. Lo que importa no es el condicionamiento del trabajo, sino el despertar.

I.: ¿Que quiere usted decir con «despertar»?

K.: ¿Es usted despertado sólo por las circunstancias, por los retos, por algún desastre o algún motivo de ale-

gría? ¿O existe un estado de hallarse despierto sin causa alguna? Si usted es despertado por algún acontecimiento, una causa, entonces depende de eso, y cuando uno depende de algo, ya sea una droga, el sexo, la pintura o la música, se deja adormecer. Por lo tanto, cualquier dependencia pone fin a la destreza, el verdadero talento artístico.

I.: ¿Cuál es este otro estado despierto que no tiene causa? Usted habla de un estado en el que no hay causa ni efecto. ¿Puede haber un estado de la mente que no sea el resultado de una causa? No entiendo eso, porque seguramente todo lo que pensamos y todo lo que somos es el resultado de una causa. Existe la interminable cadena de causa y efecto.

K.: Esta cadena de causa y efecto es interminable porque el efecto se convierte en la causa y la causa engendra efectos ulteriores, y así sucesivamente.

I.: Entonces, ¿qué acción hay fuera de esta cadena?

K.: Todo lo que conocemos es la acción con una causa, un motivo, la acción que es un resultado. Toda acción se da en la relación. Si la relación se basa en una causa, es una astuta adaptación y, por lo tanto, conduce inevitablemente a otra forma de embotamiento. El amor es lo único que no tiene causa, lo único libre; el amor es belleza, es destreza, es arte. Sin amor no hay arte. Cuando el artista ejecuta bellamente no hay «yo», hay amor y belleza; y eso es arte. Esto es destreza en la acción. La destreza en la acción es la ausencia del «yo». El arte es la ausencia del «yo». Pero cuando uno descuida el campo total de la vida y se concentra sólo en una pequeña parte, por mucho que el «yo» esté entonces ausente, uno sigue viviendo sin destreza y, en consecuencia, no es un artista de la vida. La ausencia del «yo» en el vivir es belleza y amor, lo cual

trae su propia destreza. Éste es el arte supremo: vivir con destreza en el campo total de la vida.

I.: ¡Dios mío! ¿Cómo puedo hacer eso? Lo veo y lo percibo en mi corazón, pero ¿cómo puedo conservarlo?

K.: No hay manera de conservarlo, no hay manera de alimentarlo ni de practicarlo; sólo existe el verlo. El ver es la más grande de todas las destrezas.

Bombay, 11 de marzo de 1953

CREO QUE valdría la pena que examináramos el problema de la rapidez con que la mente se deteriora y cuáles son los principales factores que tornan a la mente torpe, insensible y pronta a responder. Creo que sería importante si pudiésemos investigar la razón por la que la mente se deteriora, porque si comprendiéramos eso, tal vez podríamos descubrir qué es realmente una vida sencilla.

A medida que vamos avanzando en años, advertimos que la mente —el instrumento de comprensión, el instrumento con el que sondeamos cualquier problema a fin de adquirir, cuestionar, descubrir— se deteriora y desintegra por el mal uso; y a mí me parece que uno de los principales factores de este deterioro de la mente es el proceso de opción.

Toda nuestra vida se basa en la opción. Optamos en diferentes niveles de nuestra existencia. Optamos entre el color blanco y el azul, entre una flor y otra flor, entre ciertos impulsos psicológicos de agrado y desagrado, entre ciertas ideas y creencias, aceptando unas y descartando otras. Así, toda nuestra estructura mental se basa en este proceso de opción, en este esfuerzo continuo de optar, distinguir, descartar, aceptar, rechazar. Y en ese proceso hay lucha y esfuerzo constante. Jamás hay una comprensión directa, sino siempre el tedioso proceso acu-

mulativo de la capacidad de distinguir, el cual se basa de hecho en la memoria, en la acumulación de conocimientos; por lo tanto, existe este constante esfuerzo generado por la opción.

Ahora bien, ¿no es ambición la opción? Nuestra vida es ambición. Queremos ser alguien, queremos que se piense bien de nosotros, queremos obtener un resultado. Si no soy sabio, deseo volverme sabio. Si soy violento, deseo llegar a ser no violento. El «llegar a ser» es el proceso de la ambición. Si deseo llegar a ser el más grande político o el santo más perfecto, la aspiración, el empuje, el impulso para llegar a serlo es el proceso de la ambición, el cual se basa esencialmente en la opción.

Así, nuestra vida es una serie de luchas, un movimiento que va de un concepto ideológico a otro, de una fórmula a otra, de un deseo a otro, y en este proceso de devenir, en este proceso de lucha, la mente se deteriora. La naturaleza misma de este deterioro es la opción; y pensamos que la opción es necesaria, opción de la que surge la ambición.

Ahora bien, ¿podemos encontrar una norma de vida que no se base en la ambición, en la opción, que sea un florecimiento cuyo resultado no provenga de una búsqueda? Todo lo que conocemos de la vida es una serie de luchas que terminan en un resultado, y esos resultados se descartan en procura de resultados mayores. Eso es todo lo que conocemos.

En el caso del hombre que permanece solo en una cueva, en el proceso mismo de llegar a ser perfecto hay opción, y esa opción es ambición. El hombre violento trata de llegar a ser no violento; ese mismo «llegar a ser» es ambición. No estamos tratando de averiguar si la ambición es correcta o incorrecta, si es esencial para la vida, sino si es conducente a una vida de sencillez. No me refiero a la sencillez de unas pocas ropas, ésa no es una vida sencilla. El hecho de vestir un taparrabo no indica que un hombre sea sencillo; por el contrario,

puede ocurrir que, al renunciar a las cosas exteriores, la mente se vuelva más ambiciosa porque trata de aferrarse a su propio ideal, ideal que ella misma ha creado y proyectado.

Si observamos, pues, nuestros propios modos de pensar, ¿no deberíamos investigar este problema de la ambición? ¿Qué entendemos por ambición? Y ¿es posible vivir sin ella? Vemos que la ambición engendra competencia, ya sea de los niños en la escuela, o entre los grandes políticos, etc., todos tratando de mejorar el récord. Esta ambición rinde ciertos beneficios industriales pero, como secuela de ello, se produce el oscurecimiento de la mente, el condicionamiento tecnológico, de modo tal que la mente pierde su flexibilidad, su sencillez y, en consecuencia, es incapaz de experimentar directamente. ¿No deberíamos investigar, no como grupo sino como individuos —ustedes y yo—, no deberíamos averiguar qué significa la ambición, si es que de algún modo somos conscientes de esta ambición en nuestra vida?

Cuando nos ofrecemos para servir al país, para realizar una tarea noble, ¿no alienta en ello el elemento fundamental de la ambición, que es la vía de las opciones? ¿Y no es, por lo tanto, la opción una influencia corruptora en nuestra vida, puesto que impide el florecimiento? El hombre que florece *es*, no está *llegando a ser*.

¿No hay una diferencia entre la mente que florece y la mente que deviene? La mente que deviene es una mente que está siempre creciendo, ampliándose, acumulando experiencia como conocimiento. Conocemos muy bien ese proceso en nuestra vida cotidiana, con todos sus resultados, con todos sus conflictos, sus desdichas y sus luchas, pero no conocemos la vida de florecimiento. Y ¿no hay entre ambos una diferencia que tenemos que descubrir, no tratando de deslindarlas, de separarlas, sino de descubrir esa diferencia en el proceso mismo de nuestro vivir? Cuando descubramos eso, tal vez seamos capaces

de desechar esta ambición, la vía de las opciones, y descubrir el florecimiento, el cual es el camino de la vida y puede que sea la verdadera acción.

Por lo tanto, si solamente decimos que no debemos ser ambiciosos, sin descubrir el camino del florecimiento de la vida, el mero matar la ambición también destruye la mente, porque es una acción de la voluntad y, por ende, de la opción. ¿No es, entonces, esencial que cada uno de nosotros descubra en su vida la verdad con respecto a la ambición? A todos se nos estimula para que seamos ambiciosos, nuestra sociedad se basa en eso, en la fuerza del impulso hacia la obtención de un resultado. Y en esa ambición hay desigualdades que la legislación trata de nivelar, de alterar. Quizás ese modo de abordar la vida sea esencialmente erróneo y pueda haber otro modo, que es el florecimiento de la vida y que podría expresarse sin que haya acumulación alguna. Al fin y al cabo sabemos, cuando estamos conscientes, que luchamos por algo, por llegar a ser alguna cosa; eso es ambición, la búsqueda de un resultado.

Pero hay una energía, una fuerza en la que existe una compulsión exenta del proceso acumulativo, del trasfondo del «yo», del sí mismo, del ego. Ése es el camino de la creatividad. Sin comprender eso, sin experimentarlo de hecho, nuestra vida se vuelve muy torpe, se convierte en una serie de conflictos inacabables en los que no hay creatividad ni felicidad alguna. Y tal vez, si pudiéramos comprender la ambición, no descartándola sino comprendiendo sus modalidades, estando abiertos a ella, escuchando la verdad acerca de la ambición, quizás entonces podríamos dar con esa creatividad en la cual hay una expresión constante que no es la de autorrealización, sino que es la expresión de la energía exenta de la limitación del «yo».

* * *

Interlocutor: Tendría la bondad de decirnos qué entiende usted por las palabras *nuestra vocación?* Deduzco que quiere decir algo diferente de la connotación común de estas palabras.

Krishnamurti: Cada uno de nosotros ejerce alguna clase de vocación: el abogado, el militar, el policía, el hombre de negocios, etc. Obviamente, hay ciertas vocaciones que son perjudiciales para las sociedades: el abogado, el militar, el policía y el industrial que sólo busca enriquecerse a costa de los demás.

Cuando deseamos y elegimos una vocación particular, cuando educamos a nuestros hijos para que sigan una vocación determinada, ¿no estamos creando un conflicto dentro de la sociedad? Usted elige una vocación y yo elijo otra. ¿No genera eso conflicto entre nosotros? ¿Acaso no es lo que está sucediendo en el mundo porque jamás hemos descubierto cuál es nuestra verdadera vocación? Sólo somos condicionados por la sociedad, por una cultura particular, para aceptar ciertas formas de vocaciones que engendran competencia y odio entre los hombres. Sabemos eso, lo vemos.

Ahora bien, ¿existe otra manera de vivir en la que usted y yo podamos funcionar en nuestras verdaderas vocaciones? ¿No hay, acaso, una sola vocación para el ser humano? Por favor, escuchen señores. Existen vocaciones diferentes para el hombre? Vemos que existen: usted es un oficinista, yo lustro zapatos, usted es ingeniero y yo soy un político. Vemos innumerables variedades de vocaciones y vemos que todas están en conflicto unas con otras. De modo que, a través de su vocación, el hombre está en conflicto con el hombre, hay odio. Lo sabemos, estamos familiarizados con ello todos los días.

Veamos ahora si no hay, en realidad, una sola vocación para el hombre. Si todos pudiéramos descubrirla, entonces la expresión de las diferentes capacidades no generaría conflicto entre unos y otros. Digo que hay una

sola vocación para el ser humano —una sola, no muchas—. La única vocación para el ser humano es descubrir lo real. Señores, no se echen atrás, ésta no es una respuesta mística.

Si ustedes y yo nos dedicamos a descubrir qué es la verdad, cuál es nuestra verdadera vocación, entonces en esa búsqueda no estaremos compitiendo. Yo no estaré compitiendo con usted, no lucharé con usted aunque usted pueda expresar esa verdad de un modo diferente. Usted podrá ser el primer ministro, pero yo no seré ambicioso queriendo ocupar su lugar porque, al igual que usted, estoy buscando la verdad. Por lo tanto, hasta que no descubramos esa vocación verdadera del hombre, tendremos que estar en competencia y odiarnos unos a otros. Cualquier legislación que puedan aprobar, en ese nivel sólo habrá de producir más caos.

¿No es posible desde la infancia, mediante una educación correcta y el educador apropiado, ayudar al niño, al estudiante, a ser libre para descubrir cuál es la verdad acerca de todo? No sólo la verdad en abstracto, sino descubrir la verdad de todas las relaciones, la relación del muchacho con las máquinas, su relación con la naturaleza, con el dinero, con la sociedad, con el gobierno, etc. Eso requiere, ¿no es así?, una clase diferente de maestros que se interesen en ayudar al chico, al estudiante, dándole libertad a fin de que comience a investigar el cultivo de la inteligencia, la cual nunca puede ser condicionada por una sociedad en deterioro permanente.

¿No hay, pues, una sola vocación para el hombre? El hombre no puede existir en aislamiento. Sólo existe en relación, y cuando en esa relación no hay descubrimiento de la verdad —de la verdad acerca de la relación—, entonces lo que hay es conflicto,

Existe una única vocación para usted y para mí. Y en la búsqueda de esa vocación encontramos la expresión exenta de todo conflicto y en la que no nos destruiremos el uno al otro. Pero es indudable que ello debe comenzar

con una educación correcta en manos del educador apropiado. El educador también necesita educación. Fundamentalmente, el maestro no es un mero dador de información, sino que ha de originar en el estudiante un estado de libertad, de rebeldía indispensable para el descubrimiento de la verdad.

De Una conversación con los estudiantes de la escuela de Rajghat, *20 de enero de 1954*

UNA DE nuestras más grandes dificultades consiste en descubrir qué es lo que contribuye a la mediocridad. ¿Saben ustedes qué significa esa palabra? Una mente mediocre implica, en realidad, una mente que se halla deteriorada, que no es libre, que está presa en el temor, en un problema; es una mente que sólo gira en torno a su propio interés, a sus propios éxitos y fracasos, a sus soluciones inmediatas y a los sufrimientos que inevitablemente sobrevienen a una mente trivial. Una de las cosas más difíciles que hay, para una mente mediocre, es romper con sus propios hábitos de pensamiento, con sus patrones de acción, y tener libertad para vivir, para moverse de acá para allá, para actuar. Verán que nuestras mentes son, en su mayoría, muy pequeñas, muy insignificantes. Observen su propia mente y verán qué ocupada está, ocupada en cosas tan triviales como aprobar un examen, ocupada en lo que la gente pensará de ustedes, o en el temor que alguien les infunde, o en el propio éxito. Desean un empleo, y cuando tienen ese empleo desean uno mejor, y así sucesivamente. Si investigan su propia mente, encontrarán que todo el tiempo está ocupada en ese tipo de pequeñas y triviales actividades egocéntricas. Estando ocupada de ese modo, crea problemas, ¿no es así? Trata de resolver sus problemas de acuerdo con su propia pequeñez y, al no lograrlo, aumenta sus proble-

mas. Me parece que la tarea de la educación es terminar con esta manera de pensar.

La mente mediocre, la mente que se halla atrapada en una de las callejuelas de Varanasi y que vive allí, puede leer, puede pasar exámenes, puede ser muy activa socialmente, pero sigue viviendo en la callejuela de su propia hechura. Pienso que es muy importante para todos nosotros, los viejos y los jóvenes, ver que la mente, siendo tan pequeña, cualquiera que sea el esfuerzo que haga, cualesquiera sean las luchas por las que pueda pasar, cualesquiera las esperanzas o los temores o los anhelos que pueda alimentar, sigue siendo pequeña, insignificante. Resulta muy difícil, para la mayoría de nosotros, darse cuenta de que los gurus, los maestros, las sociedades, las religiones que crea la mente trivial, siguen siendo triviales. Es muy difícil romper este patrón de pensamiento.

¿No es esencial, mientras somos jóvenes, tener maestros, educadores que no sean mediocres? Porque si los educadores están embotados, agotados, si piensan en cosas triviales y están presos en su propia pequeñez, es natural que no puedan generar una atmósfera en la que el estudiante tenga libertad y sea capaz de abrirse paso a través del patrón que la sociedad ha impuesto sobre la gente.

Creo que es muy importante ser capaz de saber que uno es mediocre, porque muy pocos de nosotros lo admitimos, todos pensamos que tenemos alguna cosa especial oculta en alguna parte. Pero tenemos que saber que somos mediocres, darnos cuenta de que esa mediocridad sigue creando pequeñez y no actuar contra ella. Cualquier acción contra la mediocridad es una acción nacida de la mediocridad; esa acción, al tratar de acabar con la mediocridad, sigue siendo pequeña, trivial. ¿Comprenden todo esto? Desafortunadamente, hablo sólo en inglés, pero desearía que sus maestros les ayudaran a comprender esto. Al explicarles esto, se terminaría su propia trivialidad. La simple explicación les haría tomar conciencia de su pequeñez. Por eso, una mente pequeña no puede amar,

no es generosa, disputa sobre cosas triviales. Lo que se necesita en la India, y en otras partes del mundo, no son personas ingeniosas, personas con títulos y altas posiciones, sino personas como ustedes y yo, que han puesto fin a la trivialidad de sus mentes.

La trivialidad es, esencialmente, el pensar en nosotros mismos. Eso es lo que hace trivial a la mente, su constante ocupación en su propio éxito, en sus propios ideales, en sus propios deseos de perfección. Eso es lo que empequeñece a la mente, porque el «yo», el sí mismo, por mucho que pueda expandirse, sigue siendo muy mezquino. Por lo tanto, la mente ocupada es una mente trivial; la mente que todo el tiempo está pensando acerca de algo, inquieta con sus propios exámenes, preocupada por saber si conseguirá un empleo, atormentada por lo que piensan el padre o la madre o los maestros o los gurus o los vecinos... ésa es una mente trivial. La ocupación en estas ideas contribuye a la respetabilidad, y la mente respetable, la mente mediocre, no es una mente feliz. Por favor, presten atención a todo esto.

Vean, todos deseamos ser respetables, ¿no es así?, deseamos que alguien piense bien de nosotros: nuestro padre, nuestro vecino, la sociedad; deseamos hacer lo apropiado para ello, y esto crea temor. Una mente así jamás puede pensar en nada nuevo. Lo que se necesita en este deteriorado mundo es una mente creativa, no una mente con inventiva, con capacidad. Pero esa creatividad adviene cuando no hay temor, cuando la mente no se halla ocupada en sus propios problemas. Todo esto requiere una atmósfera en la que el estudiante sea realmente libre, no libre para hacer lo que se le antoja, sino libre para cuestionar, para investigar, para descubrir, para razonar e ir más allá del razonamiento. El estudiante requiere una libertad en la que pueda descubrir lo que realmente quiere hacer en la vida, de modo tal que no esté forzado a hacer una cosa determinada que detesta, que le desagrada.

Una mente mediocre jamás se rebela; se somete al gobierno, a la autoridad de los padres... tolera cualquier cosa. Me temo que en un país como éste, donde hay superpoblación, donde es muy difícil ganarse la vida, las presiones de estas cosas nos obligan a obedecer, a someternos, y así se destruye gradualmente el espíritu de rebeldía, de descontento. Una escuela como ésta debe educar al estudiante para que tenga un descontento tremendo a lo largo de toda su vida, un descontento que no se satisfaga fácilmente. El descontento comienza a descubrir, se vuelve de veras inteligente si no encuentra un canal de satisfacción, de gratificación.

* * *

Interlocutor: ¿Es verdad que la fama llega después de la muerte?

Krishnamurti: ¿Piensa usted que el aldeano que muere tendrá fama después de morir?

I.: Un gran hombre, después de que muere, se vuelve famoso y recibe honores.

K.: ¿Qué es un gran hombre? Descubramos la verdad acerca de esa pregunta. ¿Es uno que busca fama? ¿Es uno que se concede a sí mismo una importancia tremenda? ¿Es alguien que se identifica con un país y llega a ser su líder? Si hace esto, tiene fama durante su vida. Eso es todo cuanto deseamos. Todos deseamos la misma cosa: ser grandes personas. Queremos estar al frente de la procesión, ser el gobernador, ser el gran ideal, la gran persona que va a reformar la India. Puesto que usted desea eso, puesto que todos lo desean, usted será quien conduzca la procesión. Pero ¿es grandeza eso? ¿Consiste la grandeza en tener publicidad, en que nuestro nombre aparezca en los diarios, en ejercer autoridad sobre las personas, en

hacer que la gente nos obedezca porque tenemos una fuerte voluntad o personalidad, o una mente retorcida? La grandeza es, por cierto, algo totalmente distinto.

La grandeza es anonimato. Ser anónimo es la mayor de todas las grandezas. La gran catedral, las grandes cosas de la vida, la gran escultura, tienen que ser anónimas. No pertenecen a ninguna persona en particular. Como la verdad; la verdad no le pertenece ni me pertenece, es totalmente impersonal y anónima. Si usted dice que posee la verdad, cuando dice eso, no es usted anónimo, porque es mucho más importante que la verdad. Pero una persona anónima puede que nunca sea «grande». Probablemente nunca lo será porque no desea ser grande, grande en el sentido mundano, o ni siquiera en el sentido interno. Porque es nadie. No tiene seguidores. No tiene templo, no se pavonea ante los demás. Pero, desafortunadamente, casi todos queremos pavonearnos; queremos ser grandes, que se nos conozca, queremos tener éxito. El éxito lleva a la fama, pero ésta es una cosa vacía, ¿verdad? Es como cenizas. Todo político es conocido y es su negocio ser conocido; por lo tanto, carece de grandeza. La verdadera grandeza radica en ser desconocido, en ser como la nada, interna y externamente; y eso requiere gran penetración, gran comprensión, gran afecto.

Amsterdam, 23 de mayo de 1955

INTERLOCUTOR: Un hombre plenamente ocupado lo está también día y noche en su propia subconsciencia atareada con problemas prácticos que deben ser resueltos. La visión que usted tiene puede ser realizada sólo en la quietud de la percepción alerta. Apenas si hay tiempo alguno para la quietud; lo inmediato es demasiado apremiante. ¿Puede usted dar alguna sugerencia práctica?

Krishnamurti: Señor, ¿qué entendemos por «sugerencia práctica»? ¿Es algo que usted debe hacer inmediatamente? ¿Es algún sistema que debe practicar a fin de producir quietud en la mente? Después de todo, si practica un sistema, ese sistema producirá un resultado; pero sólo será el resultado del sistema y no su propio descubrimiento, no aquello que uno descubre estando atento a sí mismo en sus contactos de la vida cotidiana. Un sistema produce, obviamente, su propio resultado. Por mucho que uno pueda practicarlo, por largo que sea el tiempo que le dedique, el resultado será siempre dictado por el sistema, por el método. No será un descubrimiento, será algo impuesto sobre la mente a causa de su deseo de encontrar una salida a este mundo caótico y doloroso.

¿Qué ha de hacer uno, pues, cuando está tan atareado, ocupado día y noche —como lo está la mayoría de la gente— en ganarse la vida? Ante todo, ¿está uno ocupado

durante la totalidad del tiempo en los negocios, en su medio de vida? ¿O durante el día tiene periodos en los que no se halla tan ocupado? Pienso que esos periodos en que uno no está tan ocupado, son mucho más importantes que los periodos en que se halla ocupado. ¿Acaso no es muy importante descubrir en qué se ocupa la mente? Si está ocupada, conscientemente ocupada en asuntos de negocios todo el tiempo —cosa en realidad imposible— entonces es obvio que no hay espacio ni quietud para descubrir algo nuevo. Por suerte, muy pocos estamos enteramente ocupados en nuestros asuntos, y hay momentos en los que podemos sondear dentro de nosotros, estar alerta. Pienso que esos periodos son mucho más importantes que nuestros periodos de ocupación, y, si lo permitimos, esos momentos comenzarán a moldear, a controlar nuestras actividades prácticas, nuestra vida cotidiana.

Al fin y al cabo, la mente consciente, la mente tan ocupada, no tiene tiempo para un pensar más profundo, es obvio. Pero la mente consciente no es la integridad total de la mente; también está la parte inconsciente. ¿Puede la mente consciente ahondar en lo inconsciente? O sea, ¿puede la mente consciente, la mente que desea inquirir, analizar, puede ella sondear el inconsciente? ¿O debe aquietarse a fin de que el inconsciente ofrezca sus sugerencias, sus insinuaciones? ¿Es lo inconsciente tan distinto de lo consciente, o la mente total es tanto lo consciente como lo inconsciente? La totalidad de la mente, tal como la conocemos —consciente e inconsciente—, está educada, condicionada con todas las diversas implicaciones de la cultura, la tradición y la memoria. Y quizá la respuesta a todos nuestros problemas no está dentro del campo de la mente en absoluto; puede que esté fuera de él. Para descubrir eso que es la verdadera respuesta a todos los complejos problemas de nuestra existencia, de nuestra lucha diaria, es indudable que la mente, tanto la consciente como la inconsciente, debe estar por completo quieta, ¿no es así?

El interlocutor quiere saber qué debe hacer estando tan ocupado. Seguramente no está tan ocupado, seguramente en ocasiones se divierte. Si comienza a dedicar durante el día un poco de tiempo, cinco minutos, diez, media hora, para reflexionar sobre estas cuestiones, entonces esa reflexión misma traerá largos periodos en los que tendrá tiempo para pensar, para ahondar. No creo, pues, que la mera ocupación superficial de la mente tenga mucha importancia. Hay algo mucho más importante, y es descubrir cómo opera la mente, las modalidades de nuestro pensar, los motivos, los impulsos, los recuerdos, las tradiciones en que la mente se halla atrapada. Y eso podemos hacerlo mientras nos ganamos la vida, de modo tal que nos volvamos plenamente conscientes de nosotros mismos y de nuestras peculiaridades. Entonces creo que es posible para la mente hallarse de verdad quieta y así descubrir aquello que está más allá de todas nuestras proyecciones.

De Un diálogo con los jóvenes en Saanen, *5 de agosto de 1972*

KRISHNAMURTI: ¿Cómo responde la juventud al reto moderno? El reto no es meramente la reforma social, o la revolución de tipo político con una clase diferente de política, más o menos honrada, más o menos incorruptible. Hay cambios inmensos que tienen lugar en lo tecnológico y en lo fisiológico. Las religiones se desintegran, y ése es un reto tremendo. ¿Cómo responde a ello la juventud? ¿Es ésta una pregunta legítima? Se supone que ustedes son jóvenes, ¿cómo responden? Se trata de responder al reto total, no simplemente formar una comunidad o tomar drogas o decir: «Bueno, los viejos no comprenden a los jóvenes.» Está la brecha generacional. Pero existe este reto inmenso. Ustedes, los jóvenes, ¿cómo responden a él?

* * *

K.: Ganarse la vida no es un problema psicológico. Ustedes tienen que vivir en este mundo, no pueden escapar de él.

Interlocutor: Quisiera preguntar si es posible actuar de manera completa sin ser fragmentario, e investigar si de algún modo se puede hacer realmente algo en una escuela, en un establecimiento de tipo público donde hay un programa que es como una maquinaria gigantesca.

K.: La pregunta es: Soy maestro en una escuela que es mecánica, que está repleta y todo eso. ¿Cómo puedo actuar allí de manera total sin ser triturado por esta enorme estructura? Tengo que enseñar a cincuenta o sesenta chicos en una clase, y los chicos son bochincheros, etcétera... ¿Cómo puedo habérmelas con eso? ¿Cómo he de actuar dadas esas circunstancias? ¿Qué he de hacer? Por favor, debo responder a esa pregunta. Tengo que ganarme la vida enseñando en una escuela, en un sistema que está sobrecargado. En vista de estas condiciones, ¿cómo puedo enseñar con un sentido de totalidad? ¿Puede usted hacerlo?

I.: Digamos que hasta ahora no he tenido éxito; en realidad, me han despedido.

K.: Muy bien, señor. Usted no puede hacerlo. No es posible hacerlo. Mire, si enseña a cincuenta chicos en una clase donde necesita enseñarles, digamos matemáticas, y si no está interesado meramente en la enseñanza de las matemáticas, si se interesa en las mentes de sus estudiantes, en despertar su inteligencia, en hacer que se comporten debidamente, todo eso... con cincuenta chicos no puede hacerlo. Por lo tanto, lo despiden. ¿Qué hará? ¿Se dedicará a otra profesión? ¿O dirá: «¡Por Dios!, la enseñanza es lo más importante que hay, porque trata con los jóvenes, crea mentes nuevas... Es tremendamente importante. Lo investigaré con otros, con los pocos que perciben esto, y fundaré una escuela»? Esto significa una energía *tremenda,* implica que usted consagra a ello toda su vida, no sólo le dedica una acción ocasional.

* * *

K.: Ahora contestaremos al interlocutor que dice: «Vivo en una ciudad y tengo que ganarme la vida allí. No dispongo de tiempo; por lo tanto, me retiraré y formaré una pequeña comunidad.»

Si puedo, me llevo conmigo a unos cuantos amigos y viviremos juntos cultivando nuestro propio huerto... y tendremos tiempo para pensar en cómo producir esta acción total. ¿Es mi intención, cuando me voy a vivir con unas pocas personas —mi real, mi verdadera intención— encontrar un estilo de vida en el que haya una acción total?... Me alejo de la presente estructura de la sociedad y trato de vivir una vida en la que pueda abarcar este movimiento total de la existencia. Los monjes lo han intentado, diversas comunidades han tratado de hacer esto; o bien aceptan la autoridad de una persona, o la autoridad de una creencia, o la autoridad que implica la necesidad de trabajar juntos. ¿O va uno y descarta *toda* autoridad, ya sea la de las personas o la que implica el tener que vivir juntos, a fin de disponer de tiempo para pensar? ¿Descarta usted eso y, por lo tanto, descubre por sí mismo cuál es la forma de existencia, el estilo de vida no fragmentario que actuará económicamente, psicológicamente y más, de una manera total? Ello depende, pues, de usted, de cuán seria sea su intención de vivir, tanto interna como externamente de una manera totalmente distinta.

I.: Señor, ¿está usted diciendo que formar una comunidad o dedicarse a los negocios es la misma cosa? ¿Que no es acción en absoluto, sino que la acción es darse cuenta de eso?

K.: Sí. Uno lo hace; lo hace en un nivel práctico, pero ese nivel práctico depende su intención, de la profundidad de su honradez.

I.: Todo comportamiento intencional, ¿tiene tras de sí algún ideal?

K.: De eso se trata, justamente. ¿Cómo respondes a todo esto? ¿Te escapas yendo a la iglesia, ingresando en

una actividad política, volviéndote comunista, esto o aquello, llevando una vida completamente irresponsable porque tu padre o algunos amigos te darán dinero y, por lo tanto, no te preocupas?...

I.: Lo que uno tiene que hacer todo el tiempo es vivir en el nivel práctico; duerme en los establos o duerme en un hotel o trata de hacer alguna cosa. Pero si uno no tiene dinero...

K.: Conocí a un muchacho en la India. Recorrió todo el continente haciendo autostop de California a Nueva York, trabajó como marinero, llegó por barco a la India y trabajó allí; me encontré con él en la playa. Lo esencial para él era descubrir la naturaleza de la verdad. Tú podrás decir: «¡Qué tonto es eso!», pero él quería descubrirla. Por lo tanto, dedicó su vida a ello, no *hablaba* acerca de la vida práctica, *trabajaba.* Si tú dispones de dinero, si tus padres poseen dinero o te lo proveen tus amigos, entonces no tienes el problema de depender de alguien, sino que puedes entretenerte con todas estas ideas.

Llegamos, pues, nuevamente al punto: ¿Te das cuenta de que cualquier acción fragmentaria es en realidad la menos inteligente y más dañina de las acciones? Eso es lo que ha hecho el viejo orden establecido. Ése es su estilo de vida, mantener los asuntos del mundo de este modo: Los domingos religión y los jueves política. Y ustedes están haciendo exactamente lo mismo, sólo que lo llaman con un nombre diferente. Y ya les digo que ustedes, jóvenes que se supone son vigorosos, entusiastas y tienen una tremenda vitalidad para actuar, se hallan tan confundidos como los demás. Por lo tanto, no hay en absoluto una brecha generacional. ¿Ven lo hipócritas que somos, se dan cuenta? Ustedes niegan el viejo orden establecido y están haciendo exactamente la misma cosa que ellos hacen, sólo que la nombran con palabras diferentes. Por

lo tanto, deben crear un mundo distinto cuando son jóvenes. Tienen la responsabilidad de crear un mundo nuevo. Y si dicen: «Bueno, sólo me interesa el dinero», o «sólo me interesan las cosas psicológicas», eso no tiene ningún sentido.

Charla con los estudiantes: La formación de imágenes

De Krishnamurti y la educación
Capítulo 8

CUANDO SOMOS muy jóvenes es un deleite estar vivos, escuchar el canto de los pájaros en la mañana, contemplar los cerros después de la lluvia, ver aquellas rocas brillando al sol, el centelleo de las hojas, mirar las nubes que pasan y regocijarse en un limpio amanecer con el corazón pleno y la mente clara. Perdemos este sentimiento a medida que vamos creciendo y llegan las preocupaciones, las ansiedades, las disputas, los odios, los temores y la perpetua lucha por la subsistencia. Pasamos nuestros días peleando el uno contra el otro, entre agrados y desagrados, con un pequeño placer de cuando en cuando. Jamás escuchamos a los pájaros, jamás vemos los árboles como en otro tiempo los veíamos, ni vemos el rocío sobre la hierba ni el vuelo de los pájaros ni la roca que brilla en la falda de la montaña resplandeciendo bajo la luz matinal. Ya nunca vemos todo eso cuando nos hemos vuelto adultos. ¿Por qué? No sé si alguna vez se han formulado esa pregunta. Pienso que es necesario que lo hagan. Si no se lo preguntan ahora, pronto quedarán atrapados. Irán a la universidad, se casarán, tendrán hijos, maridos, esposas, responsabilidades, deberán ganarse la vida... y después envejecerán y morirán. Esto es lo que ocurre con la gente. Ahora es cuando tenemos que preguntarnos por qué hemos perdido este extraordinario sentimiento por la belleza cuando vemos las flores y escu-

chamos a los pájaros. ¿Por qué perdemos el sentido de lo bello? Pienso que lo perdemos principalmente porque estamos tan ocupados en nosotros mismos. Tenemos una imagen de nosotros mismos.

¿Saben qué es una imagen? Es algo tallado por la mano en la piedra o en el mármol, y esta piedra tallada por la mano es colocada en un templo y se le rinde culto. Pero sigue estando hecha a mano, una imagen fabricada por el hombre. También tenemos una imagen de nosotros mismos, no hecha por la mano, sino por la mente, por el pensamiento, la experiencia, el conocimiento, por nuestras luchas y todos los conflictos y las desdichas de nuestra vida. Cuando envejecemos, esa imagen se fortalece, se agranda, se vuelve exigente en grado sumo y muy persistente. Cuanto más escuchan ustedes, cuanto más actúan y basan su existencia en esa imagen, tanto menos ven la belleza o sienten alegría ante algo que está más allá de los mezquinos impulsos de esa imagen.

La razón por la que pierden esta cualidad de plenitud es porque se hallan tan interesados en sí mismos. ¿Saben lo que significa esa frase «estar interesados en sí mismos»? Es estar ocupados en la propia persona, en las propias capacidades, buenas o malas, en lo que los vecinos piensan de uno, es preocuparnos acerca de que tenemos un buen empleo, si vamos a convertirnos en alguien importante o si seremos puestos a un lado de la sociedad. Siempre estamos luchando en la oficina, en el hogar, en todos los campos; donde quiera que nos encontremos, cualquier cosa que hagamos, siempre estamos en conflicto y no parecemos capaces de salirnos de él. Al no poder salirnos del conflicto, creamos la imagen de un estado perfecto, la imagen del cielo, de Dios... otra vez una imagen hecha por la mente. Tenemos otras imágenes mucho más en lo profundo, las que siempre se hallan en conflicto unas con otras. Así, cuanto más en conflicto estemos —y el conflicto existirá siempre en tanto tengamos imágenes, opiniones, conceptos, ideas acerca de nosotros mismos—, mayor será la lucha.

Surge, pues, la pregunta: ¿Es posible vivir en este mundo sin una imagen de nosotros mismos? Uno funciona como médico, científico, maestro, físico, etc. Usa esa función para crear una imagen de sí mismo, y así, al utilizar la función, crea conflicto en el funcionar, en el hacer. Me pregunto si comprenden esto. Vean, si uno baila bien, si toca un instrumento, un violín, una «veena», utiliza el instrumento o la danza para crear la imagen de sí mismo, para sentir lo maravilloso que uno es, lo admirablemente bien que ejecuta o baila. Utiliza el baile o el instrumento musical a fin de enriquecer la imagen propia. Y así es como vivimos, creando, fortaleciendo esa imagen de nosotros mismos. Por lo tanto, hay más conflicto; la mente se embota ocupándose de sí misma; y pierde el sentido de la belleza, de la alegría, del claro pensar.

Creo que forma parte de la educación funcionar sin crear imágenes. Entonces uno funciona sin la batalla, sin la lucha que se desarrolla internamente.

La educación no termina jamás. No se trata de que lean un libro, aprueben un examen y pongan fin a la educación. Toda la vida, desde el instante en que nacen hasta el instante en que mueren, es un proceso de aprender. El aprender no termina nunca, y ésa es su cualidad intemporal. Y ustedes no pueden aprender si están en lucha, en conflicto consigo mismo, con su vecino, con la sociedad. Y lo están siempre mientras existe una imagen. Pero si aprenden acerca de los mecanismos por los que esa imagen se forma, verán que pueden mirar el cielo, el río y las gotas de lluvia sobre las hojas, que pueden sentir el aire puro de un amanecer y la brisa fresca entre el follaje. Entonces la vida tiene un sentido extraordinario —la vida en sí, no el significado que le da la imagen de la vida—. Verán que la vida tiene un sentido extraordinario en sí misma.

Estudiante: Cuando usted mira una flor, ¿cuál es su relación con la flor?

Krishnamurti: ¿Uno mira una flor y cuál es su relación con la flor? ¿Mira uno la flor o piensa que está mirando la flor? ¿Ves la diferencia? ¿Tú miras realmente la flor, o piensas que debes mirarla, o la miras con una imagen que tienes de la flor, siendo la imagen que esa flor es una rosa? La palabra es imagen, la palabra es conocimiento; por lo tanto, estás mirando esa flor con la palabra, el símbolo, el conocimiento, de modo que no estás mirando la flor. ¿O la miras con una mente que está pensando acerca de alguna otra cosa?

Cuando miras una flor sin que intervenga la palabra, la imagen, con una mente por completo atenta, ¿cuál es la relación entre tú y la flor? ¿Lo has hecho así alguna vez? ¿Alguna vez has mirado una flor sin decir «ésa es una rosa»? ¿Alguna vez has mirado una flor completamente, con una atención total en la que no hay palabra alguna, ni símbolo, ni un nombrar la flor? Hasta que no lo hagas, no tendrás ninguna relación con la flor. Para tener alguna relación con otro, o con la roca o con la hoja, debes vigilar y observar con atención completa. Entonces tu relación con aquello que ves es enteramente distinta. Entonces no hay observador en absoluto. Sólo existe eso. Si uno observa así, entonces no hay opinión ni juicio. Eso es «lo que es». Has comprendido? ¿Lo harás? Mira una flor de ese modo. Hazlo, no hables de ello, sino hazlo.

E.: Señor, si usted tuviera muchísimo tiempo, ¿cómo lo emplearía?

K.: Haría lo que estoy haciendo. Mira, si amas lo que haces, entonces tienes todo el tiempo libre que necesitas en tu vida. ¿Comprendes lo que he dicho? Me preguntaste qué haría yo si tuviera mucho tiempo libre. Dije que haría lo que estoy haciendo, que es viajar a diferentes partes del mundo, hablar, ver gente y demás. Hago eso porque lo amo, no porque hablar a una gran cantidad de personas me haga sentir que soy muy importante. Cuando

uno se siente muy importante, no ama lo que hace; se ama a sí mismo, no lo que está haciendo. De modo que tu interés no debería estar puesto en lo que yo hago, sino en lo que tú vas a hacer. ¿Correcto? Te he dicho lo que estoy haciendo. Ahora dime qué es lo que harás cuando tengas tiempo libre en abundancia.

E.: Me aburriría, señor.

K.: Te aburrirías. Muy bien. Eso es lo que hace la mayoría.

E.: ¿Cómo puedo librarme de este aburrimiento, señor?

K.: ¡Esperen!, escuchen. La mayoría de la gente se aburre. ¿Por que? Tú preguntaste cómo librarte del aburrimiento. Ahora averigüémoslo. Cuando estás contigo misma por media hora, te aburres. Entonces tomas un libro, charlas, hojeas una revista, vas al cine, conversas, haces algo. Ocupas tu mente con alguna cosa. Esto es un escape de ti misma. Has formulado una pregunta; ahora presta atención a lo que se dice. Te aburres porque te encuentras a solas contigo misma y jamás te has encontrado a solas contigo misma. Por consiguiente, te aburres. Dices: «¿Es todo lo que soy? ¡Soy tan insignificante, estoy tan angustiada! Quiero escapar de todo eso.» Lo que ocurre es que estás muy aburrida, así que escapas. Pero si dices: «No voy a aburrirme, voy a descubrir por qué soy así, quiero ver lo que realmente soy», entonces es como mirarte en un espejo. Entonces ves claramente lo que eres, ves cómo es tu rostro. Entonces dices que tu rostro no te gusta, que debes ser hermosa, que deberías verte como una actriz de cine. Pero si te miraras y dijeras: «Sí, eso es lo que soy; mi nariz no es muy recta, mis ojos son más bien pequeños, mi cabello es muy lacio», lo aceptarías. Cuando ves lo que eres, no hay aburrimiento.

El aburrimiento surge sólo cuando uno rechaza lo que ve y desea ser alguna otra cosa. De igual manera, cuando puedes mirarte internamente y ver exactamente lo que eres, el verlo no es aburrido. Es extraordinariamente interesante, porque cuanto más ves, más hay para ver. Más puedes avanzar, entonces, en profundidad y anchura, y eso es algo que no termina nunca. En ello no existe el aburrimiento. Si puedes hacerlo, entonces amas lo que haces, y cuando uno ama lo que hace, el tiempo no existe. Cuando plantas árboles y lo haces con amor porque te gusta hacerlo, los riegas, los cuidas, los proteges. Cuando sepas qué es lo que realmente te gusta hacer en la vida, verás que los días son demasiado cortos. De ahora en adelante debes descubrir, pues, qué es lo que de verdad te gusta hacer, y no estar meramente preocupada por seguir una carrera.

E.: Señor, ¿cómo descubre uno lo que de verdad le gusta hacer?

K.: ¿Cómo descubres lo que de verdad te gusta hacer? Debes comprender que eso puede ser diferente de lo que *deseas* hacer. Quizá desees ser un abogado, porque tu padre es abogado o porque ves que siendo abogado puedes ganar más dinero. Entonces no amas lo que haces, porque tienes un motivo que te lleva a hacer algo que te rendirá beneficios, que te hará famoso. Pero si amas algo, no existe un motivo. No utilizas lo que haces con el fin de satisfacer tu propia importancia.

Descubrir qué es lo que de verdad le gusta a uno hacer, es una de las cosas más difíciles que hay. Ello forma parte de la educación. Para descubrir, uno debe penetrar muy, muy profundamente dentro de sí mismo. Eso no es muy fácil. Tú puedes decir: «Yo quiero ser abogado», y te esfuerzas por llegar a ser abogado, y de pronto descubres que no deseas ser abogado. Te gustaría pintar. Pero es demasiado tarde. Ya estás casado. Ya tienes

esposa e hijos. No puedes renunciar a tu carrera, a tus responsabilidades. De modo que te sientes frustrado, infeliz. O puede que digas: «En realidad me gustaría pintar», y dedicas toda tu vida a ello, y de pronto descubres que no eres un buen pintor y que lo que verdaderamente deseas es ser piloto de aviones.

La verdadera educación no consiste en ayudarles a encontrar carreras; ¡por el amor de Dios!, arrojen eso por la ventana. La educación no es acumular meramente informaciones suministradas por un maestro o estudiar matemáticas en un libro o aprender datos históricos de reyes y costumbres. La educación consiste en ayudarles a comprender los problemas a medida que surgen, y eso requiere una buena mente, una mente aguda que razone, que esté libre de creencias. Porque la creencia no es la realidad. Un hombre que cree en Dios es tan supersticioso como uno que no cree en Dios. A fin de descubrir tienes que razonar, y no puedes razonar si ya tienes una opinión, un prejuicio, si tu mente ya ha llegado a una conclusión. Necesitas, pues, una buena mente, una mente aguda, clara, definida, precisa, sana, no una mente que cree, que sigue a la autoridad. La verdadera educación consiste en ayudarte a descubrir por ti mismo lo que realmente te gusta hacer, lo que amas con todo el corazón. No importa lo que sea, si es cocinar o ser un jardinero, pero ha de ser algo en lo que has puesto tu mente y tu corazón. Entonces eres de veras eficiente sin volverte brutal. Y esta escuela debe ser un lugar donde les ayuden a descubrir por sí mismos, mediante la discusión, el escuchar, el silencio —a descubrir para toda la vida—, cuál es la actividad que aman verdaderamente.

E.: Señor, ¿cómo podemos conocernos a nosotros mismos?

K.: Ésa es una buena pregunta. Escúchame con atención. ¿Cómo sabes lo que eres? ¿Comprendes mi pregun-

ta? Te miras en el espejo por primera vez y, después de unos cuantos días o unas cuantas semanas, vuelves a mirarte y dices: «Ése soy yo nuevamente.» ¿Correcto? Así, mirándote todos los días en el espejo comienzas a conocer tu propio rostro y dices: «Ése soy yo.» Ahora bien, ¿puedes, del mismo modo, conocer lo que eres observándote a ti mismo? ¿Puedes observar tus gestos, la manera como caminas, como hablas, como te comportas, si eres duro, cruel, áspero, paciente? Entonces empiezas a conocerte a ti mismo. Te conoces observándote en el espejo de lo que haces, de lo que piensas y sientes. Ése es el espejo: el sentir, el hacer, el pensar. Y en ese espejo comienzas a observarte. El espejo dice: «El hecho es éste.» Pero a ti no te agrada el hecho; por lo tanto, quieres alterarlo. Empiezas a deformar el hecho, no llegas a verlo tal como es.

Aprendemos cuando hay atención y silencio. El aprender tiene lugar cuando estás en silencio y prestas atención completa. En ese estado comienzas a aprender. Ahora permanece muy quieto, no porque yo te lo pido, sino porque ése es el modo de aprender. Que haya quietud y silencio no sólo desde el punto de vista físico, no sólo en tu cuerpo, sino también en tu mente. Permanece muy silencioso y, en ese silencio, presta atención. Presta atención no sólo a los sonidos que llegan desde fuera de este edificio, al canto del gallo, a los pájaros, a alguien que tose, a alguien que se despide... Primero escucha las cosas que ocurren fuera de ti, después escucha lo que ocurre en tu mente. Entonces, en ese silencio verás, si escuchas con mucha, mucha atención, que el sonido externo y el sonido interno son la misma cosa.

El condicionamiento

De Comentarios sobre el vivir
Segunda serie
Capítulo 2

ÉL ESTABA MUY interesado en ayudar a la humanidad, en hacer buenas obras, y actuaba en diversas organizaciones de beneficencia social. Dijo que, literalmente, jamás se había tomado unas largas vacaciones, y que desde su graduación en el colegio había trabajado constantemente para el mejoramiento del hombre. Desde luego, no recibía dinero alguno por la labor que desarrollaba. Su trabajo siempre había sido muy importante para él y estaba muy apegado a su actividad. Había llegado a ser un trabajador social de primera clase y amaba lo que hacía. Pero en una de las pláticas había escuchado algo acerca de los diversos tipos de escape que condicionan la mente y quería conversar sobre ello.

«¿Cree usted que ser un trabajador social implica un condicionamiento, que sólo genera más conflicto?»

Veamos qué entendemos por condicionamiento. ¿Cuándo nos damos cuenta de que estamos condicionados? ¿Alguna vez estamos conscientes de ello? ¿Se da cuenta usted de que está condicionado, o sólo tiene conciencia del conflicto, de la lucha que se desarrolla en distintos niveles de su ser? Por cierto, nos damos cuenta no de nuestro condicionamiento, sino sólo del conflicto, del dolor y el placer.

«¿Qué entiende usted por conflicto?»

Todas las clases de conflicto: el conflicto entre naciones, entre diversos grupos sociales, entre individuos, y el

conflicto dentro de uno mismo. ¿Acaso no es inevitable el conflicto mientras no haya integración entre el actor y su acción, entre el reto y la respuesta? El conflicto es nuestro problema, ¿verdad? No algún conflicto en particular, sino todo el conflicto: la lucha entre ideas, creencias, ideologías, la lucha entre opuestos. Si no hubiera conflicto, no habría problemas.

«¿Está usted sugiriendo que todos deberíamos buscar una vida de aislamiento, de contemplación?»

La contemplación es ardua, es una de las cosas más difíciles de comprender. El aislamiento, aunque cada uno, consciente o inconscientemente, lo busca a su propio modo, no resuelve nuestros problemas; al contrario, los aumenta. Estamos tratando de comprender cuáles son los factores del condicionamiento que traen nuevos conflictos. Sólo nos damos cuenta del conflicto, del dolor y el placer; no nos damos cuenta de nuestro condicionamiento. ¿Qué es lo que contribuye al condicionamiento?

«Las influencias sociales o ambientales; la sociedad en que nacemos, la cultura en que nos hemos criado, presiones económicas y políticas, y así sucesivamente.»

Así es, pero ¿es eso todo? Estas influencias son un producto nuestro, ¿no es cierto? La sociedad es el resultado de la relación del hombre con el hombre, lo cual es bastante obvio. Esta relación es de uso mutuo, de necesidad, de consuelo, de gratificación, y crea influencias, valores que nos atan. Esta atadura es nuestro condicionamiento. Estamos atados por nuestros pensamientos y nuestras acciones; pero no nos damos cuenta de que estamos atados, sólo advertimos el conflicto del placer y el dolor. Al parecer, jamás pasamos más allá de esto y, si lo hacemos, es sólo para entrar en un nuevo conflicto. No tenemos conciencia de nuestro condicionamiento y, hasta que la tengamos, sólo podemos producir más conflicto y confusión.

«¿Cómo puede uno darse cuenta de su propio condicionamiento?»

Eso es posible sólo si comprendemos otro proceso, el proceso del apego. Si podemos comprender por qué estamos apegados, entonces quizá podamos darnos cuenta de nuestro condicionamiento.

«¿No es ése más bien un largo rodeo para abordar un problema directo?»

¿Lo es? Trate simplemente de darse cuenta de su condicionamiento. Sólo puede conocerlo de un modo indirecto, en relación con alguna otra cosa. No puede percibir su condicionamiento como una abstracción, porque entonces eso será meramente verbal, sin mucha significación. Sólo nos damos cuenta del conflicto. El conflicto existe cuando no hay integración entre el reto y la respuesta. Este conflicto es el resultado de nuestro condicionamiento. El condicionamiento es apego: apego al trabajo, a la tradición, a la propiedad, a la gente, a las ideas, etcétera. Si no hubiera apego, ¿habría condicionamiento? Por supuesto que no. Entonces, ¿por qué nos apegamos? Yo me apego a mi país porque gracias a la identificación con él llego a ser alguien. Me identifico con mi trabajo, y el trabajo se vuelve lo importante. Yo soy mi familia, mi propiedad; me apego a ellas. El objeto del apego me ofrece los medios de escapar de mi propia vacuidad. El apego es un escape, y el escape fortalece el condicionamiento. Si estoy apegado a usted, es porque se ha vuelto el medio de escapar de mí mismo; por lo tanto, usted es muy importante para mí y yo debo poseerlo psicológicamente, aferrarme a usted. Usted llega a ser el factor que me condiciona, y el escape es el condicionamiento. Si podemos darnos cuenta de nuestros escapes, podremos percibir los factores, las influencias que contribuyen al condicionamiento.

«¿Estoy escapando de mí mismo mediante el trabajo social?»

¿Está usted apegado, atado a él? ¿Se sentiría perdido, vacío, aburrido, si no realizara esa labor social?

«Eso es lo que ocurriría, estoy seguro.»

El apego a su trabajo es su forma de escapar. En todos los niveles de nuestro ser hay formas de escapar de nosotros mismos. Usted escapa por medio de su trabajo, otro a través de la bebida, otro por medio de ceremonias religiosas, otro entregándose a las diversiones... Todos los escapes son lo mismo, no hay escape superior o inferior. Dios y la bebida están en el mismo nivel en tanto sean modos de escapar de lo que somos. Sólo cuando nos demos cuenta de nuestros escapes, podremos conocer nuestro condicionamiento.

«¿Qué haré si dejo de escapar mediante la labor social? ¿Hay alguna cosa que pueda hacer sin escapar? ¿No es toda mi acción una forma de escapar de lo que soy?»

Esta pregunta, ¿es meramente verbal o refleja una realidad, un hecho que usted está experimentando? Si no escapara, ¿qué sucedería? ¿Lo ha intentado alguna vez?

«Lo que usted está diciendo es muy negativo, si se me permite decirlo. No ofrece ningún sustituto para el trabajo.»

¿No es toda sustitución otra forma de escape? Cuando una forma particular de actividad no es satisfactoria o genera un nuevo conflicto, nos volvemos hacia otra. Reemplazar una actividad por otra sin comprender el escape es más bien inútil, ¿verdad? Son estos escapes y nuestro apego los que contribuyen al condicionamiento. El condicionamiento genera problemas, conflicto. Es el condicionamiento lo que impide que comprendamos el reto; estando condicionada, nuestra respuesta debe engendrar, inevitablemente, conflicto.

«¿Cómo puede uno librarse del condicionamiento?»

Sólo comprendiendo sus escapes, dándose cuenta de ellos. Nuestro apego a una persona, al trabajo, a una ideología, es el factor del condicionamiento; esto es lo que debemos comprender y no buscar un escape mejor o más inteligente. Ningún escape es inteligente, porque todos engendran, por fuerza, conflicto. El cultivo del desapego

es otra forma de escape, de aislamiento; es apegarse a una abstracción, a un ideal llamado desapego. El ideal es algo ficticio fabricado por el ego, y convertirse en un ideal es escapar de «lo que es». Sólo cuando la mente ya no busca ningún escape, comprendemos «lo que es» y hay una acción adecuada con respecto a «lo que es». El pensar mismo en «lo que es» es una forma de escapar de «lo que es». Pensar acerca del problema es escapar del problema, porque el pensamiento es el problema, el único problema. La mente reacia a ser lo que ella es, temerosa de lo que es, busca estos diversos escapes; y la vía de escape es el pensamiento. Mientras haya pensamiento, tiene que haber escapes, apegos, los que no hacen más que fortalecer el condicionamiento.

La libertad con respecto al condicionamiento llega cuando estamos libres del pensar. Cuando la mente se halla en total silencio, sólo entonces hay libertad para que lo real se manifieste.

Saanen, 24 de julio de 1973

INTERLOCUTOR: ¿Querría usted examinar el problema de ganarse la vida, puesto que eso requiere capacidad, reflexión y conocimiento? ¿Querría usted examinarlo?

Krishnamurti: Tal como son actualmente la cultura y la civilización de las que formamos parte, se nos educa para trabajar por nuestra vida, ¡trabajar, trabajar y trabajar todo el santo día! ¿Verdad? ¡Qué horror! Sometidos a alguien, recibiendo órdenes, dirigidos, insultados, rebajados... Ésa es la cultura en la que hemos crecido, en la que nos han moldeado. Y se nos educa para que nos ajustemos a ese molde, para que adquiramos conocimientos y cultivemos la memoria a fin de ganarnos la vida. Ése es el propósito fundamental de la educación tal como ahora existe. Por lo tanto, en esa educación hay conformidad, competencia, imitación, ambición, persecución del éxito. El éxito implica más dinero, una posición mejor, una casa mejor, etc. Ésa es la estructura en que nos educaron. El conocimiento y el cultivo de la memoria se han vuelto tremendamente importantes para poder funcionar en este campo, y uno descarta por completo el resto de la existencia. Eso es un hecho.

Ahora pregunta usted: «¿Cómo he de ganarme la vida, ya que, si bien necesito conocimiento, veo la limita-

ción del conocimiento?» Necesito ganarme la subsistencia, necesito tener alimento, ropa y vivienda; lo mismo da que trabaje por ello o que me lo provea el Estado.

El conocimiento es muy limitado, es mecánico; y nosotros tratamos de escapar mediante las religiones, el sexo, las distintas idiosincrasias, las neurosis, mediante el deseo de realizarnos en algo aparte de este mundo. No obstante, ¿qué puedo hacer? ¿Cómo puedo vivir en armonía: tener conocimientos, funcionar a base de ellos y también liberar a la mente de este proceso mecánico de aprender, de modo tal que ambas cosas marchen juntas? Es decir, que la mente viva yendo a la fábrica y trabajando sin que haya competencia, porque no se interesa en lograr una posición. Sólo se interesa en lograr lo que necesita para subsistir. No sé si usted percibe la diferencia. La mente ve también con mucha claridad que debe estar libre de lo conocido, es decir, del conocimiento, del pasado. ¿Pueden estas dos corrientes fluir en armonía todo el tiempo? Ése es nuestro problema. No el problema de ganar más y más y más, que es lo que la sociedad desea, que es el espíritu comercial, el espíritu de consumo —todos los trucos para estimular la mente a fin de que compre, compre, compre—. No lo haré. Veo la falsedad de ello. Y veo, al mismo tiempo, la libertad, lo que implica estar libre de lo conocido, del conocimiento. ¿Pueden estas dos cosas operar juntas todo el tiempo, de modo tal que no haya fricción?

Ahora bien, ¿qué es la armonía? ¿Entiende?, ése es el problema. Veo que debo ganarme la vida. No pelearé, no competiré, trabajaré porque a ello he dedicado mi cerebro, mi capacidad; por lo tanto, trabajaré muy eficientemente porque no tengo problemas psicológicos con mi trabajo. No competiré con nadie; en consecuencia, mi capacidad, mi energía, mi forma de escribir, de producir —lo que fuere— es completa. Debido a eso, no hay conflicto, no hay desperdicio de energía. Espero que vea esto.

Así que me pregunto: ¿Qué es la armonía? Digo que debe haber armonía entre ambas cosas. ¿Qué es esta armonía? ¿Puede la armonía, este sentido de equilibrio, de cordura, esta percepción de lo total —trabajo, conocimiento y libertad respecto del conocimiento, eso es lo total—, puede este sentido de totalidad producirse mediante el pensamiento, la investigación, la lectura, la búsqueda, el cuestionamiento? El pensamiento no puede producirlo, es obvio. Viendo, pues, que el pensamiento no puede producirlo, viendo que puedo trabajar eficientemente, con energía plena porque no tengo problemas psicológicos y, por ende, trabajo sólo para ganarme la vida y bastarme a mí mismo, comprendo entonces que toda la cosa debe operar simultáneamente. Y eso sólo puede ocurrir cuando hay inteligencia. Por lo tanto, la inteligencia es armonía.

La inteligencia dice: «Trabaja sólo para ganarte la vida, no por ambición, no para competir, para triunfar y todas esas cosas. Trabaja. Eso es la vida.» Es la inteligencia quien me lo dice, no es una conclusión. Y la inteligencia me dice también: «La libertad es indispensable.» La inteligencia me dice, pues, que debe haber armonía. Por lo tanto, la inteligencia genera esta armonía. No es un agente externo o el pensamiento lo que genera esta armonía. No sé si han advertido que el pensamiento es siempre externo. Siempre proviene de lo externo. Me dijeron el otro día que, en el idioma de los esquimales, «pensamiento» significa «externo». De modo que el pensamiento no puede generar armonía, equilibrio, este sentido de totalidad.

¿Qué es, entonces, lo que da origen a este sentido de integridad, de cordura, de totalidad? Es la inteligencia. La inteligencia no es la aceptación intelectual de una idea, no es un producto de la razón de la lógica; aunque la razón y la lógica deben existir, la inteligencia no es el resultado de ellas. La inteligencia es la percepción de la verdad, de la cual surge la sabiduría. La sabiduría es hija

de la verdad, y la inteligencia es hija de la sabiduría, ¿correcto? ¿Lo ve? Trabaje en ello. ¿Comprende? Sólo considérelo, bébalo. Y entonces está ahí; usted no tiene que esforzarse, leer libros y pasar por todas las torturas de la vida.

Saanen, 3 de agosto de 1973

KRISHNAMURTI: ¿Qué he de hacer, viviendo en este mundo y debiendo ganarme la vida, para tener ropa, alimento, vivienda y tiempo libre? ¿Qué he de hacer sabiendo que la causa de este sentimiento de soledad es, digamos, la ambición, el espíritu competitivo? ¿Cómo he de vivir en este mundo sin ambicionar, sin competir? ¡Vamos!, es la vida de ustedes.

Interlocutor: ¿Cuál es la naturaleza de la seriedad?

K.: Yo pregunto una cosa y usted contesta otra diferente. Pregunto cómo he de vivir en este mundo, ganarme la subsistencia y, aun así, no ser ambicioso, no competir, no amoldarme. ¿Cómo he de vivir? Porque me siento terriblemente solo y veo que este sentimiento de soledad ha sido engendrado por la competencia, la ambición y todo eso. Ésa es la estructura de la sociedad en que vivimos, ésa es la cultura. ¿Qué he de hacer?

I.: Debo conocer mis reales necesidades.

K.: No «debo», porque entonces usted habla de ideas. Reduciendo a la mitad sus necesidades, ¿ha resuelto el problema de la ambición? Necesito cuatro pares de pantalones, media docena de camisas y media docena de zapa-

tos, o lo que fuere, eso es todo lo que necesito. Pero sigo siendo ambicioso. ¡Apártese de eso!

I.: ¿Cómo puedo cambiar mi acción?

K.: Voy a mostrárselo. Tenga un poco de paciencia, acompañe paso a paso a quien le habla y lo descubrirá por sí mismo. Vea, voy a repetir la pregunta. Me siento solo, este sentimiento ha sido generado por mi actividad egocéntrica, y una de sus formas es la ambición, la codicia, la envidia, el espíritu competitivo, la imitación. Tengo que vivir en esta sociedad que me obliga a amoldarme, a ser ambicioso, que estimula la hipocresía, y así sucesivamente. ¿Cómo he de aprender a ganarme la vida y, aun así, no ser ambicioso, ya que la ambición es una forma de aislamiento? Me siento solo, ¿comprende? Entonces, ¿cómo he de vivir sin ambición en este mundo? Y todos ustedes son ambiciosos.

I.: Uno entrega su mente y su energía para comprender eso.

K.: ¡Me rindo! Usted se sale de la cuestión, no dice: «Mire, soy ambicioso, lo soy de diez maneras diferentes: espiritual, psicológica, física, etc. Soy ambicioso. He creado esta sociedad a causa de la ambición, y esa ambición ha dado origen a esta sensación de aislamiento, de soledad; y tengo que vivir en este mundo y no quiero sentirme solo. No tiene ningún sentido sentirse así. Por lo tanto, me pregunto cómo he de vivir en este mundo sin ser ambicioso, cómo he de vivir entre ustedes que son ambiciosos si yo no quiero serlo. ¿Cómo he de vivir con ustedes?»

¿No conoce usted el peligro de la ambición?... ¡Es un mundo tan encantador éste!... Le estoy mostrando que usted es ambicioso y usted no se enfrenta a esa pregunta, da rodeos.

I.: ¿Qué es la ambición?

K.: Tratar de ser otra cosa que lo que uno es. Sólo escuche. He dicho que la ambición implica transformar lo que uno es en algo que uno no es. Eso es una parte de la ambición. La ambición es tratar de obtener algo que consideramos deseable, algo que suponemos va a darnos poder, posición, prestigio. La ambición es escribir algo y esperar que ello venderá un millón de ejemplares, etc. Y ésa es la sociedad en que estamos obligados a vivir. Y me doy cuenta de que eso me ha traído soledad, y veo cuán tremendamente destructivo es ese sentimiento de soledad, porque impide mi relación con otro ser humano. Veo, pues, su naturaleza destructiva. ¿Qué he de hacer?

I.: Encontrar a una persona que no sea ambiciosa.

K.: ¿No es usted ambicioso? ¿Tengo que salir y encontrar a alguna otra persona? ¿De qué están hablando todos ustedes? ¡No son serios!

Mire, me siento solo; la ambición, la codicia, el afán de competir han generado este sentimiento de soledad y veo la naturaleza destructiva de ello. Veo que impide el afecto, la solicitud, el amor, y para mí eso es tremendamente importante. La soledad es terrible, destructiva, venenosa. ¿Cómo he de vivir con usted que es ambicioso? Porque tengo que vivir con usted, tengo que ganarme la vida. ¿Qué puedo hacer?...

Usted no entiende. Yo hiervo con ello. Me apasiona comprender este problema. Me está quemando porque ésa es toda mi vida, y para usted es un juego. Me siento solo, estoy desesperado, veo cuán destructivo es eso y anhelo resolverlo. No obstante, tengo que vivir con usted, vivir con este mundo que es ambicioso, codicioso, violento. ¿Qué puedo hacer? Se lo mostraré. Pero que yo se lo muestre no es lo mismo que si usted lo hace. Se lo mostraré.

¿Puedo vivir en un mundo que es tremendamente ambicioso y, por ende, falaz, deshonesto? ¿Cómo he de vivir allí, en ese mundo? Porque no quiero ser ambicioso. Veo cuál es el resultado de la ambición: soledad, desesperación, fealdad, violencia y demás. Me pregunto, pues, cómo he de vivir con usted que es ambicioso. Y yo, ¿soy ambicioso? No alguna otra persona, no el mundo, porque el mundo soy yo; yo soy el mundo y ésa es para mí una realidad ardiente, no es sólo una frase. ¿Soy, pues, ambicioso? Ahora voy a aprender. Voy a observar y a descubrir si soy ambicioso, no sólo en un determinado sentido, sino en relación con toda mi vida. No la ambición de tener una casa más grande, la ambición de triunfar, de obtener un resultado, dinero, sino también la ambición de transformar «lo que es», en el estado perfecto. Soy feo y quiero transformar eso en el más bello de los estados. Todo eso y más es ambición. Y lo observo. Ésa es mi vida, ¿comprende? Voy a observarla con pasión, no sólo sentarme a discutirla. La observo noche y día porque he comprendido la verdad de que ese sentimiento de soledad es una cosa de lo más terrible, puesto que es sumamente destructiva de la relación. Y los seres humanos no pueden vivir aislados. La vida es relación. La vida es la acción que tiene lugar en esa relación. Si en esa relación hay aislamiento, hay inacción total. Comprendo eso, no de manera verbal, sino como una ardiente realidad.

Ahora estoy observando. ¿Tengo la ambición de transformar «lo que es» en «lo que debería ser», en el ideal? ¿Comprende? Ésa es una forma de ambición, querer cambiar lo que soy en lo que quisiera ser. ¿Estoy haciendo eso? Es decir, ¿está *usted* haciendo eso? Cuando uso la primera persona y digo *yo,* estoy hablando de usted. No se escape. Me refiero a usted cuando hablo de mí, porque yo soy usted. Porque usted es el mundo y yo formo parte de ese mundo.

Así que observo y digo: «Sí, quiero cambiar "lo que es" en "lo que debería ser".» Y me doy cuenta de lo

absurdo que resulta eso. Es parte de la ambición inculcada en mí por la educación, la tradición, la cultura. En la escuela, «A» es mejor que «B», quien copia a «A»... ya conoce usted todo ese asunto. Las religiones han dicho: «Cambia de lo que eres a lo que deberías ser.» Me doy cuenta, pues, de la falsedad de ello y lo descarto totalmente. No lo tocaré. De modo que acepto «lo que es». ¡Espere un momento! Veo «lo que es», y veo que «lo que es» no es muy bueno. Entonces, ¿cómo he de transformarlo sin la ambición de cambiarlo en alguna otra cosa?

Ahora veo de qué se trata: Soy codicioso. No deseo transformar esa codicia en «no codicia». Soy violento; no deseo transformar eso en «no violencia». Pero esa violencia debe experimentar un cambio radical. Entonces, ¿qué he de hacer con ella? ¿Qué ha de hacer mi mente, esa mente que ha sido adiestrada, educada, disciplinada para ser ambiciosa, violenta? Cuando comprendo que cambiar eso en alguna otra cosa sigue siendo violencia, no proseguiré en esos términos. Permanezco con «lo que es», o sea, con la violencia. ¿Qué ocurre, entonces? ¿Cómo debo observarla, cómo es la mente que observa la violencia sin desear cambiarla?

¿Cómo es la mente que ha de cambiar esta ambición educada, refinada, cambiarla de manera tan completa que no quede un soplo de ambición? Todo el día observo el modo como actúa mi ambición, porque soy muy serio, porque el sentimiento de soledad es una cosa terrible en la relación y el hombre no puede vivir sin relación. Puede pretender que está relacionado, puede decir que ama, pero sigue en lucha con otro. Entonces, ¿cómo puede la mente transformar por completo la cosa llamada ambición? Cualquier forma de ejercicio de la voluntad sigue siendo ambición. Todo esto es observación. Veo que cualquiera sea la forma en que ejercite la voluntad a fin de transformar «lo que es», constituye otra forma de ambición. He descubierto eso. El descubrimiento de ello me ha proporcionado energía, de

modo que puedo descartar la voluntad. La mente dice que eso se acabó, que jamás, en ninguna circunstancia, ejercitará la voluntad, porque ella forma parte de la ambición.

Y veo que el acatamiento es una de las reacciones educadas de la cultura en que vivimos: el acatamiento al pelo largo, al pelo corto, a los pantalones cortos, a la camisa corta, acatar... tanto externa como internamente, acatar; me convierto en budista, católico, musulmán... acato. Desde la infancia me han enseñado a acatar, a amoldarme. Estoy forzado, he sido educado, obligado a ello. ¿Qué sucede cuando acato? Hay lucha, ¿no es así? Hay conflicto: soy esto y usted quiere que sea eso otro. Por lo tanto, hay conflicto, hay pérdida de energía, hay temor de no ser lo que usted espera que yo sea. Así que el acatamiento, la voluntad, el deseo de cambiar «lo que es», todo eso forma parte de la ambición.

Estoy observando esto. Lo observo, pues, y digo: «No acataré.» Comprendo qué implica el acatamiento: estoy acatando cuando me pongo los pantalones, acato cuando conservo la mano izquierda o derecha en la carretera, acato cuando aprendo un idioma, acato cuando estrecho la mano de alguien. Por lo tanto, acato en cierta dirección, en ciertos niveles, y en otros niveles no acato porque eso forma parte del aislamiento. ¿Qué ha ocurrido, entonces? ¿Qué le ha ocurrido a la mente que ha observado las actividades de la ambición: acatamiento, voluntad, deseo de cambiar «lo que es» en «lo que debería ser», etc.? Ésas son todas actividades de la ambición que han producido este sentimiento de desesperada soledad. Tienen lugar, pues, toda clase de actividades neuróticas. Y como he vigilado eso, como lo he observado sin hacer nada al respecto, entonces, gracias a esa observación, la actividad de la ambición ha llegado a su fin porque la mente se ha vuelto extraordinariamente sensible a la ambición. Es como si no pudiera tolerarla; por lo tanto, siendo ahora muy sensible, se ha vuelto extraordi-

nariamente inteligente. Dice: «¿Cómo he de vivir en este mundo siendo altamente sensible, inteligente y, por lo tanto, estando libre de ambición?»

¿Cómo he de vivir con usted que es ambicioso? ¿Tenemos relación alguna el uno con el otro? Usted es ambicioso y yo no lo soy. O usted no lo es y lo soy yo, no importa el orden. ¿Cuál es nuestra relación?

I.: No hay relación.

K.: Por consiguiente, ¿qué he de hacer? Porque me doy cuenta de que el vivir es relación. Usted es ambicioso y yo quizá no lo soy. Y veo que no tenemos relación porque usted sigue ese camino y yo sigo aquel otro, o yo permanezco estacionario y usted se aleja. ¿Cuál es nuestra relación? Sin embargo, no puedo vivir aislado.

Véalo, absórbalo, aspírelo, saboréelo, y entonces responderá a ello. ¿Qué he de hacer, viviendo en este mundo compuesto de ambición, codicia, hipocresía, violencia, siempre tratando de cambiar esto en aquello... ya conoce todo lo que está sucediendo. Y veo que todo eso conduce al sentimiento de soledad que destruye la relación... La mente ha llegado al punto en que tiene que enfrentarse a una multitud, a una civilización, a un mundo en el que el veneno de la ambición está difundido por todas partes. Y esta mente de uno no tolerará ni psicológica ni físicamente ninguna forma de ambición; sin embargo, tiene que vivir aquí. ¿Qué ha de hacer? Se lo pregunto. Digamos que soy ambicioso y usted no lo es. ¿Cuál es nuestra relación?

I.: No hay relación.

K.: ¿No hay relación? ¿Qué es lo que hay?

I.: Completo aislamiento.

K.: Usted no ha comprendido el sentido de esto, señor. Se trata de lo siguiente: Cuando la mente ha observado la actividad de la ambición, cuando ha observado todo esto y ha visto la falsedad y, por lo tanto, la verdad de ello, se vuelve muy sensible y percibe todas las corrientes de la ambición. En consecuencia, es inteligente. Se ha vuelto inteligente en el sentido de que al observar las corrientes y las sutilezas de la ambición, comprende que la ambición es veneno. Siendo altamente sensible a la ambición y, por ende, inteligente, tiene que vivir con usted. No puede aislarse. Porque ve que el aislamiento ha generado esta confusión. Entonces, ¿cómo ha de vivir con usted? Usted va en esa dirección, y la persona no ambiciosa quizá no vaya en esa dirección ni en ninguna dirección.

Una mente así no está aislada, ¿verdad? El aislamiento, es decir, el sentimiento de soledad, tiene lugar junto a todas las actividades de la ambición. Cuando no hay actividades producto de la ambición, no hay sentimiento de soledad. He tomado un ejemplo de la causa de ese sentimiento de soledad. Si he comprendido una de las causas, he comprendido todas las otras causas. Porque en esta causa está incluido el acatamiento, en esta causa está incluida la voluntad, el deseo de cambiar esto en aquello a fin de llegar a ser algo o alguien, de llegar a ser más importante, más noble, más sabio, más rico, y así sucesivamente. Todo eso lo descubro en este único acto de la ambición.

* * *

PARA MÍ, ser ambicioso es una cosa terrible. Lo he comprendido y veo la fealdad de ello, su falsedad, la veo no verbalmente sino de hecho. Por lo tanto, ¿qué ocurre? Es como ver un precipicio. Eso no es una abstracción; cuando veo un precipicio me alejo de él, si es que estoy cuerdo. ¿Me siento solo, entonces? Por supuesto que no. Me basto a mí mismo, ¿comprende? Entonces mi relación

con usted consiste en que yo soy autosuficiente y usted no lo es; por lo tanto, usted va a explotarme. Va a utilizarme para su propia satisfacción, y yo digo: «No lo haga, es una pérdida de tiempo.» Por lo tanto, la relación basada en el sentimiento de soledad es una cosa, pero la relación basada en la ausencia de ese sentimiento de soledad, en la completa autosuficiencia, es otra cosa diferente.

Hemos llegado a un punto maravilloso. La relación que se origina en el sentimiento de soledad conduce a una gran desdicha. Sólo escuche esto. No diga: «Tengo que vivir de ese modo.» Es como aspirar el aroma de una flor; sólo aspírelo; usted no puede hacer nada al respecto, no puede crear una flor, sólo puede destruirla. Por lo tanto, limítese a aspirar su aroma, mírela, vea su belleza, los pétalos, su delicadeza, su extraordinaria cualidad de dulzura... usted sabe lo que es una flor. Del mismo modo mire esto, sólo mírelo, escúchelo. La relación que se origina en el sentimiento de soledad conduce al conflicto, a la desdicha, al divorcio, a las peleas, a los altercados, a la insuficiencia sexual. A raíz de ese sentimiento de soledad, de ese aislamiento mutuo, todas las desdichas se introducen en la relación. ¿Qué ocurre, entonces, cuando no existe ese sentimiento de soledad, cuando hay completa autosuficiencia, o sea, cuando no hay dependencia? ¿Entiende? Cuando no hay dependencia, ¿qué ocurre? Yo lo amo, usted puede no amarme, yo lo amo... eso es suficiente. ¿Comprende? No necesito su respuesta de que usted también me ama. No me preocupa. Como la flor, ese amor está ahí para que usted lo mire, aspire su aroma, vea su belleza. Él no dice: «Ámame.» Está ahí. Por consiguiente, se relaciona con todo. ¿Comprende? ¡Oh, por el amor de Dios, capte esto! Y en la gran profundidad y belleza de esa plenitud de la suficiencia —en el cual no hay sentimiento de soledad ni ambición de ninguna clase— hay verdadero amor, y el amor se relaciona con la naturaleza. Si usted lo quiere, está ahí; si no lo quiere, no importa. Ésa es la belleza del amor.

El recto medio de vida

De La verdad y la realidad
Capítulo 10
Saanen, 25 de julio de 1976

INTERLOCUTOR: ¿Es necesario un motivo en la ocupación que uno tiene? ¿Cuál es el motivo correcto en lo que uno hace para ganarse la vida?

Krishnamurti: ¿Cuál piensa usted que sea el recto medio de vida? No el más conveniente o el más provechoso, agradable o lucrativo, sino el recto medio de vida. Y bien, ¿cómo descubrirá usted qué es lo recto? La palabra *recto* significa correcto, exacto. El medio de vida no puede ser el exacto si usted hace algo por provecho o placer. Ésta es una cosa compleja. Todo cuanto ha producido el pensamiento constituye una realidad. Esta carpa donde nos encontramos ha sido producida por el pensamiento, es una realidad. El árbol no ha sido producido por el pensamiento, pero es una realidad. Las ilusiones son una realidad; las ilusiones que uno tiene, la imaginación, todo eso es una realidad. Y la acción que emana de esas ilusiones es neurótica, lo cual también es una realidad. De modo que cuando usted formula esa pregunta: «¿Cuál es el recto medio de vida?», debe entender qué cosa es la realidad. La realidad no es la verdad.

Ahora bien, en esta realidad, ¿cuál es la acción correcta? Y ¿cómo descubrirá usted qué es lo recto en esta realidad, cómo lo descubrirá por sí mismo, no porque se lo digan? Tenemos que averiguar, pues, cuál es la

acción exacta, correcta, verdadera, o el recto medio de vida en el mundo de la realidad, realidad que incluye la ilusión. No escape, no se aleje; la creencia es una ilusión, y las actividades de la creencia son neuróticas. El nacionalismo y todas esas cosas son otra forma de la realidad, pero son una ilusión. Considerando, pues, todo eso como la realidad, ¿cuál es ahí la acción correcta?

¿Quién va a decírselo? Nadie, es obvio. Pero cuando usted ve la realidad sin ilusión, la percepción misma de esa realidad es inteligencia, ¿no es así?, en la cual no hay mezcla de realidad e ilusión. Por lo tanto, cuando hay observación de la realidad —la realidad del árbol, la realidad de la carpa, la realidad que ha producido el pensamiento, incluyendo las visiones, las ilusiones—, cuando usted ve esa realidad, la percepción misma de ello en su inteligencia, ¿verdad? Su inteligencia dice, pues, qué es lo que usted va a hacer. No sé si comprende esto. Inteligencia es percibir lo que *es* y lo que *no es*: percibir «lo que es» y ver la realidad de «lo que es», lo cual implica que usted no tiene ninguna intrincación psicológica, ningún tipo de exigencias psicológicas, que son todas formas de ilusión. Ver todo eso es inteligencia, y esa inteligencia operará dondequiera que uno se encuentre. Por lo tanto, ella le dirá lo que debe hacer.

¿Qué es, entonces, la verdad? ¿Cuál es el vínculo entre la realidad y la verdad? El vínculo es esta inteligencia. La inteligencia que ve la realidad completa y, por consiguiente, no la transfiere a la verdad. La verdad puede, entonces, operar en la realidad por medio de la inteligencia.

Ojai, 3 de abril de 1977

CUANDO NO HAY conflicto interno, no hay conflicto externo, porque no existe una división entre lo interno y lo externo. Es como el flujo y reflujo, el mar que entra y el mar que sale... Y si yo tuviera que ganarme la subsistencia, ¿qué debería hacer no teniendo ninguna clase de conflicto psicológico? ¿Saben lo que eso significa? Debido a que no hay conflicto, no hay ambición ni deseo de ser esto o aquello. Internamente, hay algo que es absolutamente inquebrantable, que no puede ser afectado, dañado; entonces no dependo, psicológicamente, de otro. Por consiguiente, no hay acatamiento.

Estando, pues, exento de todo eso, haré lo que pueda en este mundo, seré jardinero, cocinero, cualquier cosa. Pero ustedes están excesivamente condicionados para el éxito y el fracaso. El éxito en el mundo, dinero, posición, prestigio, ya saben, todo eso por lo que esta luchando. La conciencia humana está muy fuertemente condicionada para el éxito y el temor al fracaso. Condicionada para ser algo o alguien, no sólo externamente, sino internamente. Por eso aceptan a todos los gurus, porque esperan que ellos los conducirán hacia alguna iluminación, hacia algún tipo de disparate ilusorio. No es que no exista algo absolutamente verdadero, pero nadie puede conducirlos a ello.

Así que toda nuestra conciencia, o la mayor parte de ella, está condicionada para aceptar, para vivir una vida

de lucha constante, porque queremos obtener cosas, llegar a ser alguien, queremos desempeñar cierto papel, realizarnos personalmente, todo lo cual implica la negación de «lo que es» y la aceptación de «lo que debería ser». Si observan la violencia, la palabra *violencia* ya está contaminada —la palabra misma— porque hay personas que aprueban la violencia y personas que no la aprueban; esa palabra ya está distorsionada. Y así toda la filosofía de la no violencia, política, religiosamente, etc. Está la violencia y su opuesto, la no violencia. El opuesto tiene su raíz en «lo que es», pero pensamos que, teniendo un opuesto, por algún medio o método extraordinario nos libraremos de «lo que es»; es decir: están «lo que es» y «lo que debería ser». Para alcanzar «lo que debería ser», necesitamos tiempo. Vean por lo que pasamos, la desdicha, el conflicto, el absurdo de todo esto. «Lo que es» es la violencia, y «lo que debería ser» es la no violencia. Decimos, pues, que necesitamos tiempo para alcanzar la no violencia, que debemos esforzarnos, luchar para no ser violentos. Ésa es la filosofía, es el condicionamiento, la tradición.

Ahora bien, ¿podemos desechar el opuesto y mirar simplemente la violencia, la cual es un hecho? La no violencia no es un hecho. La no violencia es una idea, un concepto, una conclusión. Pero el *hecho* es la violencia, el hecho es que nos enfurecemos, que odiamos a alguien, que queremos lastimar a otros; ira, celos, todo eso implica la violencia. ¿Pueden, pues, observar ese hecho sin introducir su opuesto? ¿Comprenden? Entonces tienen la energía para observar «lo que es», energía que se desperdiciaba en el intento de lograr el opuesto. En esa observación de «lo que es» no hay conflicto.

¿Qué ha de hacer, pues, un hombre que ha comprendido esta existencia extraordinaria y compleja basada en la violencia, el conflicto, la lucha, un hombre que de verdad es libre —no teóricamente, sino de hecho—, o sea, que está exento de conflicto? ¿Qué hará en el mundo?

¿Quieren formularse esta pregunta acerca de si internamente, psicológicamente se hallan libres de conflicto? ¿Lo harán?

La sociedad se basa en el conflicto. Pero la sociedad es lo que cada uno de nosotros ha hecho de ella; somos los responsables, porque somos codiciosos, envidiosos, violentos, y la sociedad es lo que somos. No hay diferencia entre uno mismo y la sociedad. Éstos son hechos. Pero uno se separa de la sociedad y dice: «Yo soy diferente de la sociedad», lo cual no tiene sentido. Si en *uno mismo* hay una completa transformación de la estructura social, que es violencia, inmoralidad y todo eso, uno afecta la conciencia de la sociedad. Y cuando uno está libre de ese modo en lo interno, ¿formula alguna vez esa pregunta acerca de lo que debe hacer en el mundo externo? Respóndanselo a sí mismos, descubran para sí mismos cuál es la respuesta, porque entonces habrán transformado por completo internamente algo que tanto ha condicionado al hombre: ese constante batallar, batallar y batallar.

¿Qué debo hacer?

De Comentarios sobre el vivir
Tercera serie
Capítulo 48

EL VIENTO que soplaba era puro y fresco. No era el aire seco del semidesierto circundante, sino que llegaba desde las lejanas montañas. Aquellas montañas están entre las más altas del mundo, una gran cadena que se extiende desde el noroeste al sudeste. Son macizas y sublimes, una visión increíble cuando uno las contemplaba en el amanecer, antes de que el sol se alzase sobre la tierra dormida. Sus imponentes cumbres, con un suave resplandor rosado, se veían asombrosamente claras contra el pálido cielo azul. A medida que el sol se levantaba más y más alto, las llanuras se cubrían de largas sombras. Pronto esos misteriosos picos desaparecerían en las nubes, pero antes de retirarse dejarían su bendición sobre los valles, los ríos y los poblados. Aunque ya no serían visibles, uno podría sentir su presencia silenciosa, inmensa e intemporal.

Un mendigo bajaba cantando por el camino; era ciego y un niño lo guiaba. La gente pasaba a su lado y, en ocasiones, alguien echaba una o dos monedas en la lata que él sostenía en su mano; pero él seguía cantando sin prestar atención al traqueteo de las monedas. Un criado salió de una gran casa, dejó caer una moneda en la lata, murmuró algo, regresó a la casa y cerró la puerta tras de sí. Los papagayos se habían marchado para todo el día, con su vuelo alocado y ruidoso. Se irían a los campos y a los bosques, pero al atardecer volverían para pasar la noche

en los árboles a lo largo del camino; allí se sentían más seguros, aunque los faroles del alumbrado estaban casi entre las hojas. Muchas otras aves parecían quedarse todo el día en la población, y en un gran prado algunas de ellas trataban de cazar a los gusanos adormecidos. Pasó un muchacho tocando su flauta. Era flaco e iba descalzo; se contoneaba al andar, y a sus pies no parecía preocuparles dónde pisaban. Él era la flauta, y la canción estaba en sus ojos. Caminando detrás de él, uno sentía que aquél era el primer muchacho con una flauta en todo el mundo. Y en cierto modo lo era, porque no prestó atención al automóvil que pasó veloz junto a él, ni al policía que estaba en la esquina agobiado por el sueño, ni a la mujer que llevaba un atado en la cabeza. Se hallaba perdido para el mundo, pero su canción proseguía.

Y ahora el día había comenzado.

La sala no era muy grande y los pocos que habían venido casi la llenaban.

Los había de todas las edades. Entre ellos un hombre viejo con su hija muy jovencita, un matrimonio y un estudiante universitario. Era evidente que no se conocían entre sí, y todos estaban ansiosos por hablar, cada uno de su propio problema, pero sin querer interferir con los demás. La niña se hallaba sentada junto a su padre, tímida y muy quieta; debía tener unos diez años. Llevaba puestas ropas nuevas y había una flor en su cabello. Todos permanecimos por un rato sin pronunciar una sola palabra. El estudiante esperó que hablara el de más edad, pero el anciano prefirió dejar que otros hablaran primero. Al fin, más bien nerviosamente, comenzó el joven.

«Estoy cursando ya mi último año en la universidad, donde estudio ingeniería, pero en cierto modo no tengo particular interés en ninguna carrera. Sencillamente, no sé qué es lo que deseo hacer. A mi padre, que es abogado, no le importa lo quo yo haga, siempre que haga algo; desde luego, ya que estoy estudiando ingeniería, él preferiría que fuera ingeniero, pero yo no tengo verdadero

interés en eso. Se lo he dicho, pero él opina que el interés vendrá una vez que empiece a trabajar en ello para ganarme la vida. Tengo varios amigos que han estudiado distintas profesiones y que ahora se ganan la vida con ellas, pero casi todos ya se están embotando, se los ve agotados y sólo Dios sabe qué será de ellos de aquí a unos años. Yo no quiero ser así, y estoy seguro de que lo seré si me hago ingeniero. No es que tenga miedo de los exámenes, puedo aprobarlos con bastante facilidad, y no son alardes. Simplemente, no deseo ser ingeniero y tampoco parece inspirarme interés ninguna otra cosa. He intentado escribir y me he ocupado más bien superficialmente de la pintura, pero no he llegado muy lejos en ese tipo de cosas. Mi padre sólo se interesa en empujarme a que tenga un empleo y él podrá conseguirme uno bueno; pero sé qué pasaría conmigo si lo acepto. Me siento con deseos de abandonarlo todo y salir de la universidad sin esperar los exámenes finales.»

Eso sería más bien tonto, ¿no es así? Al fin y al cabo ya está a punto de terminar la universidad, ¿por qué no hacerlo? No hay ningún perjuicio en ello, ¿verdad?

«Supongo que no. Pero ¿qué voy a hacer después?»

Aparte de las carreras habituales, ¿qué le gustaría hacer realmente? Algún interés debe tener, por impreciso que sea. En alguna parte de su ser, muy en el fondo, usted sabe qué es lo que le gustaría, ¿verdad?

«Vea, no deseo hacerme rico; no tengo interés en formar una familia y no quiero esclavizarme a una rutina. Casi todos mis amigos que tienen empleos y que se han embarcado en una carrera están atados a la oficina de la mañana a la noche. ¿Y que obtienen de ello? Una casa, una esposa, hijos... y aburrimiento. Para mí, ésta es realmente una perspectiva espantosa y no quiero quedar atrapado en eso, pero sigo sin saber qué hacer.»

Ya que ha pensado tanto en todo esto, ¿no ha tratado de descubrir dónde reside su verdadero interés? ¿Qué dice su madre?

«A ella no le preocupa lo que yo haga mientras esté seguro, o sea, mientras este seguramente casado y amarrado; por eso apoya a mi padre. Durante mis paseos he pensado muchísimo acerca de lo que realmente me gustaría hacer y lo he conversado con amigos. Pero la mayoría de ellos está atada a una u otra profesión, y de nada sirve hablarles. Una vez que quedan atrapados en una carrera, sea la que fuere, piensan que eso es exactamente lo que tienen que hacer: deber, responsabilidad y todas esas cosas. Y es justamente en una rutina así que no quiero quedar atrapado, eso es todo. Pero, ¿qué es lo que realmente me gustaría hacer? Quisiera saberlo.»

¿Le gusta la gente?

«En cierta medida. ¿Por qué lo pregunta?»

Quizá podría gustarle hacer algo en el campo del trabajo social.

«Es curioso que diga eso. He pensado en hacer trabajo social, y por un tiempo anduve con algunos que han consagrado a ello sus vidas. Hablando en general, son un montón de personas secas, frustradas, terriblemente preocupadas por los pobres; activas incesantemente en tratar de mejorar las condiciones sociales, pero íntimamente desdichadas. Conozco a una mujer joven que daría su brazo derecho por casarse y llevar una vida de familia, pero su idealismo la está destruyendo. Está presa en la rutina de realizar buenas obras, y se ha vuelto terriblemente animosa, para compensar su hastío. A todo ese idealismo le falta estilo, júbilo interior.»

Supongo que la religión, en el sentido aceptado, no significa nada para usted, ¿verdad?

«Cuando niño, a menudo acostumbraba ir con mi madre al templo, con sus sacerdotes, sus oraciones y ceremonias, pero no he estado allí desde hace años.»

Eso también se vuelve una rutina, una sensación repetitiva, un vivir a base de palabras y explicaciones. La religión es algo mucho más que todo eso. ¿Le gusta la aventura?

«No en el sentido habitual de esa palabra: escalamiento de montañas, exploración polar, buceo a grandes profundidades marinas, etc. No es que me sienta superior, pero para mí hay algo inmaduro en relación con todo eso. Yo no podría escalar montañas más de lo que puedo cazar ballenas.»

¿Y qué hay respecto de la política?

«El habitual juego político no me interesa. Tengo algunos amigos comunistas y he leído algo de su literatura, y en un tiempo pensé afiliarme al partido; pero no puedo tragarme su lenguaje ambiguo, la violencia y la tiranía que los caracterizan. Éstas son las cosas que en realidad postulan, cualquiera que pueda ser su ideología oficial y su prédica de paz. Atravesé rápidamente esa fase.»

Hemos eliminado muchas cosas, ¿verdad? Si no desea ninguna de ellas, ¿que queda, entonces?

«No lo sé. ¿Acaso soy todavía demasiado joven para saberlo?»

No es una cuestión de edad. El descontento forma parte de la existencia, pero por lo general encontramos una forma de suavizarlo, ya sea por medio da una carrera, del matrimonio, de una creencia, o por medio del idealismo y de las buenas obras. De una u otra manera, la mayoría de nosotros se las arregla para sofocar esta llama del descontento, ¿verdad? Después de haber tenido éxito en sofocarla, pensamos que al fin somos felices, y puede que lo seamos, al menos por el momento. Ahora bien, en vez de apagar esta llama del descontento mediante alguna forma de satisfacción, ¿es posible mantenerla siempre ardiendo? Si lo hacemos, ¿es ella, entonces, descontento?

«¿Quiere usted decir que yo debo permanecer así como estoy, insatisfecho con todo lo que se encuentra fuera y dentro de mí, y no buscar alguna ocupación satisfactoria que extinga este fuego? ¿Es eso lo que usted quiere decir?»

Estamos descontentos porque pensamos que deberíamos estar contentos; la idea de que deberíamos estar en

paz con nosotros mismos hace que el descontento sea penoso. Usted cree que debería ser «algo», ¿no es así?, una persona responsable, un ciudadano útil y todas esas cosas. Con la comprensión del descontento, puede ser todas esas cosas y muchas más. Pero usted desea hacer algo satisfactorio, algo que ocupe su mente y así ponga fin a esta perturbación interna, ¿no es así?

«Lo es, en cierto modo, pero ahora veo a lo que conduce una ocupación así.»

La mente ocupada es una mente torpe, rutinaria; en esencia, es mediocre. A causa de que se ha establecido en un hábito, en una creencia, en una rutina respetable y provechosa, la mente se siente segura, tanto interna como externamente; por lo tanto, deja de estar inquieta. Es así, ¿no?

«En general, sí. Pero ¿qué puedo hacer?»

Puede descubrir más si penetra más a fondo en esta sensación de descontento. No piense al respecto en los términos de estar contento. Descubra por qué existe el descontento y si éste no debería mantenerse ardiendo. Después de todo, usted no está particularmente preocupado por ganarse la subsistencia, ¿verdad?

«Con toda franqueza, no. Uno siempre puede vivir de una u otra manera.»

Así que ése no es, en absoluto, su problema. Pero usted no quiere quedar preso en una rutina, en la rueda de la mediocridad. ¿No es eso lo que le preocupa?

«Así parece, señor.»

No dejarse atrapar de ese modo requiere un trabajo arduo, incesante vigilancia; implica no llegar a conclusiones desde las cuales continuar pensando ulteriormente, porque pensar desde una conclusión no es pensar en absoluto. Es a causa de que la mente parte de una conclusión, de una creencia, de la experiencia, del conocimiento, que queda presa en la rutina, en la red del hábito, y entonces el fuego del descontento se apaga.

«Veo que usted está perfectamente en lo cierto, y ahora comprendo qué es lo que en realidad ha pasado con

mi mente. No quiero ser como aquellos cuya vida es rutina y hastío, y digo esto sin sentimiento alguno de superioridad. Carece igualmente de sentido perderse en diversos tipos de aventura; y tampoco quiero estar meramente contento. Por imprecisa que sea la visión, he empezado a ver en una dirección que nunca supe siquiera que existía. ¿Es a esta nueva dirección a la que se refirió usted el otro día en su plática, cuando habló de un estado, o un movimiento que es intemporal y siempre creativo?»

Tal vez. La religión no es una cuestión de iglesias, templos, rituales y creencias; es el descubrimiento, de instante en instante, de aquel movimiento, el cual puede tener cualquier nombre o ninguno.

«Temo haberme excedido en la parte de tiempo que me correspondía», viéndose a los demás. «Espero que no les moleste.»

«Al contrario», replicó el anciano, «yo personalmente he escuchado con mucha atención y he aprovechado muchísimo; también yo he visto algo que está mucho mas allá de mi problema. Al escuchar tranquilamente las preocupaciones de otro, se aligeran a veces nuestras propias cargas.»

Permaneció en silencio por unos momentos, como si considerara el modo de expresar lo que deseaba decir.

«Personalmente he llegado a una edad», prosiguió, «en que ya no me pregunto qué es lo que voy a hacer; en vez de eso, miro hacia atrás y considero lo que he hecho con mi vida. Yo también asistí a la universidad, pero no era tan reflexivo como este joven amigo maestro. Después de graduarme salí en busca de trabajo, y una vez que encontré un empleo, pasé los siguientes cuarenta años o más ganándome la vida y manteniendo a una familia bastante numerosa. Durante todo ese tiempo estuve preso en la rutinaria tarea de oficina a la que usted se ha referido y en los hábitos de la vida familiar; conozco los placeres y tribulaciones de esa vida, sus lágrimas y sus alegrías pasajeras. He envejecido en la lucha y el cansancio, y en los últimos años ha habido una rápida declinación. Y ahora,

mirando hacia atrás y al ver todo eso, me pregunto: "¿Qué has hecho con tu vida? Aparte de tu familia y tu empleo, ¿qué es lo que verdaderamente has realizado?".»

El anciano hizo una pausa, antes de responder a su propia pregunta.

«En el transcurso de los años, ingresé en distintas asociaciones para el mejoramiento de esto y aquello; pertenecí a varios y diferentes grupos religiosos y dejé unos por otros. Leí esperanzadamente la literatura de la extrema izquierda, sólo para encontrar que su organización es tan tiránicamente autoritaria como la de la Iglesia. Ahora que me he retirado, puedo ver que he estado viviendo en la superficie de la vida; he andado meramente a la deriva. Aunque he luchado un poco contra la fuerte corriente de la sociedad, al final he sido atraído por ella. Pero no me interprete mal; no derramo lágrimas sobre el pasado, no lamento las cosas que han sido. Me interesan los pocos años que aún me quedan. Entre hoy y el día de mi muerte que se acerca rápidamente, ¿cómo he de afrontar esta cosa llamada vida? Ése es mi problema.»

Lo que somos está compuesto de lo que hemos sido; y lo que hemos sido también moldea el futuro, sin dar dirección ni sustancia definida a cada pensamiento y acción. El presente es un movimiento del pasado hacia el futuro.

«¿Qué ha sido mi pasado? Prácticamente nada en absoluto. No ha habido grandes pecados, ninguna ambición dominante, ningún dolor abrumador, ninguna violencia degradante. Mi vida ha sido la del hombre promedio, ni caliente ni fría; ha sido un constante fluir, una vida completamente mediocre. He construido un pasado en el cual no hay nada de qué enorgullecerse ni avergonzarse. Toda mi existencia ha sido opaca y vacía, sin mucho sentido. Habría sido igual, tanto si hubiera vivido en un palacio como en una choza de aldea. ¡Qué fácil es deslizarse en la corriente de la mediocridad! Ahora bien, mi pregunta es: ¿Puedo detener en mí mismo esta corriente de la

mediocridad? ¿Puedo romper con mi pasado que se dilata mezquinamente?»

¿Qué es el pasado? Cuando usted usa la palabra *pasado,* ¿qué significado le da?

«Me parece que el pasado es principalmente una cuestión de asociación y memoria.»

¿Quiere usted decir la totalidad de la memoria, o sólo la memoria de los acontecimientos cotidianos? Los acontecimientos que carecen de significación, aunque puedan recordarse, no arraigan en el suelo de la mente. Vienen y se van, no ocupan ni cargan la mente. Sólo permanecen aquellos que tienen importancia psicológica. Entonces, ¿qué entiende usted por *pasado?* ¿Existe un pasado que permanezca firme, inamovible, y con el cual pueda usted romper limpia y claramente?

«Mi pasado está compuesto de una multitud de pequeñas cosas acumuladas, y sus raíces son superficiales. Una buena sacudida podría, como un viento fuerte, barrer con ellas.»

Y usted espera el viento. ¿Es ése su problema?

«No espero nada. Pero ¿debo seguir así por el resto de mis días? ¿No puedo romper con el pasado?»

Repito, ¿qué es el pasado con el que quiere romper? ¿Es estático el pasado, o es una cosa viviente? Si es una cosa viviente, ¿cómo obtiene su vida? ¿A través de qué medio se reaviva? Si es una cosa viviente, ¿puede uno romper con ella? ¿Y quién es el «uno» que desea romper?

«Ahora estoy confundido», se quejó, «le he formulado una pregunta simple y usted me replica formulándome varias más complicadas. ¿Tendría la bondad de explicarme qué quiere decir?»

Usted dice, señor, que quiere estar libre del pasado? ¿Qué es este pasado?

«Consiste en las experiencias y en los recuerdos que uno tiene de ellas.»

Y bien, usted dice que estos recuerdos están en la superficie, que no se hallan hondamente arraigados. Pero

¿no podrían algunos de ellos tener raíces profundas en lo inconsciente?

«No creo tener recuerdos profundamente arraigados. La tradición y la creencia tienen raíces hondas en muchas personas, pero yo las sigo sólo como una cuestión de conveniencia social. No juegan un papel muy significativo en mi vida.»

Si el pasado puede desecharse tan fácilmente, no hay problema; si sólo permanece la cáscara exterior del pasado, la cual puede ser barrida en cualquier momento, entonces usted ya ha roto con el pasado. Pero el problema implica más que eso, ¿no es así? ¿Cómo va a romper usted con la mediocridad de su vida? ¿Cómo va a destrozar la mezquindad de la mente? ¿Acaso no es también su problema, señor? Y, por cierto, el «cómo», en este caso, forma parte de la investigación, no es el requerimiento de un método. Lo que ha dado origen, en primer lugar, a la mezquindad, es la práctica de el método basada en el deseo de éxito, con su miedo su autoridad.

«Vine con la intención de disipar mi pasado, que no tiene mucha importancia, pero ahora me enfrentan con otro problema.»

¿Por qué dice usted que su pasado no tiene mucha importancia?

«He andado a la deriva por la superficie de la vida, y cuando uno flota así no puede tener raíces profundas, ni siquiera en su propia familia. Veo que mi vida no ha tenido mucho sentido; no he hecho nada con ella. Ahora sólo me quedan unos pocos años y quiero dejar de ir a la deriva, quiero hacer algo con lo que resta de mi vida. ¿Es esto posible de algún modo?»

¿Qué es lo que usted quiere hacer de su vida? ¿Acaso el modelo de lo que desea ser no se basa en lo que usted ya ha sido? Por cierto, su modelo es una reacción que proviene de lo que ha sido; es una consecuencia del pasado.

«Entonces, ¿cómo puedo hacer algo de la vida?»

¿Qué entiende por vida? ¿Puede usted actuar sobre ella? ¿O la vida es incalculable y no puede ser contenida dentro de las fronteras de la mente? La vida es todo, ¿verdad? Es celos, vanidad, inspiración y desesperación; es la moralidad social y la virtud que está fuera del reino de la rectitud cultivada; es el conocimiento acumulado en el curso de los siglos; es el carácter, o sea, el encuentro del pasado con el presente; son las creencias organizadas llamadas religiones, y es la verdad que se encuentra más allá de ellas; es el odio y es el afecto, el amor y la compasión que no se hallan dentro del campo de la mente... Todo esto y mucho más es la vida, ¿no es cierto? Y usted quiere hacer algo con ello, quiere darle forma, dirección, significado. Y bien, ¿quién es el «usted» que quiere hacer todo esto? ¿Es diferente de aquello que usted busca cambiar?

«¿Sugiere usted que uno debe servir simplemente a la deriva?»

Cuando uno quiere dirigir, moldear la vida, su modelo sólo puede basarse en el pasado; o, al ser incapaz de moldearla, su reacción es dejarse ir a la deriva. Pero la comprensión de la totalidad de la vida genera su propia acción, en la cual no existen ni un andar a la deriva ni la imposición de un modelo. Esta totalidad debe comprenderse de instante en instante. Tiene que haber muerte del instante que ha pasado.

«Pero, ¿soy capaz de comprender la totalidad de la vida?», preguntó ansiosamente.

Si no la comprende, nadie más puede comprenderla por usted. Usted no puede aprender eso de otro.

«¿Cómo he de proceder?»

Por medio del conocimiento propio; porque la totalidad, todo el tesoro de de la vida, reside dentro de uno mismo.

«¿Qué entiende usted por conocimiento propio?»

Conocimiento propio es conocer los comportamientos de nuestra propia mente, es aprender sobre nuestras búsquedas, sobre nuestros anhelos tanto los ocultos como los

manifiestos. No hay un aprender donde exista acumulación de conocimientos. Con el conocimiento propio, la mente está libre y, con ello, hay quietud. Sólo entonces se manifiesta aquello que está mas allá de la medida de la mente.

El matrimonio había estado escuchando todo el tiempo; ambos esperaban su turno pero en ningún momento interrumpieron, y sólo ahora rompió a hablar el marido.

«Nuestro problema eran los celos, pero después de escuchar lo que ya se ha dicho aquí, pienso que podemos ser capaces de resolverlo. Quizás hayamos comprendido más profundamente al escuchar en silencio, que si hubiéramos formulado preguntas.»

De Cartas a las escuelas

1º de diciembre de 1978

PARA APRENDER el arte de vivir, uno debe disponer de ocio. La palabra «ocio» se interpreta muy mal. Por lo general, significa no estar ocupados con las cosas que debemos hacer, como el ganarnos la subsistencia, concurrir a la oficina, a la fábrica y demás, y sólo cuando eso se termina hay ocio, tiempo libre. Durante el así llamado ocio, lo que quieren ustedes es que se les entretenga, quieren relajarse y hacer las cosas que realmente les gusta hacer o que exigen de ustedes la máxima capacidad. Lo que hacen para ganarse la vida, sea lo que fuere, se opone a lo que llaman ocio. Por lo tanto, siempre hay tensión; tensión y el escapar de esa tensión. Y el ocio existe cuando no hay tensión. Durante ese periodo de ocio toman un periódico, abren una novela, charlan, juegan, etc. Éste es el hecho real, es lo que ocurre en todas partes. Ganarse la vida es la negación del vivir.

Llegamos así a la pregunta: ¿Qué es el ocio? El ocio, tal como se lo entiende, es un descanso de las presiones que origina la lucha por la subsistencia. Esas presiones, o cualquier otra presión que se nos impone, las consideramos por lo general como una ausencia de ocio; pero, consciente o inconscientemente, existe dentro de nosotros una presión mayor: del deseo.

La escuela es un lugar de ocio. Sólo cuando disponemos de ocio podemos aprender. Es decir, el aprender sólo

puede tener lugar cuando no hay presión de ninguna clase. Cuando nos enfrentamos con una serpiente o un peligro, hay un tipo de aprendizaje que proviene de la presión que ejerce el hecho de ese peligro. Aprender bajo una presión así implica cultivar la memoria que nos ayudará a reconocer un futuro peligro; y así ello se vuelve una respuesta mecánica.

El ocio implica una mente que no se encuentra ocupada. Sólo entonces existe un estado de aprender. La escuela es un lugar para aprender y no tan sólo un lugar para acumular conocimientos. Esto es realmente importante que se comprenda. Como dijimos, el conocimiento es necesario y tiene su propio lugar, limitado, en la vida. Desgraciadamente, esta limitación ha devorado todo en nuestras vidas y carecemos de espacio para aprender. Estamos tan ocupados con nuestros medios de subsistencia, que éstos consumen toda la energía del mecanismo del pensamiento, de tal modo que al fin del día quedamos exhaustos y necesitamos que se nos estimule. Nos recobramos de esta agotadora fatiga mediante el entretenimiento, religioso o de otra clase. Ésta es la vida de los seres humanos. Han creado una sociedad que les exige todo su tiempo, todas sus energías, toda su vida. No hay ocio para aprender, y así la vida se vuelve mecánica, casi carente de sentido. Debemos, pues, ser muy claros en la comprensión de la palabra *ocio:* es un lapso, un periodo en que la mente no se halla ocupada en absoluto. Es el periodo de la observación. Sólo la mente que no se halla ocupada puede observar. Una observación libre en el movimiento del aprender. Éste libera la mente evitando que sea mecánica.

¿Puede, pues, el maestro, el educador, ayudar al estudiante a comprender por completo esta cuestión de los medios de vida con todas sus presiones, ya que aprender eso le evita también a él todos los temores y ansiedades que acompañan la obtención de un empleo, así como tener que contemplar con pavor el futuro? Debido a que

el maestro mismo ha comprendido la naturaleza del ocio y de la observación pura, de modo que el ganarse la subsistencia no se vuelve una tortura, un gran tormento a lo largo de toda su vida, ¿puede ayudar al estudiante a tener una mente no mecánica? Es absoluta responsabilidad del maestro cultivar, durante el periodo de ocio, el florecimiento de la bondad. Por esta razón existen las escuelas. El maestro tiene la responsabilidad de crear una nueva generación, a fin de cambiar por completo la estructura social en cuanto a su preocupación por los medios de vida. Entonces, el enseñar se torna un acto sagrado.

De El propósito de la educación

Capítulo 7, «Con los jóvenes»

HEMOS ESTADO discutiendo lo esencial que es tener amor, y vimos que uno no puede adquirirlo ni comprarlo; no obstante, sin amor todos nuestros planes de un orden social perfecto en el que no haya explotación ni regimentación, no tendrán ningún sentido, y creo que es muy importante comprender esto mientras somos jóvenes.

Dondequiera que uno vaya por el mundo, no importa en qué lugar, ve que la sociedad se encuentra en un perpetuo estado de conflicto. Siempre están el poderoso, el rico, el próspero por un lado, y los obreros por el otro; y cada cual compitiendo envidiosamente, anhelando una posición más alta, un salario mayor, más poder, más prestigio. Ése es el estado del mundo, y así siempre hay una guerra en marcha, tanto interna como externamente.

Ahora bien, si ustedes y yo queremos dar origen a una revolución completa en el orden social, lo primero que tenemos que comprender es este instinto por la adquisición del poder. La mayoría de nosotros anhela el poder, de una u otra forma. Vemos que mediante la riqueza y el poder podremos viajar, relacionarnos con personas importantes y volvernos famosos; o bien soñamos con producir una sociedad perfecta. Pensamos que por medio del poder lograremos aquello que es bueno; pero la persecución misma del poder —poder para nosotros mismos, poder para nuestro país, poder para una ideología— es

nociva, destructiva, porque crea inevitablemente fuerzas opuestas, y entonces siempre hay conflicto.

¿No es bueno, entonces, que la educación les ayude para que, a medida que vayan creciendo, perciban la importancia de crear un mundo en el cual no haya conflicto ni interno ni externo, un mundo en el que uno no esté en conflicto con su vecino ni con grupo alguno de personas, porque el impulso de la ambición, que es el deseo de posición y poder, ha cesado por completo? ¿Es posible crear una sociedad así, en la que no haya conflicto ni externa ni internamente? La sociedad es la relación entre ustedes y yo; y si nuestra relación se basa en la ambición —cada cual deseando ser más poderoso que el otro—, entonces es obvio que siempre estaremos en conflicto. ¿Puede, pues, eliminarse esta causa de conflicto? ¿Podemos todos nosotros educarnos para no ser competidores, para no compararnos con algún otro, para no desear ésta o aquella posición... en una palabra, para no ser ambiciosos en absoluto?

Cuando salen de esta escuela y están con sus padres, cuando leen los diarios o hablan con la gente, tienen que haber notado que casi todos desean producir un cambio en el mundo. ¿Y no han advertido también que estas mismas personas están siempre en conflicto unas con otras sobre esto o aquello, sobre ideas, propiedad, raza, casta o religión? Sus padres, los vecinos, los ministros y los burócratas, ¿no son todos ambiciosos, no luchan por una posición mejor y, en consecuencia, están siempre en conflicto con alguien? Por cierto, sólo cuando toda esta competencia sea erradicada, habrá una sociedad pacífica en la que todos podremos vivir feliz y creativamente.

Ahora bien, ¿cómo puede hacerse esto? ¿Pueden la regulación, la legislación o el adiestramiento de la mente para que no sea ambiciosa, eliminar la ambición? Exteriormente, uno puede disciplinarse para no ser ambicioso, socialmente puede dejar de competir con otros; pero internamente seguirá siendo ambicioso, ¿no es así? Y ¿es posi-

ble barrer completamente con esta ambición que está trayendo tanta desdicha a los seres humanos? Es probable que no hayan pensado en esto antes, porque nadie les ha hablado así; pero ahora gue alguien les habla sobre ello, ¿no quieren averiguar si es posible vivir en este mundo plenamente, creativamente, de una manera rica, feliz, sin el impulso destructivo de la ambición, sin competencia? ¿No quieren saber cómo se puede vivir sin que la vida de uno destruya a otro ni proyecte una sombra en su camino?

Vean, pensamos que éste es un sueño utópico que jamás podrá convertirse en realidad, pero yo no hablo de utopías, eso sería un disparate. ¿Podemos ustedes y yo, que somos personas sencillas, comunes, vivir creativamente en este mundo sin el impulso de la ambición, la cual se manifiesta de distintas maneras, tales como el deseo de poder, de posición? Encontrarán la respuesta correcta cuando amen lo que están haciendo. Si uno es ingeniero sólo porque tiene que ganarse la subsistencia o porque eso es lo que esperan de uno el padre o la sociedad, entonces ésa es otra forma de compulsión; y la contradicción, en cualquiera de sus formas, crea contradicción, conflicto. Mientras que si uno ama realmente su profesión de ingeniero, o de científico, o si puede plantar un árbol o pintar un cuadro o escribir un poema, no para obtener reconocimiento sino sólo porque uno ama eso que está haciendo, entonces descubrirá que jamás compite con otro. Pienso que ésta es la verdadera clave: amar lo que uno hace.

Pero cuando uno es joven, a menudo le resulta muy difícil saber lo que le gusta hacer, porque son muchas las cosas que quiero hacer. Quiere ser ingeniero, maquinista, piloto de avión para recorrer zumbando los cielos; o tal vez desee ser un orador famoso o un político. Puede que quiera ser artista, químico, poeta o carpintero. O quizá prefiera trabajar con la cabeza, o hacer algo con las manos. Cualquiera de estas cosas, ¿es algo que uno ama realmente, o el interés en ellas es sólo una reacción a las presiones sociales? ¿Cómo descubrirlo? Y ¿no es el ver-

dadero propósito de la educación ayudarles a descubrirlo, de modo que cuando crezcan puedan dedicar por completo la mente, el corazón y el cuerpo a eso que realmente les gusta hacer, a lo que aman?

Descubrir eso requiere muchísima inteligencia, porque si ustedes tienen miedo de no poder ganarse el sustento, o de no encajar en esta corrupta sociedad, entonces nunca lo descubrirán. Pero si no tienen miedo, si se niegan a que sus padres, sus maestros y las exigencias superficiales de la sociedad los empujen dentro de la rutina de la tradición, entonces hay una posibilidad de que descubran qué es lo que verdaderamente les gusta hacer en la vida. Para descubrirlo, pues, no deben sentir temor alguno de no poder subsistir.

Pero casi todos tenemos miedo de no poder subsistir. Decimos: «¿Qué me sucederá si no hago lo que dicen mis padres, si no encajo en esta sociedad?» Estando atemorizados hacemos lo que nos dicen y en eso no hay amor, sólo hay contradicción; y esta contradicción interna es uno de los factores que dan origen a la destructiva ambición.

Por lo tanto, es una función básica de la educación ayudarles a que descubran lo que verdaderamente les gusta hacer, a fin de que puedan dedicar a ello por completo la mente y el corazón, porque eso genera dignidad humana y barre con la mediocridad, con la mezquina mentalidad burguesa. Por eso es muy importante tener los maestros apropiados, la atmósfera apropiada que les permita desarrollarse con el amor que se expresa en lo que hacen. Sin este amor, sus exámenes, sus conocimientos, sus capacidades, la posición o las posesiones que tengan son sólo cenizas, no tienen sentido alguno; sin este amor sus acciones van a traer más guerras, más odio, más daño y destrucción.

Todo esto quizá no signifique nada para ustedes, porque exteriormente son todavía muy jóvenes, pero espero que signifique algo para sus maestros... y también para ustedes en alguna parte profunda del ser.

De Cartas a las escuelas

15 de diciembre de 1978

LA EDUCACIÓN NO consiste meramente en la enseñanza de diversos temas académicos, sino en el cultivo de la responsabilidad total en el estudiante. Uno no se da cuenta de que, como educador, está dando origen a una nueva generación. La mayoría de las escuelas sólo se ocupa en impartir conocimientos. No se interesa para nada en la transformación del hombre y de su vida cotidiana; y usted, educador en estas escuelas, necesita tener este interés profundo y cuidar esta responsabilidad total.

¿De qué manera, pues, puede ayudar usted al estudiante para que sienta esta calidad de amor con toda su excelencia? Si usted mismo no siente esto profundamente, no tiene sentido hablar de responsabilidad. ¿Puede, como educador, percibir la verdad de esto?

Ver la verdad de ello producirá naturalmente este amor y esta responsabilidad total. Tiene usted que considerarlo, observarlo diariamente en su vida, en la relación con su esposa, sus amigos, sus estudiantes. Y en su relación con los estudiantes, usted les hablará de esto desde su corazón, no buscará la mera claridad verbal. La percepción de esta realidad es el mayor don que el hombre pueda tener y, una vez que ello está ardiendo en usted, encontrará la palabra exacta, la acción apropiada y la conducta correcta. Cuando considere al estudiante, verá que llega a usted no preparado en absoluto para todo esto.

Viene atemorizado, nervioso, ansioso por agradar o a la defensiva, condicionado por sus padres y por la sociedad en la que ha vivido sus pocos años. Usted tiene que ver este trasfondo, tiene que interesarse por lo que el estudiante es en realidad y no imponerle sus propias opiniones, sus conclusiones y juicios. Al considerar lo que él es, ello le revelará lo que es usted, y encontrará así que el estudiante es usted.

Y bien, ¿puede usted en la enseñanza de las matemáticas, de la física y demás, cosas que él debe conocer porque son el modo como se ganará la vida, comunicar al estudiante que él es responsable por toda la humanidad? Aunque pueda estar trabajando para su propia carrera, para su propio estilo de vida, ello no limitará su mente. Verá el peligro de la especialización con todas sus limitaciones y su extraña brutalidad. Usted debe ayudarle a que vea todo esto. El florecimiento de la bondad no radica en el conocimiento de las matemáticas y la biología o en aprobar exámenes y tener una profesión exitosa. Es independiente de estas cosas, y cuando existe este florecimiento, la profesión y otras actividades necesarias son afectadas por su belleza. Actualmente ponemos el énfasis en uno de los aspectos y descuidamos por completo el florecimiento. En estas escuelas tratamos de reunir las dos cosas, no artificialmente, no como un principio o un patrón a seguir, sino porque vemos la verdad absoluta de que ambas cosas deben fluir juntas para la regeneración del hombre.

¿Pueden hacer esto? No porque todos estén de acuerdo en hacerlo después de discutirlo y arribar a una conclusión, sino más bien porque ven, con una mirada interna, la extraordinaria gravedad de esto, porque la ven por sí mismos. Entonces lo que digan tendrá significación. Entonces uno se vuelve un centro de luz, una luz no encendida por otro. Como uno es toda la humanidad —lo cual es un hecho, no una declaración verbal—, es totalmente responsable por el futuro del hombre. Por

favor, no consideren esto como una carga. Si lo hacen, esa carga es un montón de palabras sin ninguna realidad. Es una ilusión. Esta responsabilidad tiene su propia alegría, su propio humor, su movimiento propio en el peso del pensamiento.

Saanen, 28 de julio de 1979

KRISHNAMURTI: Si me lo permiten, quisiera sugerir algo. Hemos estado hablando acerca de la meditación, del amor, del pensamiento y otras cosas, pero me parece que no hablamos acerca de nuestras vidas cotidianas, de nuestra relación con los demás, con el mundo, con toda la humanidad. Y todo el tiempo parece como si estuviéramos desviándonos del problema fundamental que es nuestra vida cotidiana, el modo como vivimos. ¿Estamos de alguna manera conscientes de nuestra confusión diaria, de la inseguridad, las ansiedades, las depresiones, los requerimientos constantes de nuestra existencia cotidiana? ¿No deberíamos interesarnos en todo eso? Sólo pregunto si no podríamos conversar juntos, como amigos, acerca de nuestra vida de cada día, lo que hacemos, lo que comemos, cuáles son nuestras relaciones, por qué nos hastiamos tanto de nuestra existencia, por qué nuestras mentes son tan mecánica, etc. ¿Podríamos hablar de eso y limitarnos a eso solamente?

Interlocutor: Sí

K.: ¿Qué es nuestra vida cotidiana? No es el escapar hacia algún tipo de fantasía, sino el levantarse, el hacer ejercicios si acostumbran hacerlos, el comer, el ir a la oficina, a la fábrica, a una u otra ocupación; son nuestras

ambiciones, nuestras realizaciones, nuestras relaciones con los demás, íntimas o no, sexuales o no, etc. ¿Cuál es la cuestión fundamental de nuestra vida? ¿Es el dinero? No las cuestiones periféricas, superficiales, sino las exigencias profundas. Preguntamos: ¿Cuál es esa exigencia? ¿Es el deseo de dinero? Necesitamos dinero. ¿Es el dinero la cuestión fundamental? ¿Tener una posición? ¿Estar seguros, financieramente, psicológicamente? ¿Tener completa certidumbre, sin confusión alguna? ¿Cuál es el impulso, el requerimiento, el deseo fundamental de nuestra vida?

I.: La alegría del trabajo.

K.: ¡La alegría del trabajo! ¿Le diría eso al hombre que, día tras día, hace girar el tornillo sobre una correa en movimiento? ¿O al hombre que tiene que ir a la oficina todas las mañanas y le dicen lo que debe hacer en cada día de su vida? Por favor, afronte la pregunta. ¿Cuál es nuestra principal exigencia? ¿Es el dinero? ¿La seguridad? ¿La falta de trabajo? Y cuando tenemos un trabajo, entonces está la rutina, el fastidio que ello implica y el escapar mediante los entretenimientos, los clubes nocturnos... ¿me sigue? Cualquier cosa lejos de nuestra existencia fundamental. Porque el mundo se encuentra en una condición horrible. Ustedes deben conocer todo esto. Así que, como seres humanos bastante inteligentes y serios, ¿cuál es nuestra relación con todo eso? Nuestra relación con el deterioro moral, la deshonestidad intelectual, los prejuicios de clase, etc. Con la confusión que los políticos están causando. Con la interminable preparación para la guerra... ¿Cuál es nuestra relación con todo esto?

I.: Somos parte de ello.

K.: Completamente de acuerdo. ¿Sabemos que somos parte de ello? ¿Nos damos cuenta de que nuestra vida

cotidiana contribuye a todo esto? Y si es así ¿qué haremos? ¿Tomar drogas? ¿Emborracharnos? ¿Ingresar en alguna comunidad? ¿Largarnos a algún monasterio? ¿O ponernos ropas amarillas, púrpura, de colores brillantes? Esas cosas, ¿resolverían todo esto? ¿Qué haremos? ¿Qué es nuestra vida diaria, de la cual está hecha la sociedad? Los políticos nos utilizan irreflexivamente para su propio poder, para su propia posición. Dándonos cuenta, pues, de todo esto, ¿cuál es nuestra relación con ello, y qué es nuestra vida, la cual obviamente está contribuyendo a este orden de cosas?

I.: Nos gustaría cambiar nuestro actual modo de vida.

K.: Nuestro actual modo de vida... No sabemos cómo cambiarlo Por lo tanto, lo aceptamos. ¿Por qué no podemos cambiarlo?

I.: Tal vez esperamos que algún otro nos diga cómo hacerlo.

K.: ¿Está usted esperando que ocurra algún milagro? ¿Esperamos que alguna autoridad nos diga qué hacer? ¿El sacerdote, el guru... todo ese fraude organizado?

Entonces, ¿por qué no podemos cambiar, en nuestra vida cotidiana, lo que estamos haciendo? Volvamos atrás: ¿Qué es nuestra vida cotidiana? Pregunto si somos parte de la sociedad, la cual se está volviendo cada vez más horrible, más intolerable, fea, destructiva, degenerativa, ¿También uno se está deteriorando como ser humano?

I.: Creo que eso no lo vemos.

K.: ¿Por qué? ¿Acaso no conocemos nuestra propia vida diaria?

I.: Nuestra vida diaria es una actividad egocéntrica.

K.: Nuestra vida interior, toda nuestra vida es una actividad egocéntrica. Si es así, y si eso está contribuyendo a la existencia de la sociedad monstruosa en que vivimos, ¿por qué no podemos cambiar esa actividad central, egoísta? ¿Por qué?

I.: No tenemos conciencia de nuestras propias vidas. Hasta que nos volvamos conscientes de todo cuanto estamos haciendo, no podremos cambiarlo.

K.: Comprendo. Eso es lo que pregunto. ¿Podemos volvernos conscientes, darnos cuenta de las actividades de nuestra vida cotidiana, de lo que estamos haciendo?

I.: Siendo una madre con hijos, es más difícil.

K.: De acuerdo. Siendo una madre con hijos, ésta es una vida muy difícil. ¿Es ése uno de nuestros problemas? Soy una madre. Tengo hijos; ¿están ellos creciendo para convertirse en monstruos como el resto del mundo? Horribles, violentos, egoístas, codiciosos... usted sabe lo que somos. ¿Quiero que mis hijos sean así?

I.: Al menos podríamos tratar de evitar la negación de nuestro condicionamiento pasado, al cual ya deberíamos conocer por completo, no fragmentariamente, y pensar cómo, en nuestras vidas cotidianas, cada uno de nosotros puede poner en funcionamiento, sin que haya motivo alguno para ello, una especie de amor universal hacia nuestros semejantes.

I'.: Yo diría que el problema no son los empleos en las grandes ciudades, pero tengo este problema con mis hijos; a mí me parece que debo darme cuenta de la cualidad de mi condicionamiento en la relación con mis hijos y con todo lo que me rodea. Éste parece ser mi problema, no las condiciones externas.

K.: ¿Qué haremos juntos?

I.: ¿Podemos considerar el temor?

K.: Podemos considerar el temor. Si usted amara a sus hijos, no los enviaría a escuelas en las que, por fuerza, serán condicionados de este modo. Aparentemente, ése no es un problema para usted. Habla de ello, pero no es un problema penetrante, exigente, urgente.

I.: La mayoría de la gente sólo va a trabajar todos los días y no matiza su trabajo con su recreación. Pero podría haber todo el tiempo un aprendizaje, y cuando suena la campana y uno está libre para irse, podría seguir aprendiendo. Uno puede adaptar su trabajo a su recreación, y su recreación a su trabajo, pero siempre continuando con un proceso de aprendizaje. ¿Cómo regresan a su casa muchas personar y cómo consideran su trabajo cuando no están en la oficina? ¿Cómo tratan de aprender más acerca de sus vidas, ya sea que se encuentren trabajando o en el hogar?

K.: Habiendo dicho eso, ¿dónde me encuentro? ¿Dónde se encuentra usted? ¿Seguimos tratando con lo que podría ser, con lo que debería ser, con lo que debe ser, o nos enfrentamos al hecho? ¿Comprende? Enfrentarse al hecho.

I.: Nos estamos enfrentando al hecho de que hay una separación entre nuestras vidas de trabajo y nuestro tiempo libre.

K.: ¿Nos enfrentamos al hecho de que somos parte de esta sociedad? Hemos contribuido a ellas, nuestros padres, nuestros abuelos y demás han contribuido a que exista esta sociedad, y nosotros estamos contribuyendo a ello. ¿Es eso un hecho? ¿Me doy cuenta de este hecho?

I.: Está muy claro que es así.

K.: Tomemos ese único punto y resolvámoslo despacio. ¿Nos damos cuenta, tal como nos damos cuenta del dolor, de un dolor de muelas, de que estamos contribuyendo a que exista esta sociedad? ¿Entiende? ¿Nos damos cuenta?

I.: Sí.

I'.: Sí, estamos contribuyendo a ella con los ojos de nuestro propio condicionamiento pasado si seguimos envueltos en él.

K.: Esos son los «si», los «debemos», «podríamos»... ¿No puede afrontar el hecho? Cuando decimos: «Soy parte de esa sociedad», ¿qué queremos decir con eso?... ¿No podemos reflexionar juntos acerca de esta única cosa? O sea, que nosotros, los seres humanos, hemos creado esta sociedad, no han sido los dioses, ni los ángeles, ni nadie; sólo los seres humanos hemos creado esta sociedad terrible, violenta, destructiva. Y somos parte de eso. Cuando decimos que somos parte de eso, ¿qué entendemos por esa palabra *parte?*

I.: La manera como usted aborda esto, ¿no establece ya una división entre uno mismo y la sociedad? En otras palabras, ¿existe tal cosa como la sociedad? Cuando usted afirma la existencia de esta monstruosa y horrible sociedad, eso es una abstracción diferente de las personas que se encuentran en esta sala.

K.: No, yo digo que la sociedad no se encuentra allá afuera; está aquí.

I.: ¿Aquí mismo?

K.: Sí, aquí mismo.

I.: Bueno, ¿no podríamos, entonces, trabajar todos juntos abandonando nuestro condicionamiento pasado respecto de las palabras que usted nos ha estado diciendo durante todos estos años, y comenzar a actuar en alguna forma que sea nueva y creativa?

K.: No podemos trabajar juntos. Eso es un hecho. No podemos pensar juntos, y no parecemos capaces de hacer nada juntos a menos que seamos forzados a ello, a menos que haya una crisis tremenda, como la guerra; entonces nos unimos todos. Si hay un terremoto, estamos todos involucrados en él. Pero eliminen los terremotos, las grandes crisis de las guerras, y estamos de vuelta en nuestros pequeños yoes separativos, peleando unos contra otros. ¡Es tan obvio!

¿Podemos simplemente considerar esto por un momento? Cuando decimos que somos parte de esa sociedad, ¿es eso una idea o es un hecho? Por idea entiendo un concepto, una imagen, una conclusión. ¿O es un hecho como el de tener un dolor de muelas?

I.: Yo soy esa sociedad.

K.: Yo soy esa sociedad. Entonces, ¿qué es lo que sucede allá afuera, a lo cual estoy contribuyendo? ¿Busco mi propia seguridad, mis propias experiencias, estoy sumergido en mis propios problemas, interesado en mis propias ambiciones? Por lo tanto, tal como la sociedad existe hoy en día, cada cual está luchando para sí. Y probablemente ése ha sido el proceso histórico desde el principio mismo: cada uno luchando para sí y, en consecuencia, cada uno opuesto al otro. Y bien, ¿nos damos cuenta de eso?

I.: Sí.

I'.: No sabemos qué hacer...

K.: Descubriremos qué hacer, pero empecemos desde eso que está muy cerca y después podremos proseguir. Estamos hablando de nuestra vida cotidiana, y ésta no sólo es parte de la sociedad, sino que también estamos fomentando esta sociedad mediante nuestras actividades. Entonces, como ser humano, ¿qué haré siendo parte de esta sociedad? ¿Cuál es mi responsabilidad? ¿Tomar drogas? ¿Dejarme crecer la barba? ¿Escaparme? ¿Cuál es mi responsabilidad?

I.: Hacer algo al respecto.

K.: Sólo puedo hacer algo al respecto cuando en mí mismo hay claridad.

I.: ¿No es sorprendente que, si somos claros y lógicos al respecto, podemos ser excluidos de la sociedad?

K.: Muy bien. Averigüemos, pues, cómo tener claridad en nosotros mismos. Cómo estar seguros acerca de las cosas. Averigüemos si uno puede tener seguridad tanto psicológica como física. Por lo tanto, si una mente es confusa, como lo es en la mayoría de las personas, ¿cómo puede extirparse esta confusión a fin de que haya claridad? Si hay claridad, a partir de ahí puedo actuar. ¿Correcto?

I.: Sí.

K.: ¿Cómo, entonces, he de tener claridad con respecto a la política, al trabajo, a la relación con mi esposa, con mi marido y demás, a mi relación con el mundo? ¿Cómo he de tener claridad cuando estoy tan confundido? Los gurus dicen una cosa, los sacerdotes dicen otra, los economistas y los filósofos sostienen algo diferente...

¿entiende? Los analistas dicen algo acerca del dolor primordial, o de lo que fuere. Todos vociferan, escriben, explican. Y yo estoy atrapado en eso y me confundo cada vez más. No sé qué hacer para tener claridad, no sé quién está en lo cierto, quién se equivoca... Ésa es nuestra situación, ¿verdad?

I.: Sí.

K.: De modo que me digo: Estoy confundido. Esa confusión ha sido causada por todas estas personas, cada una diciendo cosas diferentes. Así que estoy confundido. Por consiguiente, no voy a escuchar a ninguno de ustedes; voy a ver por qué estoy confundido. Empecemos a partir de ahí.

De Cartas a las escuelas, II

15 de noviembre de 1983

MEDIANTE LA OBSERVACIÓN tal vez aprenda uno más que de los libros. Los libros son necesarios para aprender una materia, ya sea matemáticas, geografía, historia, física, química... Los libros han impreso en una página el conocimiento acumulado de los científicos, los filósofos, los arqueólogos, etc. Este conocimiento acumulado que uno aprende en la escuela y después en el colegio o en la universidad, se ha reunido en el curso de los siglos desde días muy remotos. Existe un gran conocimiento acumulado procedente de la India, del antiguo Egipto, de la Mesopotamia, de los griegos, de los romanos y, por supuesto, de los persas. Tanto en el mundo occidental como en el oriental, este conocimiento es necesario para tener una profesión, para desempeñar cualquier trabajo, ya sea mecánico, teórico, práctico o algo que uno tiene que idear, inventar. Este conocimiento ha producido una gran tecnología, especialmente en el transcurso de este siglo. Está el conocimiento de los libros que llamamos sagrados los Vedas, los Upanishads, la Biblia, el Corán y las Escrituras hebreas. Tenemos, pues, los libros religiosos y los libros pragmáticos, libros que les ayudarán a adquirir conocimientos, a actuar con destreza, ya sea uno ingeniero, biólogo o carpintero.

Casi todos nosotros, en cualquier escuela, y particularmente en estas escuelas, recogemos conocimientos,

información, y es para eso que las escuelas han existido hasta ahora: para acopiar una gran cantidad de información sobre el mundo exterior, sobre los cielos, sobre por qué el mar es salado, o por qué crecen los árboles; información acerca de los seres humanos, de su anatomía, de la estructura del cerebro, y así sucesivamente. Y también acerca del mundo que nos rodea, de la naturaleza, del medio social, de la economía y de muchas cosas más. Tal conocimiento es absolutamente necesario, pero el conocimiento es siempre limitado. Por mucho que pueda desarrollarse, el acopio de conocimiento es siempre limitado. El aprender forma parte del proceso por el que se adquieren conocimientos acerca de diversas materias a fin de que uno pueda tener una profesión, un trabajo que tal vez lo agrade, o uno que las circunstancias, las exigencias sociales pueden haberle obligado a aceptar pese a que quizá no le agrade mucho esa clase de trabajo.

Uno aprende muchísimo observando, observando las cosas que lo rodean, observando a los pájaros, los árboles, los cielos, las estrellas, la constelación de Orión, la Osa Mayor, el lucero de la tarde. Aprende si observa no sólo las cosas que lo rodean, sino también a las personas, la manera como caminan, sus gestos, las palabras que emplean, el modo como visten. Uno observa así no sólo lo que está afuera, sino que también se observa a sí mismo, por qué piensa esto o aquello, su comportamiento, la conducta en la vida cotidiana, la razón de que sus padres quieran que haga esto o lo otro. Uno observa, no resiste. Si resiste, no aprende, o si llega a alguna clase de conclusión, a alguna opinión que considera correcta y se aferra a ella, entonces, naturalmente, jamás aprenderá. Para aprender es necesario que haya libertad, y también curiosidad, un sentimiento de querer saber por qué uno mismo u otros se comportan de cierta manera, por qué la gente se enfurece, por qué se enoja uno.

El aprender es extraordinariamente importante, porque el aprender no termina jamás. Aprender, por ejemplo,

por qué los seres humanos se matan unos a otros. Desde luego hay explicaciones en los libros, todas las razones psicológicas de que los seres humanos se comporten de esa manera tan propia y peculiar, las razones de que sean violentos. Todo esto ha sido explicado por autores eminentes, psicólogos, etc., en distintas clases de libros. Pero lo que leemos no es lo que somos. Lo que somos, el modo como nos conducimos, el porqué de nuestra ira, de nuestra envidia, de nuestras depresiones, lo aprendemos mucho más observándonos que por medio de un libro que nos dice lo que somos. Pero ya lo ve, es más fácil leer un libro acerca de uno mismo que observarse. El cerebro está acostumbrado a reunir información de todas las acciones y reacciones externas. ¿Acaso no encuentra uno mucho más cómodo que lo dirijan, que otros le digan lo que debe hacer? Los padres, especialmente en los países orientales, le dicen a uno con quién debe casarse y arreglan el matrimonio, le dicen qué carrera debe seguir. De ese modo, el cerebro acepta el camino fácil, y el camino fácil no siempre es el camino correcto. No sé si ha notado que ya nadie ama su trabajo, excepto quizás unos pocos científicos, artistas, arqueólogos. Pero al hombre común, al hombre promedio, raramente le gusta lo que hace. Está obligado por la sociedad, por sus padres o por el impulso de ganar más dinero. De modo que uno aprende observando muy, muy cuidadosamente el mundo exterior, el mundo que está fuera de uno mismo, el mundo interno, o sea, el mundo de uno mismo.

Parece haber dos maneras de aprender, una es adquirir una gran cantidad de conocimientos, primero mediante el estudio y después actuando desde ese conocimiento. Es lo que hace la mayoría de nosotros. La segunda es actuar, hacer algo y aprender por medio de la acción, lo cual también se convierte en acumulación de conocimientos. En realidad, las dos maneras son lo mismo: aprender de un libro o adquirir conocimientos por medio de la acción. Ambas se basan en el conocimiento, en la experiencia y,

como hemos dicho, la experiencia y el conocimiento son siempre limitados.

De manera que, tanto el educador como el estudiante, deben descubrir qué es realmente el aprender. Por ejemplo, uno aprende de un guru, si es que se trata de un guru absolutamente genuino, sensato, no el guru experto en ganar dinero, no uno de esos que quieren ser famosos y recorren diferentes países para acumular una fortuna merced a sus más bien desequilibradas teorías. Descubran qué es el aprender. Hoy en día, el aprender se está volviendo cada vez más una forma de entretenimiento. En algunas escuelas occidentales, cuando los estudiantes han aprobado el ciclo secundario, ni siquiera saben leer y escribir. Y cuando ustedes sí saben leer y escribir y aprenden diversas materias, ¡son personas tan mediocres! ¿Saben qué significa la palabra *mediocridad?* Según la raíz etimológica, significa ascender a medias la colina, sin alcanzar jamás la cumbre. Eso es la mediocridad, no exigir jamás lo excelente, lo más elevado de uno mismo. Y el aprender es infinito, realmente no termina jamás.

Entonces, ¿de quién están aprendiendo? ¿De los libros? ¿Del educador? Y tal vez, si la mente es brillante, ¿de la observación? Hasta donde parece, aprenden de lo externo; aprenden, acumulan conocimientos, y desde esos conocimientos actúan, determinan su carrera y demás. Si están aprendiendo de sí mismos o, más bien, si aprenden observándose a sí mismos, sus prejuicios, sus conclusiones definidas, sus creencias, si observan las sutilezas del propio pensamiento, su vulgaridad, su sensibilidad, entonces cada uno de ustedes se convierte en el maestro y el discípulo. Entonces no dependen internamente de nadie, de ningún libro, de ningún especialista, aunque si se sienten mal, si tienen alguna clase de enfermedad, desde luego, tienen que acudir a un especialista; eso es natural, necesario. Pero el depender de alguien, por excelente que pueda ser, les impide aprender acerca de sí mismos, de lo que son. Y es muy, muy importante aprender lo que uno es,

porque lo que uno es produce esta sociedad tan corrupta, tan inmoral, donde hay una extensión tan enorme de la violencia, esta sociedad tan agresiva donde cada cual busca su propio éxito particular, su propia forma de realización. Aprendan lo que son, apréndalo no por intermedio de otra persona, sino observándose así mismos, sin condenar, sin decir: «Esto está muy bien, soy así, no puedo cambiar», para seguir como antes. Cuando uno se observa a sí mismo sin ninguna forma de reacción o de resistencia, entonces ese mismo observar actúa; como una llama, quema las estupideces, las ilusiones que uno tiene.

De modo que el aprender se vuelve muy importante. Un cerebro que cesa de aprender se vuelve mecánico. Es como un animal amarrado a una estaca; puede moverse sólo según el largo de la cuerda, de la correa atada a la estaca. Casi todos estamos amarrados a nuestra propia estaca particular, una estaca y una cuerda invisibles. Uno se mueve de un lado a otro dentro de las dimensiones de esa cuerda, la cual es muy limitada. Es como un hombre que piensa todo el día en sí mismo, en sus problemas, en sus deseos, en sus placeres y en lo que le gustaría hacer. Ustedes conocen esta constante ocupación en uno mismo. Es muy, muy limitada. Y esa misma limitación engendra distintas formas de conflicto e infelicidad.

Los grandes poetas, pintores, compositores, jamás se satisfacen con lo que han hecho. Siempre están aprendiendo. No se trata de que dejen de aprender una vez que han aprobado sus exámenes y han ido a trabajar. Hay una gran fuerza y vitalidad en el aprender, especialmente en el aprender acerca de uno mismo. Aprendan, observen, de modo que no quede en ustedes un solo lugar que no haya sido visto, descubierto. Esto implica, verdaderamente, liberarse del propio condicionamiento particular. El mundo está dividido a causa de este condicionamiento: uno como indio, otro como americano, otro como inglés o ruso o chino, y así sucesivamente. Debido a este condi-

cionamiento existen las guerras, la matanza de millares de personas, la desdicha y la brutalidad.

Así que tanto el educador como el educando están aprendiendo en el profundo sentido de esa palabra. Cuando ambos están aprendiendo, no existen el educador y uno que deba ser educado. Sólo existe el aprender. El aprender libera al cerebro y al pensamiento, los libera del prestigio, de la posición y del nivel social.

El aprender da origen a la igualdad entre los seres humanos.

De Principios del aprender
Capítulo 13

Diálogo en la escuela de Brockwood Park
17 de junio de 1973

KRISHNAMURTI: El otro día estuvimos hablando de la cordura y la mediocridad, de lo que esas palabras significan. Nos preguntábamos si al vivir en este lugar como una comunidad, somos seres mediocres. Y también nos preguntábamos si estamos totalmente cuerdos, sanos, es decir, sanos física, mental y emocionalmente. ¿Somos personas equilibradas y sanas? Todo eso implican las palabras *cuerdo, total.* ¿Nos estamos educando mutuamente para ser mediocres, ligeramente insanos, ligeramente desequilibrados?

El mundo está completamente loco, enfermo, corrupto. Aquí, con nuestra educación, ¿estamos engendrando el mismo desequilibrio, la misma locura y corrupción? Ésta es una pregunta muy seria. ¿Podemos descubrir la verdad al respecto? No lo que pensamos que deberíamos ser desde el punto de vista de la cordura, sino descubrir realmente por nosotros mismos si nos estamos educando unos a otros para ser verdaderamente cuerdos y no mediocres.

Interlocutor: Muchos de nosotros tendremos un empleo al cual deberemos ir todos los días; muchos se casarán y tendrán hijos... son cosas que van a suceder.

K.: ¿Cuál es tu lugar en este mundo, como ser humano que se supone educado, que tiene que ganarse la vida,

un mundo donde podrás o no casarte, tener la responsabilidad de los hijos, una casa y una hipoteca, y tal vez quedar atrapado en eso por el resto de tu vida?

I.: Quizá confiamos en que alguien cuidará de nosotros.

K.: Eso significa que debes ser capaz de hacer alguna cosa. No puedes decir simplemente: «Por favor, cuiden de mí»; nadie va a hacerlo. No te deprimas por eso. Sólo considéralo, familiarízate con ello, conoce todas las tretas que las personas utilizan para engañarse unas a otras. Los políticos jamás producirán unidad en el mundo, al contrario; puede que no haya una guerra propiamente dicha, pero hay en marcha una guerra económica. Si uno es un científico, es esclavo del gobierno. Todos los gobiernos están más o menos corruptos, algunos más, otros menos, pero todos están corruptos. Mira, pues, todo esto sin deprimirte, sin decir: «¿Qué voy a hacer, cómo me enfrentaré a esto si no tengo la capacidad?» Tendrás la capacidad; cuando sepas cómo mirar, tendrás una capacidad tremenda.

¿Cuál es, entonces, tu lugar en todo esto? Si ves la totalidad, entonces puedes formularte esa pregunta, pero si meramente te dices: «¿Qué voy a hacer?», y no ves lo total, entonces estás atrapado, entonces no hay respuesta a esa pregunta.

I.: No hay duda de que lo primero para nosotros es discutir estas cosas abiertamente. Pero pienso que las personas temen un poco discutir con libertad. Tal vez podría verse amenazado aquello que realmente les importa.

K.: ¿Tú sientes temor?

I.: Si digo que lo que deseo es un automóvil veloz, entonces quizás haya alguien que cuestione eso.

K.: Tiene que ser cuestionado. Todo el tiempo recibo cartas que me cuestionan; he sido retado desde mi niñez.

I.: Señor, hay algo que siempre me preocupa cuando discutimos estas cosas. Se dice que vivimos en una sociedad industrial altamente mecanizada y que si algunos de nosotros podemos optar por estar fuera de ella, es porque hay otros que sí van a la oficina y trabajan y se vuelven mecánicos.

K.: Por supuesto.

I.: Nosotros no podríamos tener tal opción sin esas personas que cumplen con su mecánica y desdichada existencia.

K.: No. La cuestión es cómo vivir en este mundo sin pertenecer a él. ¿Cómo vivir en medio de esta locura y, no obstante, estar cuerdo?

I.: ¿Dice usted que el hombre que va a la oficina y lleva una vida aparentemente mecánica, podría hacer todo eso y, aun así, ser una clase diferente de ser humano? En otras palabras, no es necesariamente el sistema...

K.: Este sistema, sea lo que fuere, torna mecánica la mente.

I.: Pero *¿tiene* que tornarla mecánica?

K.: Eso es lo que ocurre.

I.: Todos los jóvenes deben enfrentarse al hecho de que crecen y ven que pueden tener que aceptar un trabajo que les acarree esa mecanización. ¿Puede haber otra respuesta a ello?

K.: Mi pregunta es: ¿Cómo vivir cuerdamente en este mundo loco? Aunque tenga que ir a la oficina y ganarme el sustento, debe haber un corazón diferente, una mente distinta. ¿Existen ese corazón y esa mente aquí, en este lugar? ¿O sólo estamos dándole vueltas a la noria para ser arrojados dentro de este mundo monstruoso?

I. 1: Gracias a la automatización, no hay ninguna necesidad de tener durante seis días a la semana un trabajo de nueve a cinco. Lo que ocurre es que esta época nos proporciona el tiempo extra para atender a nuestro otro lado.

I. 2: Pero decimos que queremos ocio y no sabemos cómo emplearlo.

I. 3: ¿No hay nada malo, seguramente, en ganarse la vida?

K.: Nunca dije que fuera malo ganarse la vida; uno tiene que ganar su subsistencia. Yo me gano la vida hablando a la gente en muchos lugares. Lo he estado haciendo durante cincuenta años y amo lo que hago. Hago lo que realmente creo que es correcto, verdadero; para mí, ése es el modo de vivir, un modo que nadie me ha impuesto. Ésa es mi manera de ganarme la vida.

I.: Yo quería decir, justamente, que usted puede hacer eso porque hay personas que se ocupan de que vuelen los aviones.

K.: Por supuesto, lo sé; sin ellas yo no podría viajar. Pero si no hubiera aviones yo permanecería en un sitio, en el pueblo donde he nacido, y ahí seguiría haciendo la misma cosa.

I.: Sí, pero en esta sociedad altamente mecanizada, donde la ganancia es el motivo, éste es el modo como las cosas están organizadas.

K.: No, otras personas hacen el trabajo sucio, y yo hago el trabajo limpio.

I.: ¿Así es que uno procura hacer el trabajo limpio?

K.: De eso se trata.

I.: Pero aparte de ganarnos la vida, tenemos que empezar a darnos cuenta de que para vivir cuerdamente y, aun así, ganarnos la vida en este mundo, tiene que haber una revolución interna.

K.: Estoy planteando la misma cuestión de una manera diferente. ¿Cómo he de vivir cuerdamente en este mundo insano? Eso no significa que no voy a ganarme la vida, que no voy a casarme, que no voy a asumir responsabilidades. Para vivir cuerdamente en este mundo insano, debo negar ese mundo y dentro de mí tiene que producirse una revolución a fin de que me vuelva cuerdo y funcione cuerdamente. Ése es todo mi planteo.

I.: Debido a que me han criado de una manera loca, tengo que cuestionarlo todo.

K.: Eso es la educación. A ti te han enviado aquí, o viniste aquí, contaminado por un mundo demente. No te engañes a ti mismo, has sido condicionado por este mundo loco moldeado por las generaciones pasadas que incluyen a tus padres, y vienes aquí y tienes que librarte de tu condicionamiento, tienes que experimentar un cambio tremendo. ¿Ocurre ese cambio? ¿O sólo dicen: «Bueno, hacemos un poco de trabajo útil aquí y allá, día tras día», y para la época en que dejen este lugar, dentro

de dos o cuatro años, se despedirán habiendo hecho una pequeña labor de remiendos?

I.: Parece haber un conflicto entre lo que queremos, lo que deseamos hacer, y lo que es necesario.

K.: ¿Qué es lo que deseas hacer? Quiero ser ingeniero porque veo que eso produce muchísimo dinero, esto o aquello. ¿Puedo confiar en ese deseo? ¿Puedo fiarme de mis instintos que han sido tan deformados? ¿Puedo confiar en mis pensamientos? ¿En qué he de confiar? Por lo tanto, la educación está para crear una inteligencia que no es mero instinto o deseo o algún requerimiento mezquino, sino una inteligencia que habrá de funcionar en este mundo.

Nuestra educación en Brockwood, ¿está ayudándoles a ser inteligentes? Entiendo por esa palabra, ser muy sensibles, no a los propios deseos, sino sensibles al mundo, a lo que ocurre en el mundo. Por cierto, la educación no consiste meramente en impartirles conocimientos, sino en darles también la capacidad de mirar objetivamente el mundo, de ver lo que está sucediendo: guerras, destrucción, violencia, brutalidad. El propósito de la educación es descubrir cómo vivir de manera diferente, no sólo aprobar exámenes, conseguir un título, llegar a ser competente en ciertas actividades. Su función es ayudarles a encarar el mundo de un modo totalmente distinto, inteligente, un modo en el cual sepan que deben ganarse la vida, en el que conozcan todas las responsabilidades, las desdichas que todo eso implica. Mi pregunta es: ¿Aquí se está haciendo eso? ¿Está el educador educándose al igual que el estudiante?

I.: Su pregunta es también mi pregunta. Pregunto si esa educación tiene lugar aquí.

K.: ¿Preguntas si una educación semejante tiene

lugar aquí en Brockwood, una educación que te ayude a volverte tan inteligente, tan alerta que puedas enfrentarte a esta locura? Si así no fuera, ¿de quién es la culpa?

I.: ¿Cuál es la base que hace posible esta educación?

K.: Mira, ¿por qué recibes una educación?

I.: Realmente, no lo sé.

K.: Por lo tanto, tienes que averiguar qué significa la educación, ¿no es así? ¿Qué es la educación? ¿Consiste en proveerles de información, de conocimiento sobre diversos temas, etc., de un buen adiestramiento académico? Debe ser eso, ¿verdad? Millones de personas son lanzadas al mundo por los colegios y las universidades.

I.: Le dan a uno las herramientas con las que ha de vivir.

K.: Pero ¿qué manos van a usarlas? Son las mismas manos que han producido este mundo, el mundo de las guerras y todo lo demás.

I.: Quiere decir que las herramientas están ahí, pero que si no hay una revolución interna, psicológica, uno empleará esas herramientas del mismo viejo modo y mantendrá así la continuidad de la corrupción. Eso es lo que pregunto.

K.: Si esta revolución no ocurre aquí, entonces, ¿a qué se debe? Y si ocurre, ¿afecta de hecho la mente, o sigue siendo una idea y no una realidad como la de tener que comer tres veces al día? *Ésa* es una realidad, alguien tiene que cocinar, no se trata de una idea.

Les pregunto, pues: ¿Tiene lugar aquí esta clase de educación de la que estamos hablando? Si es así, averi-

güemos cómo podemos vigorizarla, darle vida. Y si no es así, averigüemos por qué.

I.: Eso no parece que esté ocurriendo en toda la escuela.

K.: ¿Por qué no? Puede estar ocurriendo con unos pocos individuos aquí y allá... ¿Por qué no ocurre con todos nosotros?

I.: Yo siento que es como una semilla que quiere germinar, pero el suelo de arriba es demasiado duro.

K.: ¿Has visto crecer la hierba a través del cemento?

I. 1: Bueno, por lo visto, ésta es una semilla débil. *(Risas).*

I. 2: Pero ¿nos damos cuenta de que somos mediocres, y queremos realmente salirnos de ello? Ésa es la cuestión.

K.: Yo te pregunto: ¿Eres mediocre? No empleo una palabra en ningún sentido despectivo; la uso tal como la describe el diccionario. Uno está obligado a ser burgués si sólo persigue sus propias insignificantes actividades en vez de ver la totalidad, o sea, el mundo como algo total y el pequeño lugar particular que uno ocupa en el mundo, no a la inversa. La gente no ve lo total, todos persiguen sus pequeños deseos, sus pequeños placeres, sus pequeñas vanidades y brutalidades, pero si vieran la totalidad y comprendieran el lugar que ocupan en ella, su relación con lo total sería por completo diferente.

Tú, que vives en Brockwood como estudiante dentro de una pequeña comunidad, en relación con tus maestros y tus compañeros estudiantes, ¿ves la totalidad de lo que está ocurriendo en el mundo? Eso es lo primero; verlo

objetivamente, sin emocionalismo, sin prejuicios, sin parcialidad, simplemente mirarlo. Los diversos gobiernos no resolverán este problema, y los políticos no se interesan en esto. Ellos desean mantener más o menos el *statu quo* con algún pequeño cambio aquí y allá. No quieren la unidad del hombre, quieren la unidad de Inglaterra. Pero incluso ahí, los diferentes partidos políticos no dicen: «Unámonos todos y averigüemos qué es lo mejor para el hombre.»

I.: Pero usted no dice que eso no es posible, ¿verdad?

K.: Ellos no lo hacen.

I.: ¿Nosotros, sí?

K.: Nosotros observamos; en primer lugar, observamos el mundo. Y cuando uno ve la cosa total, ¿cuál es su deseo en relación con lo total? Si uno no ve lo total y sólo persigue su instinto o tendencia o deseo particular, ésa es la esencia de la mediocridad, es lo que está ocurriendo en el mundo.

Mira, en tiempos antiguos, las personas realmente serias decían: «No tendremos nada que ver con el mundo, nos haremos monjes, nos convertiremos en predicadores, viviremos sin propiedades, sin casarnos, sin posición alguna en la sociedad. Somos maestros, recorreremos los pueblos y el país, habrá personas que nos alimentarán y nosotros enseñaremos moralidad a los hombres, les enseñaremos cómo ser buenos, cómo no odiarse unos a otros.» Eso es lo que solía suceder, pero nosotros ya no podemos hacer eso. En la India todavía se puede, uno puede andar mendigando de norte a sur y de este a oeste. Se pone cierta túnica y ellos lo alimentarán y le darán ropas, porque eso forma parte de la tradición de la India. Pero aun eso está comenzando a declinar por la cantidad de charlatanes que hay.

Por lo tanto, tenemos que ganarnos la subsistencia, tenemos que vivir en este mundo una vida que sea inteligente, cuerda, no mecánica; ése es el punto. Y la educación está para ayudarnos a ser cuerdos e inteligentes, no mecánicos. Siempre repito esto. Ahora bien, ¿de qué modo nosotros, tú y yo, discutiremos esto a fin de averiguar lo que somos realmente y ver si eso que somos puede ser cambiado en su totalidad? Así que primero mírate a ti mismo, no lo evites, no digas: «¡Qué terrible, qué feo!» Observa simplemente si tienen todas las tendencias a la locura que han dado origen a este mundo horrible. Y si observas tus propias desviaciones particulares, descubre el modo de cambiar. Conversemos sobre ello, eso es la relación, eso es la amistad, el afecto, el amor. Es hablar sobre ello y decir: «Vea, soy codicioso, me siento terriblemente tonto.» ¿Puede eso ser cambiado radicalmente? Ello forma parte de nuestra educación.

I.: Es cuando me siento inseguro que me vuelvo tonto.

K.: Por supuesto. Pero ¿te sientes inseguro? No teorices al respecto. ¿Estás buscando seguridad, seguridad en alguien, en una profesión, en alguna cualidad o en una idea?

I.: Uno necesita seguridad.

K.: ¿Ves como la defiendes? Primero averigua si estás buscando seguridad; no digas que uno la necesita. Después veremos si es necesaria o no, pero primero tienes que ver si estás buscando seguridad. ¡Por supuesto que la estás buscando! ¿Has comprendido el significado y las implicaciones de la palabra *depender?* Depender del dinero, depender de la gente, de las ideas... todo proveniente del exterior. Depender de alguna creencia, o de la imagen que uno tiene de sí mismo: de que es un gran

hombre, de que posee esto o aquello... ya conoces todo este desatino. Por lo tanto, tienes que comprender cuáles son las implicaciones de esa palabra y si estás atrapado en esas cosas. Si ves que dependes de alguien para tu seguridad, entonces empiezas a cuestionar, empiezas a aprender. Aprendes qué implica la dependencia, qué implica el apego. Aprendes que en la seguridad están envueltos el temor y el placer. Cuando no hay seguridad, te sientes perdido, solo; y cuando te sientes solo, escapas, escapas por medio de la bebida, de las mujeres, o lo que fuere que hagas. Actúas neuróticamente porque en realidad no has resuelto este problema

Averigua, pues, aprende cuáles son de hecho, no en teoría, el significado, la importancia y las implicaciones de esa palabra. Aprende, eso forma parte de nuestra educación. Yo dependo de ciertas personas. Dependo de ellas para mi seguridad, para mi protección, mi dinero, mi placer, etc. Por lo tanto, si ellas hacen algo que me trastorna, me atemorizo, me irrito, me enojo, me siento celoso, frustrado, y entonces salgo corriendo y clavo mis uñas en alguna otra persona. El mismo problema prosigue todo el tiempo. Por consiguiente, me digo: Veamos primero qué significa esto. Necesito dinero, alimentos, ropas y un techo, ésas son cosas normales. Pero cuando entra en juego el dinero, comienza todo el ciclo. Así es que debo aprender y saber acerca de la cosa en su totalidad; no después de haberme ya comprometido, entonces es demasiado tarde. Me comprometo al casarme con alguien, y entonces estoy atrapado, dependo de alguien y la batalla comienza: quiero ser libre pero estoy preso en mis responsabilidades, en la hipoteca.

Aquí hay un problema. Este muchacho dice: «Debo tener seguridad.» Yo contesté: Antes de decir «debo», averigua qué significa eso, aprende al respecto.

I.: Debo tener comida y ropas y una casa.

K.: Sí, prosigue.

I.: Para tener eso necesito ganar el dinero suficiente.

K.: De modo que haces lo que puedes. ¿Qué ocurre, entonces?

I.: Para ganar este dinero dependo de alguien...

K.: Dependes de la sociedad, de tu patrón, del que te emplea. Él te persigue por todas partes, es brutal, y tú lo toleras porque dependes de él. Eso es lo que está sucediendo en todo el mundo. Por favor, míralo primero, como miras un mapa. Tú dices: «Tengo que ganarme la vida. Sé que al ganarme la vida dependo de la sociedad tal como existe. Ello me exige tantas horas diarias durante cinco o seis días a la semana, y si no me gano la vida no tengo nada. Ésa es una cosa. Y también dependo internamente de mi esposa o de un sacerdote o de un consejero.» ¿Comprendes?

I.: Sabiendo, pues, todo eso, no me casaré. Veo la dependencia, todas las dificultades que sobrevendrán.

K.: No estás aprendiendo. No digas que no te casarás, primero observa el problema. Necesito alimentos, ropas y un techo, ésas son necesidades primarias y debido a ellas dependo de la sociedad tal como es, ya sea una sociedad comunista o capitalista. Sé eso y voy a mirar en otras direcciones; necesito seguridad emocionalmente, y eso implica depender de alguien, de mi esposa, de los amigos, de los vecinos, no importa de quién. Y cuando dependo de alguien, siempre hay temor. Estoy aprendiendo, todavía no digo qué debo hacer. Dependo de otro; el otro es mi hermano, mi esposa, etc., y en el momento en que esa persona me deja, estoy perdido, tengo miedo y hago cosas neuróticas. Veo que a eso conduce depender de la gente.

También me pregunto: ¿Dependo de las ideas? De una creencia, como la de que existe un Dios —o no—, de que debemos tener una hermandad universal, lo que fuere; ésa es otra forma de dependencia. Y viene alguien y dice: «¡Qué desperdicio es todo esto! Estás viviendo en un mundo de ilusión.» Eso me sacude y digo: ¿Qué puedo hacer? Entonces, en lugar de aprender sobre ello, me adhiero a algún otro culto. ¿Alcanzas a ver todo esto? ¿Descubres que en ti mismo eres insuficiente y que por eso dependes? Entonces buscas suficiencia dentro de ti: «Yo estoy muy bien, he encontrado a Dios, aquello en que creo es verdadero, mi experiencia es lo real.» Así que uno se pregunta: «Qué hay tan completamente seguro que nunca sea perturbado?»

I.: Yo no veo dependencia en las dos cosas que usted mencionó...

K.: Nos preguntamos cuáles son las implicaciones del deseo de seguridad. Estamos mirando el mapa de la seguridad. Éste muestra que dependo del alimento, la ropa y el techo por trabajar en una sociedad corrupta, y veo qué efecto produce depender de las personas. No digo que deba o no deba ser así. El mapa dice: Mira, este camino conduce al temor, al placer, a la ira, a la satisfacción, a la frustración y la neurosis. Y también dice: Mira el mundo de las ideas. Depender de las ideas es la más endeble forma de seguridad; las ideas son sólo palabras que se han vuelto realidad como una imagen; tú vives a base de una imagen. Y ese mapa dice: Sé autosuficiente. De modo que dependo de mí mismo, debo confiar en mí mismo. ¿Qué soy yo mismo? Soy el resultado de todo esto. Por lo tanto, el mapa le ha mostrado a uno todas estas cosas y ahora uno se pregunta: «¿Dónde hay seguridad completa, incluyendo un empleo y todo lo demás?» ¿Dónde la encontrarás?

I.: Uno la encuentra cuando no tiene temores.

K.: No has comprendido lo que estoy diciendo. Pon un mapa de éstos frente a ti. Míralo en su totalidad: la seguridad física, la emocional, la intelectual, y la seguridad en tus propios pensamientos, en tus propios sentimientos, en la confianza que tienes en ti mismo. Te dices: «¡Qué endeble es todo esto!» Mirándolo todo, y viendo su endeblez, su incapacidad, la falta de realidad que hay tras de ello, ¿dónde está, entonces, la seguridad? Es el aprender acerca de esto lo que trae inteligencia. Por lo tanto, en la inteligencia hay seguridad. ¿Has comprendido esto?

I.: ¿Puede uno vivir sin seguridad?

K.: No has aprendido a mirar antes que nada. Has aprendido a mirar a través de tu imagen particular; esa imagen te ha dado una sensación de seguridad. Así que aprende primero a mirar el mapa, deja a un lado la imagen de lo que tú piensas que es la seguridad —que debes tenerla— y simplemente mira. ¿Cuáles son las implicaciones del deseo de seguridad? Cuando encuentras que no hay seguridad en nada que haya buscado, que no hay seguridad en la muerte ni hay seguridad en el vivir, cuando ves todo eso, entonces el mismo ver el hecho de que no hay seguridad en las cosas que uno ha buscado, es inteligencia. Esa inteligencia te da seguridad completa.

Así, el aprender es el principio de la seguridad. El acto de aprender es inteligencia, y en el aprender hay una seguridad extraordinaria. ¿Estás aprendiendo aquí?

I.: En la familia dicen que, a fin de ganarse la vida, uno debe arreglárselas para tener cierta cantidad de conocimientos. Existe esta idea acerca de la seguridad, esta necesidad básica.

K.: Eso es muy cierto. Tu familia, la tradición dice que debes tener seguridad física, que debes tener un

empleo, conocimientos, una técnica, que debes especializarte, que debes ser esto y aquello a fin de tener seguridad.

I.: Eso es una idea.

K.: Necesito dinero, eso no es una idea; todo lo demás es una idea. La continuidad física es seguridad, es lo real; todo lo demás carece de realidad. Y ver eso es inteligencia. En esa inteligencia existe la más completa seguridad; yo puedo vivir en cualquier parte, en el mundo comunista o en el mundo capitalista.

¿Recuerdas que el otro día dijimos que meditar es observar? Ése es el principio de la meditación. No puedes observar este mapa si en tu mente existe la más ligera distorsión, si tu mente está deformada por el prejuicio, por el temor. Mirar este mapa es mirar sin prejuicio. Por lo tanto, aprende en la meditación qué es el estar libre de prejuicio; eso forma parte de la meditación, no el sentarse simplemente en algún lugar con las piernas cruzadas. Es algo que lo torna a uno tremendamente responsable, no sólo para consigo mismo y su relación personal, sino con respecto a todo lo demás, el jardín, los árboles, las personas que a uno lo rodean... todo se vuelve extremadamente importante.

Ser serio es también tener diversión. Tú no puedes ser serio si careces de diversión. El otro día hablamos acerca del yoga, ¿verdad? Les enseñé algunos ejercicios respiratorios. Deben hacer todo eso como una diversión, tienen que disfrutar las cosas, ¿entiendes?

I.: Hay ciertas cosas como el aprender; no creo que sea posible discutirlas con un sentido de diversión.

K.: ¡Oh, sí! Es posible. Mira, es divertido aprender. Ver cosas nuevas es una gran diversión; te da una energía enorme hacer un descubrimiento de ti mismo, no si algún

otro lo descubre y te habla de ello, porque entonces eso es de segunda mano. Cuando estás aprendiendo, es divertido ver algo totalmente nuevo, igual que descubrir un nuevo insecto, una nueva especie. Descubrir cómo funciona mi mente, ver todos sus matices, las sutilezas... es divertido aprender acerca de todo eso.

El recto vivir

De Preguntas y respuestas
Saanen, 24 de julio de 1980

INTERLOCUTOR: Trabajo como maestro y estoy en constante conflicto con el sistema de la escuela y el modelo de sociedad. ¿Debo renunciar a todo el trabajo? ¿Cuál es el medio correcto de ganarse la vida? ¿Hay una manera de vivir que no perpetúe el conflicto?

Krishnamurti: Ésta es una pregunta más bien compleja y la investigaremos paso a paso.

¿Qué es un maestro? Un maestro, o bien imparte información acerca de historia, física, biología y demás, o está aprendiendo acerca de sí mismo junto con el estudiante. Éste es un proceso de comprender el movimiento total de la vida. Si soy un maestro, no de biología o física, sino de psicología, ¿el estudiante me comprenderá a mí, o lo que señalo le ayudará a comprenderse a sí mismo?

Debemos ser muy cuidadosos y claros acerca de lo que entendemos por un maestro. ¿Hay en absoluto un maestro de psicología? ¿O sólo hay maestros de hechos? ¿Hay un maestro que le ayudará a uno a comprenderse a sí mismo? El interlocutor dice: Soy un maestro. Tengo que luchar no sólo con el sistema establecido de las escuelas y la educación, sino que también mi vida es una constante batalla conmigo mismo. ¿Debo renunciar a todo esto? Si renuncio, entonces ¿qué haré? Él pregunta

no sólo cuál es la enseñanza correcta, sino que también quiere descubrir qué es el recto vivir.

¿Qué es el recto vivir? Tal como la sociedad existe hoy en día, no hay una manera recta de vivir. Uno tiene que ganarse la vida, se casa, tiene hijos, se vuelve responsable por ellos, y así acepta la vida de ingeniero o de profesor. Tal como la sociedad es, ¿puede haber una manera recta de vivir? ¿O la búsqueda de una manera recta de vivir es tan sólo la búsqueda de una utopía, un deseo por algo más? ¿Qué puede hacer uno en una sociedad corrupta, tan contradictoria en sí misma y en la que hay tanta injusticia, porque ésa es la sociedad en que vivimos? Y me pregunto, no sólo como maestro en una escuela: ¿Qué debo hacer?

¿Es posible vivir en esta sociedad, no sólo teniendo un recto medio de vida, sino también vivir sin conflicto? ¿Es posible ganarse la vida rectamente y también poner fin a todo conflicto interno? Ahora bien, ¿están separadas estas dos cosas: ganarse la vida rectamente y no tener conflicto interno alguno? ¿O ambas marchan juntas? Vivir una vida sin ningún tipo de conflicto requiere mucha comprensión de uno mismo y, por lo tanto, gran inteligencia; no la hábil inteligencia del intelecto, sino la capacidad de observar, de ver objetivamente lo que ocurre tanto externa como internamente, y de saber que no hay diferencia entre lo externo y lo interno. Es como la marea que sale y entra. ¿Es posible, entonces, vivir en esta sociedad que nosotros hemos creado, vivir en ella sin ningún conflicto interno y, al mismo tiempo, tener un recto medio de vida? ¿En qué debo poner el énfasis, en el recto medio de vida o en el recto vivir, o sea, en descubrir cómo vivir una vida sin conflicto alguno? ¿Qué viene primero? No se limiten a dejarme hablar y a escucharme concordando o discrepando, diciendo: «Eso no es práctico. No es como esto, no es como aquello», porque se trata del problema de ustedes. Nos estamos preguntando el uno al otro: ¿Existe una manera de vivir que

produzca naturalmente un recto medio de vida y, al mismo tiempo, nos capacite para vivir sin la más leve sombra de conflicto?

Se ha dicho que uno no puede vivir de esa manera excepto como monje en un monasterio; así, por renunciar al mundo con todas sus desdichas y ponerse al servicio de Dios, por consagrar su vida a una idea, a una persona, a una imagen o un símbolo, uno supone que será cuidado. Pero son muy pocos ya los que creen en los monasterios, o los que dicen: «Renunciaré a mí mismo.» Si de veras renuncian a sí mismos, será entregándose a la imagen que han creado de otro o que ellos mismos han proyectado.

Vivir una vida sin un sólo vestigio de conflicto sólo es posible cuando hemos comprendido el total significado del vivir, el cual es relación y acción. ¿Qué es la recta acción en *todas* las circunstancias? ¿Existe tal cosa? ¿Hay una acción así que sea absoluta, no relativa? La vida es acción, movimiento, es hablar, adquirir conocimientos, y es también la relación con otro, por profunda o superficial que sea. Uno tiene que encontrar la relación correcta si desea encontrar una recta acción que sea absoluta.

¿Cuál es nuestra presente relación con otro, no la cosa romántica, imaginativa, florida y superficial que desaparece en unos cuantos minutos, sino cuál es verdaderamente nuestra relación con otro? ¿Cuál es su relación con una persona en particular, relación que puede ser íntima, contener sexo, dependencia y posesión mutua y, por lo tanto, generar celos y antagonismo? El hombre o la mujer se marchan a la oficina, o a hacer alguna clase de trabajo físico, y allí él o ella son ambiciosos, codiciosos, competidores, audaces, a fin de triunfar; él o ella regresan al hogar, donde se convierten en un esposo o una esposa mansos, amables y tal vez afectuosos. Eso es la relación cotidiana. Nadie puede negarlo. Y preguntamos: ¿Es ésa una verdadera relación? Decimos que no, por cierto que no, decimos que sería absurdo afirmar que ésa es una

relación verdadera. Lo decimos, pero continuamos del mismo modo. Decimos que eso está mal, pero no parecemos capaces de entender qué es la verdadera relación, excepto conforme al patrón establecido por nosotros mismos, por la sociedad.

Podemos desear una relación así, podemos anhelarla, pero el desearla y el anhelarla no van a producirla. Tenemos que investigar esto seriamente a fin de descubrir.

La relación es generalmente sensual, empecemos por ahí; en la sensualidad se origina un sentimiento de compañerismo, un sentido de dependencia mutua; entonces viene la creación de una familia, la cual aumenta ese sentido de dependencia. Cuando en esa dependencia hay incertidumbre, las cosas se salen de cauce. Para descubrir qué es una verdadera relación, uno debe investigar esta gran dependencia mutua. Psicológicamente, ¿por qué dependemos tanto de otro en nuestras relaciones? ¿Es que nos sentimos desesperadamente solos? ¿Es que no podemos confiar en nadie, ni siquiera en nuestra propia esposa, en nuestro esposo? Por otra parte, la dependencia nos da un sentimiento de seguridad, una protección contra este enorme mundo de terror. Decimos: «Te amo.» En ese amor está siempre el sentimiento de poseer y ser poseído. Y cuando esa situación se ve amenazada, surge todo el conflicto. Ésa es nuestra presente relación de unos con otros, ya sea íntima o de otra clase. Creamos una imagen el uno del otro y nos aferramos a esa imagen.

En el momento en que estamos atados a otra persona, o atados a una idea, a un concepto, ha comenzado la corrupción. Eso es lo que hay que comprender y no queremos comprenderlo. ¿Podemos, entonces, vivir juntos sin estar apegados sin depender psicológicamente el uno del otro? A menos que descubran esto, vivirán siempre en conflicto, porque la vida es relación. Ahora bien, ¿podemos, de manera objetiva, sin que haya un motivo, observar las consecuencias del apego y abandonarlo inmediatamente. El apego no es lo opuesto del desapego. Estoy

apegado y lucho por desapegarme, o sea, creo el opuesto. Tan pronto he creado el opuesto, surge el conflicto. Pero el opuesto no existe; sólo existe lo que tengo, que es el apego. Sólo existe el hecho del apego, no la persecución del desapego; en ese hecho veo todas las consecuencias del apego, en las cuales no hay amor. El cerebro ha sido condicionado, educado, adiestrado para observar lo que es y crear su opuesto: «Soy violento pero no debo ser violento»; en consecuencia, hay conflicto. Pero cuando sólo observo la violencia, su naturaleza —observo, no analizo—, entonces el conflicto del opuesto queda totalmente eliminado. Si uno quiere vivir sin conflicto, habérselas sólo con «lo que es», no existe nada más que eso. Y cuando uno vive de ese modo —y es posible vivir de ese modo— y permanece completamente con «lo que es» se marchita y muere. Experimenten con ello.

Cuando uno comprende realmente la naturaleza de la relación, la cual existe sólo cuando no hay apego, cuando no hay imagen con respecto al otro, entonces hay una verdadera comunión mutua.

La recta acción implica una acción precisa, exacta, no basada en motivo alguno; es una acción no dirigida hacia un fin, no comprometida con nada. Al comprender la recta acción, la verdadera relación, abrimos el camino a la inteligencia. No a la inteligencia del intelecto, sino a la profunda inteligencia que no es suya ni mía. Esa inteligencia dispondrá la actividad que usted habrá de desarrollar para ganarse la vida; cuando existe esa inteligencia, uno puede ser jardinero, cocinero, no importa qué. Sin esa inteligencia, su medio de vida será dictado por las circunstancias.

Hay una manera de vivir en la que no existe el conflicto; a causa de que no hay conflicto; hay inteligencia, la cual le mostrará el recto modo de vivir.

De El último diario

Brockwood Park,
30 de mayo de 1983

HA ESTADO lloviendo aquí todos los días por más de un mes. Cuando uno viene de un clima como el de California, donde las lluvias cesaron hace más de un mes, donde los campos verdes estaban secándose y tornándose pardos bajo un sol muy ardiente (hacía más de 33° C y el calor sería aún mayor, aunque dicen que éste va a ser un verano benigno), cuando uno viene de ese clima, se sorprende y asombra de ver la hierba verde, los maravillosos árboles verdes y las hayas cobrizas que, de un color castaño difuso y claro, se vuelven gradualmente más y más oscuras. Es un deleite verlas en medio de los árboles verdes. A medida que avance el verano, van a oscurecerse mucho más. Y esta tierra es muy bella. La tierra es siempre bella, ya sea un desierto o esté llena de huertos y praderas verdes, resplandecientes.

Salir a dar un paseo por los campos con el ganado y los jóvenes corderos, y recorrer los bosques con el canto de los pájaros, sin un solo pensamiento en la mente, sólo observando la tierra, los árboles, las ovejas y escuchando el llamado del cuclillo y el canto de las palomas torcazas... Pasear sin emocionalismos ni sentimentalismos, contemplando los árboles y toda la tierra... Cuando uno observa así, aprende acerca de su propio pensamiento, se da cuenta de sus propias reacciones y no permite que escape un solo pensamiento sin haber comprendido cómo

surgió, cuál fue su causa. Si uno está alerta, sin dejar pasar jamás un pensamiento, el cerebro se queda muy quieto. Entonces uno observa en gran silencio, ese silencio tiene una profundidad inmensa, una perdurable e incorruptible belleza.

El muchacho era diestro en los juegos, realmente muy bueno. También era bueno en sus estudios; era serio. Un día vino, pues, a ver a su maestro y dijo: «Señor, ¿podría conversar con usted?» El educador dijo: «Sí podemos conversar; salgamos a dar un paseo.» De modo que sostuvieron un diálogo. Fue una conversación entre el educador y el educando, una conversación en la que había cierto respeto por ambas partes, y como el educador también era serio, la conversación fue agradable, amistosa, ya que ambos habían olvidado que eran un maestro con un estudiante; olvidaron el rango, la importancia de uno que sabe, la autoridad, frente al otro curioso por aprender.

«Señor, me pregunto si usted sabe las razones de todo esto, por qué estoy adquiriendo una educación, qué parte jugará ella cuando yo sea adulto, cuál es mi papel en este mundo, por qué tengo que estudiar, por qué debo casarme y cuál será mi futuro. Desde luego, me doy cuenta de que debo estudiar y aprobar algún tipo de exámenes, y espero ser capaz de aprobarlos. Probablemente viviré una cantidad de años, tal vez cincuenta, sesenta o más y en todos esos años futuros, ¿cuál será mi vida y la vida de las personas que me rodeen? ¿Qué voy a ser, y cuál es el sentido de estas largas horas que paso sobre los libros y oyendo a los maestros? Podría haber una guerra devastadora, nos podrían matar a todos. Si la muerte es todo lo que hay por delante, ¿cuál es, entonces, el sentido de toda esta educación? Por favor, formulo estas preguntas muy seriamente porque he escuchado a los otros maestros y también a usted señalar muchas de estas cosas.»

«Me gustaría tomar una pregunta por vez. Tú has formulado muchas, me has planteado diversos problemas, así que primero consideremos la pregunta más importan-

te: ¿Cuál es el futuro de la humanidad y cuál es tu futuro? Como sabes, tus padres están muy bien acomodados y, desde luego, quieren ayudarte en todas las formas posibles. Si te casaras, tal vez podrían regalarte una casa, comprarte una casa con todas las cosas que se necesitan en ella, y tú podrías tener una esposa atractiva... tal vez. ¿Qué es, entonces, lo que vas a ser? ¿La habitual persona mediocre? ¿Conseguirás un empleo, echarás raíces con todos los problemas que hay alrededor y dentro de ti? ¿Es ése tu futuro? Por supuesto que puede venir una guerra, pero tal vez no ocurra, esperemos que no. Esperemos que el hombre pueda llegar a comprender que las guerras, de cualquier clase que sean, jamás resolverán ningún problema humano. Los hombres podrán progresar, podrán inventar aviones mejores, etc., pero las guerras jamás han resuelto los problemas humanos ni los resolverán. Olvidemos, pues, por el momento, que todos nosotros podríamos ser destruidos a causa de la locura de los superpoderes, de la demencia de los terroristas, o por un demagogo de algún país que desea destruir a sus enemigos inventados. Olvidemos todo eso por el momento. Consideremos cuál es tu futuro, sabiendo que formas parte del resto del mundo. ¿Cuál es tu futuro? ¿Ser una persona mediocre, como te pregunté antes? "Mediocridad" significa escalar a medio camino la montaña, a medio camino cualquier cosa, sin alcanzar jamás la cima misma de la montaña, sin exigirnos la totalidad de nuestra energía, de nuestra capacidad, sin exigirnos jamás excelencia.

»Desde luego, debes comprender también que existirán todas las presiones externas, presiones para que hagas esto o aquello, todas las diversas presiones estrechas y sectarias de las religiones y su propaganda. La propaganda jamás puede revelar la verdad; la verdad jamás puede ser propagada. Espero, pues, que adviertas la presión que se ejerce sobre ti, la presión de tus padres, de la sociedad, de la tradición de ser un científico, un filósofo, un físico,

un hombre que emprende la investigación en algún campo; o la tradición de ser un hombre de negocios. Comprendiendo todo esto, cosa que debes hacer a tu edad, ¿qué camino vas a seguir? Hemos estado hablando acerca de estas cosas desde muchos puntos de vista y, si puedo señalarlo, probablemente has prestado atención a todo lo que se dijo. Así que, como por algún tiempo hemos de recorrer juntos la colina y regresar, te pregunto, no como maestro, sino con afecto, como un amigo genuinamente interesado: ¿Cuál es tu futuro?

»Aun si ya has preparado tu mente para aprobar algunos exámenes y tener una carrera, una buena profesión, igualmente tienes que preguntarte: ¿Es eso todo? Aun cuando tengas una buena profesión y quizás una vida bastante placentera, tendrás muchísimos contratiempos, problemas. Si tienes una familia, ¿cuál será el futuro de tus hijos? Es una pregunta que tú mismo tienes que contestarte, y tal vez podamos conversar al respecto. Tienes que considerar el futuro de tus hijos, no sólo tu propio futuro, y tienes que considerar el futuro de la humanidad, olvidando que eres alemán, francés, inglés o indio. Discutámoslo, pero, por favor, entiende que no te estoy diciendo lo que debes hacer. Sólo los tontos aconsejan, así que no entro en esa categoría. Simplemente, estoy formulándote preguntas de manera amistosa, lo cual espero que comprendas; no estoy presionándote, dirigiéndote o persuadiéndote. ¿Cuál es tu futuro? ¿Madurarás rápidamente o lentamente, lo harás con gracia, con sensibilidad? ¿Serás un mediocre, aunque puedas ser de primera clase en tu profesión? Podrás sobresalir, ser muy, muy bueno en cualquier cosa que hagas, pero yo hablo de la mediocridad de la mente y del corazón, mediocridad de todo el ser.»

«Señor, realmente no sé cómo responder a estas preguntas. No he reflexionado lo suficiente al respecto, pero cuando usted me pregunta si he de volverme mediocre como el resto del mundo, ciertamente no quiero ser así.

También me doy cuenta de la atracción que ejerce el mundo y veo que una parte de mí desea eso. Deseo tener algún tipo de diversión, pasar ratos agradables, pero la otra parte de mí también ve el peligro de todo eso, las dificultades, los impulso, las tentaciones. Así que realmente no sé dónde voy a terminar. Y también, como usted lo ha señalado en distintas ocasiones, yo mismo no sé qué soy. Una cosa está clara: de veras no quiero ser una persona mediocre con una mente y un corazón pequeños, aun cuando el cerebro pueda ser extraordinariamente ingenioso. Puedo estudiar en libros y adquirir una gran cantidad de conocimientos, pero aun así seguir siendo una persona muy limitada y estrecha. Señor, mediocridad es una palabra muy buena que usted ha usado, y cuando la considero me atemorizo, no por la palabra, sino por todas las implicaciones de lo que usted ha mostrado. Realmente, no sé qué decir, y quizá discutiéndolo con usted las cosas puedan aclararse. No puedo hablar igual de fácilmente con mis padres. Ellos probablemente han tenido los mismos problemas que yo, pueden ser más maduros físicamente, pero quizá estén en mi misma situación. ¿Puedo, pues, preguntarle, señor, si está dispuesto a que yo venga en otra ocasión para que usted converse conmigo? Me siento realmente bastante asustado, nervioso y aprensivo con respecto a mi capacidad de afrontar todo esto, de pasar por ello sin volverme una persona mediocre.»

* * *

ERA UNA de esas mañanas que nunca han sido antes; el prado cercano, las hayas inmóviles y el sendero que penetra en lo más profundo del bosque, todo era silencio. No se escuchaba un solo gorjeo de pájaros y no había actividad alguna en las casas próximas. Una mañana como ésta, fresca, suave, es una cosa rara. Hay paz en esta parte del país, y todo estaba muy tranquilo. Existía

ese sentimiento, esa sensación de absoluto silencio. No se trataba de sentimentalismo romántico ni de imaginación poética. Era y es así. Es muy simple todo esto. Las hayas cobrizas lucían esta mañana plenas de esplendor contra el fondo de los campos verdes que se extendían en la distancia, y una nube plena de esa luz matinal pasaba flotando perezosamente. El sol comenzaba a elevarse, había una gran paz y un sentido de adoración. No la adoración de algún dios o de alguna deidad imaginaria, sino esa reverencia que nace de la gran belleza. Esta mañana uno podía desprenderse de todas las cosas que ha acumulado y estar en silencio con los bosques y los árboles y el apacible prado. El cielo era de un color azul pálido y suave, y muy lejos, al otro lado de los campos, se escuchaba el llamado de un cuclillo; las palomas del bosque se arrullaban y los mirlos iniciaban su canto matinal. En la distancia podía oírse el paso de un automóvil. Cuando los cielos están tan quietos y hay tanta belleza, es probable que más tarde llueva. Siempre sucede así cuando la mañana amanece muy clara. Pero en esta mañana todo era muy especial, algo que nunca ha sido antes y nunca podrá volver a ser.

«Me alegra que hayas venido espontáneamente, sin ser invitado, y si estás dispuesto, tal vez podamos continuar con nuestra conversación acerca de la mediocridad y del futuro de tu vida. Uno puede ser excelente en su profesión; no estamos afirmando que hay mediocridad en todas las profesiones; un buen carpintero puede no ser mediocre en su trabajo, pero en su vida interna de cada día, en la vida con su familia, puede serlo. Ambos entendemos ahora el significado de esa palabra y debemos investigar juntos su profundidad. Hablamos de la mediocridad interna, de los conflictos, problemas y afanes psicológicos. Puede haber grandes científicos que, no obstante, viven internamente una vida mediocre. ¿Qué va a ser, pues, de tu vida? En ciertos aspectos eres un estudiante capaz, pero ¿para qué cosas usarás tu cerebro? No

hablamos de tu profesión, eso vendrá más tarde; lo que debe interesarnos es el modo como vas a vivir. Desde luego que no vas a ser un criminal en el sentido corriente de esa palabra. Si eres sensato, no serás un pendenciero, son demasiado agresivos. Probablemente obtendrás un buen empleo y harás un trabajo excelente en cualquier cosa que elijas hacer. Descartemos, pues, todo eso por el momento; pero internamente, ¿cuál es tu vida? ¿Cuál es, en lo interno, tu futuro? ¿Vas a ser como el resto del mundo, una persona perturbada siempre por docenas de problemas psicológicos?»

«Actualmente, señor, no tengo problemas, excepto los problemas de aprobar los exámenes y la fatiga de todo eso. En otro respecto, no parece que tenga problemas. Hay cierta libertad. Me siento joven, dichoso. Cuando veo a todas esas personas de edad avanzada, me pregunto si voy a terminar igual que ellas. Parecen haber tenido buenas profesiones o haber hecho lo que deseaban hacer, pero a pesar de eso se vuelven tristes, apagadas, no parecen haber sobresalido jamás en las más profundas cualidades del cerebro. Por cierto, no quiero ser como ellas. No es vanidad, pero deseo ser algo diferente. No se trata de una ambición. Quiero tener una buena profesión y todas esas cosas, pero es indudable que de ningún modo deseo ser como esas personas mayores que parecen haber perdido todo lo que les agradaba.»

«Tú puedes no querer ser como ellas, pero la vida es una cosa muy exigente y cruel. No te dejará tranquilo. Soportarás una gran presión de la sociedad, ya sea que vivas aquí, en América o en cualquier otra parte del mundo. Se te incitará constantemente a volverte igual que los demás, algo hipócrita, a decir cosas que realmente no quieres decir y, si llegas a casarte, eso también puede suscitar problemas. Debes comprender que la vida es un asunto muy complejo, no consiste sólo en perseguir obstinadamente aquello que deseas hacer. Estos jóvenes desean ser algo en la vida: abogados, ingenieros, políticos,

etcétera; tienen el instinto, el impulso de la ambición del poder, del dinero. Esas personas viejas de las que hablas han pasado por todo eso. Están desgastadas por el constante conflicto, por sus deseos. Míralas, observa a las personas que te rodean. Están todas en la misma barca. Algunas abandonan la barca y vagan incesantemente hasta morir. Algunas buscan un rincón apacible de la tierra y se retiran; algunas ingresan en un monasterio, se convierten en montes de distintas clases y toman votos extremos. La inmensa mayoría, millones y millones, llevan una vida muy trivial, su horizonte es muy limitado. Tienen sus pesares, sus alegrías, y jamás parecen salirse de eso o comprenderlo e ir más allá. De modo que nuevamente nos preguntamos el uno al otro cuál es nuestro futuro, específicamente, cuál es *tu* futuro. Por supuesto, eres demasiado joven para investigar esta cuestión muy profundamente, porque la juventud no tiene nada que ver con la total compresión de este problema. Tal vez seas agnóstico; los jóvenes no creen en nada, pero a medida que van avanzando en años se vuelven hacia alguna forma de superstición o convicción religiosa, o hacia algún dogma religioso. La religión no es un narcótico, pero el hombre ha hecho la religión a su propia imagen, obcecado por su búsqueda de consuelo y, por lo tanto, de seguridad. Ha convertido la religión en algo totalmente falto de inteligencia e irrealizable, no en algo con lo cual uno pueda vivir. ¿Qué edad tienes?»

«Voy a cumplir diecinueve años, señor. Mi abuela me ha dejado algo para cuando cumpla los veintiuno, y tal vez antes de que ingrese en la universidad pueda viajar y ver algunas cosas. Pero donde quiera que esté y cualquiera que sea mi futuro, siempre llevaré conmigo este interrogante. Puede que me case, probablemente lo haga, y tenga hijos, y entonces surge la gran pregunta: ¿Cuál es el futuro de ellos? En cierto modo, me doy cuenta de lo que los políticos están haciendo en todo el mundo. Por lo que a mí me toca, es un feo asunto ése, así que creo que no

seré político. De eso estoy muy seguro, pero deseo tener una buena posición. Me gustaría trabajar con mis manos y mi cerebro, pero el problema será de qué modo no convertirme en una persona mediocre como lo es el noventa y nueve por ciento del mundo. Por lo tanto, señor, ¿qué debo hacer? Oh, sí, estoy consciente de lo que son las iglesias y los templos y todas esas cosas; no me atraen. Más bien me rebelo contra todo eso, contra los sacerdotes y la jerarquía de la autoridad, pero ¿cómo voy a evitar convertirme yo mismo en una persona común, ordinaria y mediocre?»

«Si puedo sugerirlo, nunca, en ninguna circunstancia, preguntes "cómo". Cuando usas la palabra *cómo,* lo que deseas realmente es que alguien te diga lo que debes hacer, deseas alguna guía, algún sistema, buscas a alguien que te lleve de la mano; y así pierdes tu libertad, tu capacidad de observar tus propias actividades, tus propios pensamientos, tu propio estilo de vida. Cuando preguntas "cómo", en realidad te conviertes en un ser de segunda mano, pierdes integridad y también la innata honestidad de mirarte a ti mismo, de ser lo que eres e ir mucho más allá de lo que eres. Nunca, nunca preguntes "cómo". Por supuesto, estamos hablando desde el punto de vista psicológico. Uno debe preguntar "cómo" cuando quiere armar un motor o construir una computadora; tiene que aprender algo al respecto recurriendo a otra persona. Pero sólo puede ser psicológicamente libre y original cuando está consciente de sus propias actividades, cuando vigila lo que piensa y jamás deja que escape un solo pensamiento sin observar su naturaleza, su origen. Observar, vigilar. Uno aprende mucho más acerca de sí mismo observándose, que por medio de los libros, o de algún psicólogo, o de algún hombre de letras o profesor erudito, ingenioso y complicado.»

«Esto va a ser muy difícil, mi amigo. Puede desgarrarte tirando de ti en numerosas direcciones diferentes. Hay una gran cantidad de las así llamadas tentaciones

biológicas, sociales, y puedes ser despedazado por esta cruel sociedad. Por supuesto, vas a tener que permanecer solo, pero eso puede ocurrir no mediante el esfuerzo, la determinación o el deseo, sino cuando comiences a ver las cosas falsas que hay alrededor y dentro de ti: las emociones, las esperanzas. Cuando uno empieza a reconocer lo falso, ése es el principio de la percepción alerta, de la inteligencia. Tienes que ser una luz para ti mismo, y ésa es una de las cosas más difíciles que hay en la vida.»

«Señor, usted ha hecho que todo esto parezca muy difícil, muy complejo, pavoroso y alarmante.»

«Sólo lo estoy señalando a fin de que lo veas. Eso no quiere decir que los hechos tengan necesariamente que atemorizarte. Los hechos están ahí para ser observados. Si los observas, jamás te asustan. Los hechos no son alarmantes. Pero si quieres eludirlos, volverles la espalda y correr, entonces eso sí es alarmante. Permanecer ahí, ver que lo que uno ha hecho puede no haber sido totalmente correcto, vivir con el hecho sin interpretarlo conforme al propio placer o a alguna forma de reacción, eso no es alarmante. La vida no es nada simple. Uno puede vivir sencillamente, pero la vida misma es vasta, compleja. Se extiende de horizonte a horizonte. Uno podrá vivir con pocas ropas o con una comida al día, pero eso no es sencillez. Sé, pues, sencillo, no vivas de una manera complicada, contradictoria, etc., sólo sé internamente simple, sencillo... Esta mañana jugaste al tenis. Estuve observándote y parecías muy bueno en eso. Tal vez volvamos a encontrarnos. De ti depende.»

«Gracias, señor.»

El interés propio deteriora la mente

De Comentarios sobre el vivir
Tercera serie
Capítulo 30

SERPENTEANDO DE un lado al otro del valle, el sendero cruzaba sobre un pequeño puente donde el agua, que corría rápidamente, era de color pardo a causa de las recientes lluvias. Volviendo hacia el norte conducía por unas suaves cuestas hasta una aldea apartada. Aquella aldea y sus habitantes eran muy pobres. Los perros escuálidos, con las colas bajas y las cabezas levantadas, solían ladrar desde una gran distancia sin acercarse jamás, siempre listos para echar a correr. Había muchas cabras dispersas por las laderas, balando y mordisqueando los arbustos silvestres. Era una región hermosa, verde con cerros azules. El granito desnudo que se destacaba en las cumbres había sido lavado por las lluvias de incontables siglos. Estos cerros no eran altos, pero eran muy antiguos, y recortados contra el cielo azul tenían una belleza fantástica, esa belleza extraña del tiempo inmensurable. Eran como los templos que los hombres, en su ansia de alcanzar los cielos, construyen para que se parezcan a estos cerros. Pero aquella tarde, con el sol poniente sobre ellos, los cerros se veían muy cercanos. Lejos, hacia el sur, se estaba formando una tormenta, y los relámpagos entre las nubes daban a la tierra una sensación extraña. La tormenta estallaría durante la noche; pero los cerros habían pasado por tormentas de incontables siglos y siempre estarían allí, más allá de todos los afanes y dolores del hombre.

Los aldeanos volvían a sus casas, fatigados después de un día de trabajo en los campos. Pronto se vería el humo elevándose desde las chozas, cuando prepararan la comida de la noche. No sería mucha; y los chicos que esperaban su cena, solían sonreír cuando uno pasaba junto a ellos. Tenían grandes ojos y se mostraban tímidos ante los extraños, pero eran amigables. Dos niñitas sostenían contra sus caderas a pequeños bebés mientras sus madres cocinaban; los bebés solían deslizarse hacia abajo y eran levantados de un tirón y colocados de nuevo sobre las caderas. Aunque estas niñitas sólo tenían diez o doce años, ya estaban acostumbradas a sostener bebés; ambas sonreían. Entre los árboles soplaba la brisa vespertina y el ganado era recogido para la noche.

En aquel sendero no había ahora ninguna otra persona, ni siquiera un aldeano solitario. Súbitamente, la tierra pareció vacía, extrañamente quieta. La luna nueva, joven, acababa de alzarse sobre las oscuras colinas. La brisa había cesado, no se movía ni una hoja; todo estaba silencioso y la mente se hallaba completamente sola. No solitaria, no aislada ni encerrada en sus propios pensamientos, sino sola, intacta, incontaminada. No apartada y distante, separada de las cosas de la tierra. Estaba sola y, sin embargo, con todo; y porque estaba sola, todo estaba en ella. Lo que está separado, se conoce a sí mismo como separado; pero esta madura soledad no conocía la separación ni la división. Los árboles, la corriente, el aldeano que llamaba a lo lejos, todo estaba contenido en esta soledad de la mente. No era una identificación con el hombre, con la tierra, porque toda identificación se había desvanecido por completo. En esta soledad había llegado a su fin el sentido del paso del tiempo.

Eran tres: un padre, su hijo y un amigo. El padre debía tener cerca de sesenta años, el hijo unos treinta y la edad del amigo era indefinida. Los dos de más edad eran calvos, pero el hijo aún tenía cabello abundante. Su cabe-

za era bien formada, la nariz más bien corta y los ojos muy separados. Sus labios se movían intranquilos, aunque él permanecía bastante quieto. El padre se sentó detrás de su hijo y del amigo, diciendo que participaría en la conversación si fuera necesario pero que, de no ser así, se limitaría a observar y escuchar. Llegó un gorrión a la ventana abierta y volvió a alejarse, asustado por tantas persona, que había en la habitación; conocía ese lugar, y a menudo solía posarse en el antepecho de la ventana, piando suavemente y sin temor.

«Aunque mi padre quizá no participe en la conversación», comenzó el hijo, «quiere estar presente en ella, porque el problema nos concierne a todos nosotros. Mi madre habría venido si no se hubiera sentido tan mal, y espera con interés el informe que le haremos. Hemos leído algunas de las cosas que usted ha dicho, mi padre particularmente ha seguido sus pláticas desde hace mucho tiempo; pero yo he comenzado a interesarme realmente en lo que usted dice sólo a partir del último año o cosa así. Hasta hace poco, la política ha absorbido la mayor parte de mi interés y entusiasmo, pero he comenzado a ver lo inmadura que es la política. La vida religiosa es sólo para la mente madura y no para los políticos y los abogados. He tenido bastante éxito como abogado, pero ya he dejado de ejercer la abogacía, puesto que los años de vida que aún tengo, deseo emplearlos en algo que sea inmensamente más significativo y valioso. Hablo también por mi amigo, quien quiso acompañarnos cuando se enteró de que veníamos aquí. Vea, señor, nuestro problema es el hecho de que todos envejecemos. Aun yo, si bien comparativamente joven todavía, estoy llegando a ese periodo de la vida cuando el tiempo parece volar, cuando los días de uno parecen tan cortos y la muerte tan cercana. La muerte, al menos por ahora, no es el problema, pero la vejez sí.»

¿Qué entiende usted por vejez? ¿Se refiere al envejecimiento del organismo físico, o al de la mente?

«El envejecimiento del cuerpo es, desde luego, inevitable; el cuerpo se desgasta por el uso y la enfermedad. Pero la mente, ¿necesita envejecer y deteriorarse?»

Pensar especulativamente es inútil y una pérdida de tiempo. El deterioro de la mente, ¿es una suposición o es un hecho real?

«Es un hecho, señor. Me doy cuenta de que mi mente está envejeciendo, se cansa; se está produciendo un lento deterioro.»

¿No es éste también un problema de los jóvenes, aunque todavía no tengan conciencia de él? Aun ahora, sus mentes ya están fijas en un molde; su pensamiento ya se encuentra encerrado dentro de un patrón estrecho. Pero ¿qué quiere usted decir cuando afirma que su mente está envejeciendo?

«No es tan flexible, tan alerta, tan sensible como acostumbraba ser. Su capacidad de percepción se está contrayendo; sus respuestas a los múltiples retos de la vida proceden cada vez más del depósito del pasado. Se está deteriorando, funciona cada vez más dentro de los límites de su propia armazón.»

Entonces, ¿qué es lo que hace que la mente se deteriore? Es la autoprotección y la resistencia al cambio, ¿verdad? Cada uno tiene un interés creado que, consciente o inconscientemente, protege y vigila sin permitir que nada lo perturbe.

«¿Quiere usted decir un interés creado en la propiedad?»

No sólo en la propiedad, sino en toda clase de relación. Nada puede existir en aislamiento. La vida es relación; y la mente tiene un interés establecido en su relación con las personas, las ideas y las cosas. Este interés propio y la negativa a producir una revolución fundamental dentro de sí misma es el principio del deterioro mental. Las mentes son, en su mayoría, conservadoras, se resisten a los cambios. Aun la así llamada mente revolucionaria es conservadora, porque una vez que ha obtenido

su éxito revolucionario, también ofrece resistencia al cambio; la revolución misma se convierte en su interés creado.

Aun cuando la mente, ya sea la conservadora o la así llamada revolucionaria, pueda permitir ciertas modificaciones en la periferia de sus actividades, se resiste a todo cambio en el centro. Las circunstancias pueden forzarla a ceder, a adaptarse, dolorosa o fácilmente, a un patrón distinto; pero el centro permanece firme, y es este centro el que ocasiona el deterioro de la mente.

«¿Qué entiende usted por el centro?»

¿No lo sabe? ¿Busca una descripción de él?

«No, señor, pero mediante la descripción puedo palparlo, percibirlo.»

«Señor», intervino el padre, «intelectualmente, podemos darnos cuenta de ese centro pero, en los hechos, la mayoría de nosotros jamás se ha encarado directamente con él. Yo mismo lo he visto descrito hábil y sutilmente en varios libros, pero jamás me he enfrentado realmente con él; y cuando usted pregunta si lo conocemos, yo personalmente sólo puedo decir que no. No conozco más que las descripciones.»

«Es otra vez nuestro interés creado», añadió el amigo, «nuestro hondamente arraigado deseo de seguridad, lo que nos impide conocer ese centro. No conozco a mi propio hijo, aunque he vivido con él desde su infancia, y conozco menos aún aquello que está mucho más cerca que mi hijo. Para conocerlo, tiene uno que mirarlo, observarlo, escucharlo, pero nunca lo hago. Siempre ando apurado, y cuando ocasionalmente lo miro, estoy en pugna con él.»

Hablamos del envejecimiento y deterioro de la mente. La mente está siempre creando el patrón de su propia certidumbre, la seguridad de sus propios intereses; las palabras, la forma, la expresión, pueden variar de tiempo en tiempo, de una cultura a otra, pero el centro del interés propio permanece. Este centro es la causa de que la

mente se deteriore, por externamente alerta y activa que pueda estar. Este centro no es un punto fijo, sino diversos puntos dentro de la mente; por lo tanto, es la mente misma. El mejoramiento de la mente, o el moverse de un punto a otro, no disipa estos centros; la disciplina, la represión o la sublimación de un centro, sólo establecen otro en su lugar.

Ahora bien, ¿qué queremos decir cuando afirmamos que estamos vivos?

«Por lo general», replicó el hijo, «nos consideramos vivos cuando hablamos, cuando reímos, cuando hay sensación, cuando hay pensamiento, actividad, conflicto, alegría.»

Por consiguiente, lo que llamamos *vivir* es el aceptar o el «rebelarse» dentro del patrón social; es un movimiento dentro de la jaula de la mente. Nuestra vida es una serie interminable de dolores y placeres, temores y frustraciones, deseo y codicia; y cuando de veras consideramos el deterioro de la mente y nos preguntamos si es posible ponerle fin, nuestra investigación también está dentro de la jaula de la mente. ¿Es esto el vivir?

«Me temo que no conozco otra vida», dijo el padre. «A medida que envejecemos, los placeres se retraen mientras que los dolores parecen aumentar; y si uno es de algún modo reflexivo, se da cuenta de que poco a poco su mente se está deteriorando. El cuerpo envejece inevitablemente y decae, pero ¿cómo puede uno impedir este envejecimiento de la mente?»

Llevamos una vida irreflexiva, y hacia el término de ella comenzamos a preguntarnos por qué la mente declina y cómo detener el proceso. Por cierto, lo que importa es cómo vivimos nuestros días, no sólo cuando somos jóvenes, sino también en la mitad de la vida y durante los años de declinación. La recta clase de vida nos exige mucha más inteligencia que cualquier vocación para ganarnos el sustento. El recto pensar es esencial para el recto vivir.

«¿Qué entiende usted por recto pensar?», preguntó el amigo.

Hay una gran diferencia, por cierto, entre el recto pensar y el pensamiento correcto. El recto pensar es un constante estado de percepción alerta. El pensamiento correcto, por su parte, es o bien ajuste a un patrón establecido por la sociedad, o una reacción contra la sociedad. El pensamiento correcto es estático, es un proceso de reunir ciertos conceptos llamados ideales y seguirlos. El pensamiento correcto crea, inevitablemente, el punto de vista autoritario, jerárquico, y engendra respetabilidad; mientras que el recto pensar es percepción de todo el proceso del ajuste, de la imitación, la aceptación, la rebeldía. El recto pensar, a diferencia del pensamiento correcto, no es algo que haya de lograrse; surge espontáneamente con el conocimiento propio, el cual es percepción de las modalidades del yo. El recto pensar no puede aprenderse de los libros ni de otras personas; adviene cuando la mente se percibe a sí misma actuando en la relación. Pero esta acción no puede ser comprendida mientras la mente la justifique o la condene. En consecuencia, el recto pensar elimina el conflicto y la autocontradicción, que son las causas fundamentales del deterioro de la mente.

«¿No es el conflicto una parte esencial de la vida?», preguntó el hijo. «Si no lucháramos, simplemente vegetaríamos.»

Creemos que estamos viviendo cuando nos hallamos atrapados en el conflicto de la ambición, cuando nos empuja la compulsión de la envidia, cuando el deseo nos mueve a actuar; pero todo esto sólo conduce a mayor desdicha y confusión. El conflicto incrementa la actividad egocéntrica, pero la comprensión del conflicto surge mediante el recto pensar.

«Por desgracia, este proceso de lucha y desdicha, con alguna que otra alegría, es la única vida que conocemos», dijo el padre. «Hay insinuaciones de otra clase de vida, pero son pocas y a grandes intervalos. Ir más allá de esta confusión y encontrar esa otra vida, es siempre el propósito de nuestra búsqueda.»

Buscar lo que está más allá de lo real es quedar atrapado en una ilusión. Hay que comprender la existencia cotidiana con sus ambiciones, envidias y demás; pero para comprenderla se requiere percepción alerta, recto pensar. No hay recto pensar cuando el pensamiento parte de una suposición, de un prejuicio. Partir de una conclusión o buscar una respuesta preconcebida pone fin al recto pensar; de hecho, así no hay recto pensar en absoluto. Por consiguiente, el recto pensar es la base de la virtud.

«A mí me parece», intervino el hijo, «que al menos uno de los factores en todo este problema del deterioro de la mente, es la cuestión de la ocupación correcta.»

¿Qué entiende por ocupación correcta?

«He notado, señor, que los que se absorben completamente en alguna actividad o profesión, pronto se olvidan de sí mismo; están demasiado atareados para pensar en sí mismos, lo cual es bueno.»

Pero una absorción semejante, ¿no es un modo de escapar de uno mismo? Y escapar de uno mismo es una ocupación incorrecta; es corruptora, engendra enemistad, división, etc. La recta ocupación viene con la recta clase de educación y con la comprensión de uno mismo. ¿No han advertido que, cualquiera que sea la actividad o profesión, el yo la utiliza, consciente o inconscientemente, como un medio para su propia gratificación, para satisfacer su ambición o para logar éxito en términos de poder?

«Es así, desgraciadamente. Parece que todo lo que tocamos lo usamos para nuestro propio progreso personal.»

Este interés propio, este constante progreso del yo es lo que empequeñece la mente; y aunque la actividad de ésta sea extensa, aunque se ocupe de política, ciencia, arte, investigación o lo que fuere, hay una limitación del pensar, una superficialidad que produce deterioro, declinación. Sólo cuando hay comprensión de la mente total, tanto de la consciente como de la inconsciente, hay posibilidad de que la mente se regenere.

«El espíritu mundano es la maldición de la generación moderna», dijo el padre. «Ésta se deja llevar por las cosas del mundo y no concede atención a las cosas serias.»

Esta generación es igual que otras generaciones. Las cosas mundanas no son sólo los refrigeradores, las camisas de seda, los aviones, los aparatos de televisión, etc.; lo mundano incluye los ideales, la búsqueda de poder, personal o colectivo, y el deseo de estar seguros, ya sea en este mundo o en el próximo. Todo esto corrompe la mente y ocasiona su deterioro. Este problema del deterioro debe comprenderse al principio, en nuestra juventud, no en el periodo de la declinación física.

«¿Significa eso que no hay esperanza para nosotros?»

De ninguna manera. Es más arduo detener el deterioro a nuestra edad, eso es todo. Para dar origen a un cambio radical en nuestra manera de vivir, tiene que haber una creciente percepción alerta y una gran profundidad de sentimiento, la cual es amor. Con amor todo es posible.

Fuentes bibliográficas y reconocimientos

Del texto fidedigno de la novena plática pública en Ojai, 9 de julio de 1944; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1991, Krishnamurti Foundation of America (KFA).

Del texto fidedigno de la segunda plática pública en Ojai, 3 de junio de 1945; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1991 KFA.

Del texto fidedigno de la primera plática pública en Ojai, 27 de mayo de 1945; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1991 KFA.

Del texto literal de la sexta plática pública en Bangalore, 8 de agosto de 1948; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1991 KFA.

Del texto literal de la cuarta plática pública en Ojai, 14 de agosto de 1955; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1992 KFA.

«El trabajo», capítulo 88 de *Comentarios sobre el vivir,* primera serie, C 1956 Krishnamurti Writings Inc. (KWINC)

De «El individuo y la sociedad», capítulo 3 en *La libertad primera y última.* C 1954 KWINC, C 1987 KFA.

Del texto literal de la quinta plática pública en Bombay, 24 de febrero de 1957; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1992 KFA.

«¿Cuál es la verdadera función de un maestro?», capítulo 31 de *Comentarios sobre al vivir,* segunda serie, C 1958 KWINC.

Del texto literal de la sexta plática pública en Varanasi, 12 de enero de 1962; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1992 KFA.

«¿Qué es lo que lo embota?», capítulo 17 de *Comentarios sobre el vivir,* segunda serie, C 1958 KWINC.

Del Capítulo 17 en *El propósito de la educación,* C 1964 KWINC.

Del texto literal de la duodécima plática pública en Bombay, 28 de marzo de 1948; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1991 KFA.

Texto literal de la séptima plática pública en Bangalore, 15 de agosto de 1948; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1991 KFA

Del texto literal de la octava plática pública en Poona, 17 de octubre de 1948; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1991 KFA.

Del texto literal de la tercera plática pública en Bombay, 26 de febrero de 1950; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1991 KFA.

«La belleza y el artista», *Urge un cambio psicológico,* C 1970, Krishnamurti Foundation London (KFL).

Del texto literal de la décima plática pública en Bombay, 11 de marzo de 1953; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1991 KFA.

Del texto literal de la decimotercera conversación con los estudiantes en la escuela de Rajghat, 20 de enero de 1954; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1991 KFA.

Del texto literal de la cuarta plática pública en Amsterdam, 23 de mayo de 1955; *Obras Completas de J. Krishnamurti,* C 1992 KFA.

De la grabación magnética del cuarto diálogo público (con los jóvenes) en Saanen, 5 de agosto de 1972, C 1991, Krishnamurti Foundation Trust, Ltd. (KFTL).

«La formación de imágenes», capítulo 8 de *Krishnamurti y la educación,* C 1974 KFTL.

«El condicionamiento», capítulo 2 de *Comentarios sobre el vivir,* segunda serie, C 1958 KWINC,

De la grabación magnética de la quinta plática pública en Saanen, 24 de julio de 1973, C 1991 KFTL.

De la grabación magnética del tercer diálogo público en Saanen, 3 de agosto de 1973, C 1991 KFTL.

«El recto medio de vida», capítulo 10 de *La verdad y la realidad,* C 1977 KFTL.

De la grabación magnética de la segunda plática pública en Ojai, 3 de abril de 1977, C 1991 KFTL.

«¿Qué debo hacer?», capítulo 48 de *Comentarios sobre el vivi,.* tercera serie, C 1960 KWINC.

De *Cartas a las escuelas,* 1° de diciembre de 1978, C 1981 KFTL.

Del capítulo 7 de *El propósito de la educación,* C 1964 KWINC.

De *Cartas a las escuelas,* 15 de diciembre de 1978, C 1981 KFTL.

De la grabación magnética del cuarto diálogo público en Saanen, 28 de julio de 1979, C 1991 KFTL.

De *Cartas a las escuelas, II,* 15 de noviembre de 1983, C 1985 KFTL.

Un diálogo en la escuela de Brockwood Park, capítulo 13 de *Principio del aprender,* C 1975 KFTL.

«El recto vivir», pregunta 24 en *Preguntas y respuestas,* 24 de julio de 1980, C 1982 KFTL.

De *El último diario,* Brockwood Park, 30 de mayo de 1983, C 1987 KFTL.

«El interés propio deteriora la mente», capítulo 30 de *Comentarios sobre el vivir,* tercera serie, C 1960 KWINC.

"Hay un hombre que destaca en contraste con todo lo que es secreto, sospechoso, confuso, pedante y esclavizador: Krishnamurti."

HENRY MILLER

"Cuando entró en mi habitación, pensé: sin lugar a dudas, el Señor del Amor acaba de hacer su aparición."

JALIL GIBRÁN

"Una figura religiosa de la más alta distinción. Es el ser humano más maravilloso que haya visto nunca."

GEORGE BERNARD SHAW

Krishnamurti ha dicho: "¿No es necesario que cada uno sepa por sí mismo cuál es el recto medio de vida? Si somos envidiosos, si buscamos el poder, entonces nuestros medios de vida corresponderán a nuestros requerimientos internos y, por consiguiente, producirán un mundo de competencia, crueldad y opresión que finalmente terminará en la guerra".

Este libro explora caminos que nos permiten estar ocupados en nuestro trabajo, pero sin ser absorbidos por él. En un mundo frenético por producir, poseer y consumir, pocos tenemos tiempo para preguntarnos si nuestro trabajo perjudica el medio ambiente, si estamos empleando al máximo nuestro talento o si simplemente nos ganamos la vida, si verdaderamente saboreamos nuestro tiempo libre.

Krishnamurti expone sabias y elocuentes enseñanzas en torno a estos temas de vital interés.

ISBN 84-7640-899-4



SOBRE LA ÉTICA Y LOS MEDIOS DE VIDA KRISHNAMURTI

3



EDAF